BIANCA™

HARLEQUIN™

ELLAS SON MILLONARIAS



LOUISE FULLER

NEGOCIOS ENTRE RIVALES

Portadilla

BIANCA™

LOUISE FULLER

NEGOCIOS ENTRE RIVALES

HARLEQUIN™

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025 Louise Fuller
© 2026 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Negocios entre rivales, n.º 3219 - marzo 2026
Título original: Business Between Enemies
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S.A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370172459

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Si te ha gustado este libro…

Prólogo

Hennessy

Los golpes suenan dentro de mi cabeza. Estoy en la oficina de la empresa de publicidad de mi familia. Sé que es Wade and Walters por las estanterías de las paredes, llenas de revistas que se empiezan a inclinar; primero, levemente, y luego con más vigor, hasta que las revistas se empiezan a caer al suelo, una tras otra, haciendo cada vez más ruido.

Mis ojos se abren. Los golpes no suenan dentro de mi cabeza. Alguien está aporreando la puerta de mi piso. Seguramente, será la señora Godfrey, mi vecina, que estará buscando a su gato.

Alcanzo el teléfono y suspiro. Hoy es mi cumpleaños; cumplo veinticinco. Mi amigo Antony me ha enviado un mensaje. No hay ninguno de mi madre, Jade, pero no me sorprende porque nunca se acuerda de mi cumpleaños. Lo raro es que mi padre no me haya escrito. No le darían el premio al mejor padre, pero es sentimental con los cumpleaños. Aunque, siendo fin de semana, tampoco es de extrañar.

Me levanto de la cama con el teléfono en la mano. Estoy temblando, y tengo la sensación de que mi cabeza se va a partir en dos, como si estuviera borracha. Pero ya no me emborracho. Hace tres años que dejé de medicarme con drogas o alcohol. Sin embargo, mi cumpleaños siempre me produce ese efecto; y es lógico, teniendo en cuenta que mi madre me abandonó el día que cumplí tres años.

Ahora vive en Río de Janeiro, con su nuevo amante. No lo conozco, y tampoco conocí al anterior. Pero, por otra parte, no he

visto a mi madre desde hace tres años, cuando coincidimos en Las Vegas.

Decir que pensaba en ella cuando me abandonó sería decir poco. Al principio, yo estaba triste. Durante una temporada, me dedicaba a fantasear con la idea de que volvía conmigo; pero el tiempo fue pasando y no volvió, así que mi tristeza se convirtió en furia.

Diecinueve años después, cuando por fin nos volvimos a encontrar, la situación fue muy distinta a la que yo había imaginado. Jade estaba enfadada conmigo, lo cual me dejó asombrado, paralizado, sin palabras. Desde luego, fue una noche de lo más particular. No solo me dijo que yo era el peor error que había cometido en su vida, sino que yo cometí una estupidez con el amor de mi infancia, Renzo Valetti.

El simple hecho de recordar su nombre basta para ruborizarme. De niña, soñaba con ser su novia. Ni él lo sabía ni, por supuesto, sentía lo mismo que yo. Por la diferencia de edad, y por el hecho de que Renzo es hermano de Antony, me trataba como se trata a una niña irritante. Pero, aquella noche, yo ya no era una niña; tenía veintidós años y no pensaba con claridad; o quizá sí, porque necesitaba besarlo con toda mi alma, y el me besó del mismo modo.

Los golpes de la puerta me devuelven a la realidad. Las persianas están echadas, pero la luz que se cuela entre los listones me permite llegar a la entrada, donde echo un vistazo por la mirilla.

Son un hombre y una mujer. Los dos, de traje oscuro y los dos, de aspecto extranjero. Durante un instante, pienso que quizá se trate de uno de esos telegramas cantados de felicitación de cumpleaños. Es la típica tontería que haría Antony. Pero, a pesar de que no me he puesto las lentillas, no parece que hayan venido a felicitarme.

Uno de ellos alza un brazo y acerca una tarjeta del FBI a la mirilla. Cuando la veo, siento el deseo de cerrar los ojos como una niña, fingir que no los he visto y huir. Pero ¿adónde? Estoy en el piso cincuenta y dos del edificio, y no me puedo quedar aquí para siempre, así que respiro hondo y entreabro la puerta.

La mujer da un paso adelante.

–¿Señorita Wade? Soy la agente Carson. Mi compañero es el agente Merrick.

–¿Es algún tipo de broma? Porque, si lo es, no me parece…

–No es una broma –me interrumpe–. Estamos buscando a su padre, Charles Winthrop Wade.

–Ya sé quién es mi padre –dijo alzando la barbilla–. Y no está aquí.

–¿Sabe dónde está, señorita Wade?

–No. ¿A qué viene esto?

Estoy intentando imaginar qué puede haber hecho Charlie para que el FBI se presente en mi puerta un sábado por la mañana. Pero no lo quiero pensar. No quiero tener que enfrentarme a otro de sus líos. Sobre todo, porque solo llevo trabajando tres meses en Wade and Walters, e intento demostrar que estoy en la empresa por méritos propios.

–Su padre está bajo investigación por fraude, evasión de impuestos y obstrucción a la justicia. Además, no se ha presentado en el tribunal en la fecha requerida.

–Que no se ha presentado en…

–Se le dejó en libertad porque no parecía que hubiera riesgo de fuga. Pero, por lo visto, se ha escondido.

–Pues ni está aquí ni sé dónde puede estar.

Intento cerrar la puerta, pero el agente Merrick mete un pie como un detective de una película en blanco y negro y me lo impide.

–Lo siento, señorita Wade, pero tenemos una orden judicial para registrar su casa.

El agente no parece sentirlo en absoluto. Solo parece aburrido.

Los dos entran en mi casa y, mientras yo me estoy preguntando cómo es posible que mi padre no me haya avisado de lo que iba a pasar, suena el teléfono. Contesto al instante, sin mirar el nombre que aparece en la pantalla.

–¿Charlie?

–Veo que tú tampoco has hablado con él.

Es David Walters, el socio de mi padre en la empresa. Es la tranquilidad personificada, y el simple hecho de que se muestre nervioso contribuye a desbocar mi nerviosismo.

–No, pero el FBI está en mi casa.

–Comprendo. En fin, lo hecho, hecho está. Es evidente que tenemos que hablar sobre lo que vamos a hacer. Se lo he notificado a la junta, y nos reuniremos mañana, a las ocho. Pero me gustaría verte antes de la reunión. ¿Podrías llegar quince minutos antes? Necesito que nos pongamos de acuerdo, Hennessy.

–¿Por qué me necesitas? Solo soy la jefa de *marketing*.

–No, ya no. Tu padre y yo acordamos que, si nos pasaba algo a alguno de los dos, nos sustituiría la persona que eligiéramos para esa eventualidad, y tu padre te eligió a ti. A partir de este momento, tú y yo compartimos la dirección general de la empresa.

Cuando David se despide y cuelga, yo me apoyo en la puerta y me quedo mirando a los agentes, que ya están registrando el piso.

No puedo creer lo que está pasando. No puedo ser codirectora general. Pero, aparentemente, lo soy.

Menudo cumpleaños.

Capítulo 1

Hennessy

Veinticuatro horas después.

Temblando, y con una chaqueta de Charlie sobre los hombros, entro en Wade and Walters con un café para David y un té para mi. James, el portero del edificio, me saluda.

Ayer, tras la visita del FBI, llamé a mi padre; pero, como no contestó al teléfono, decidí llamar a Antony. Estaba muerta de miedo, y siempre me tranquilizo cuando hablo con mi mejor amigo. Pero, naturalmente, Charlie tuvo que llamar mientras yo estaba hablando con Antony y, por supuesto, a pesar de la gravedad de la situación, no me volvió a llamar. Se limitó a dejarme un mensaje en el contestador, diciendo que no me preocupara, que el asunto no me salpicaría a mí y que, en cualquier caso, intentara pasar desapercibida y me hiciera la tonta.

Hacerse el tonto es uno de los mantras preferidos de Charlie. También le encanta decir que nunca se debe mirar atrás y, sobre todo, que hay que seguir el ejemplo del jefe.

Dicen que la sangre es más espesa que el agua, pero el *whisky* sabe mejor; y el exceso de *whisky* y los niños no se llevan bien. Charlie se limita a tolerarme. Es posible que, a su modo, me quiera de verdad; pero siempre a su modo, en sus términos. Fundamentalmente porque, cuando mi abuela falleció, la única persona que podía cuidar de mí era él.

De todas formas, no estoy preocupada por mi padre. Charlie es una anguila, capaz de huir por cualquier agujero. Y a mí no me pasará nada, porque nunca he permitido que nadie se me acerque.

La gente solo conoce a la Hennessy Wade que sale en los medios; pero, si se acercaran lo suficiente, verían quién soy de verdad, y yo no soportaría el brillo de decepción en sus ojos cuando se dieran cuenta de que no merezco la pena.

Sin embargo, este no es el momento adecuado para dejarse llevar por pensamientos autodestructivos. De hecho, hasta podría ser una oportunidad perfecta para demostrar a la junta directiva que no estoy en la empresa solo por mi apellido. Soy buena en mi trabajo. Y aunque la gente crea que, como niña rica que soy, mi vida ha sido muy fácil, no lo ha sido en absoluto. La ficha que llevo en el bolsillo lo demuestra. Indica que llevo casi tres años sin beber.

Mientras camino, me miro las piernas. Llevo unos zapatos de tacón alto. Tenía intención de ir a casa para cambiarme de ropa, pero habría llegado tarde a la oficina, y quiero que David sepa que puede confiar en mí. Si pregunta por qué voy vestida así, le diré la verdad: que anoche tenía intención de ir a una fiesta a distraerme un rato, y que al final cambié de opinión, me vine a la oficina y me quedé aquí.

Abro el bolso y saco el ordenador portátil. Como sabía que la desaparición de Charlie será un golpe para la empresa, he estado trabajando casi toda la noche, intentando tranquilizar a los clientes y accionistas. Y, por primera vez, me he sentido codirectora general de verdad.

Las puertas del ascensor se abren en el piso dieciocho. Callie, mi secretaria, se acerca a mí. Está ruborizada y algo aturdida, como si hubiera estado tomando el sol; lo cual sería posible si fuera un día soleado e hiciera calor, pero es una lluviosa mañana de otoño.

–Está en su despacho –anuncia con nerviosismo, y yo supongo que se refiere a David.

A diferencia de Charlie, David siempre es puntual. Es un hombre fiable, y yo me siento aliviada al saber que lo tendré a mi lado.

–Excelente –digo con una sonrisa, intentando calmarla–. Hablaré con David, por si quiere que tomes notas y…

No termino la frase. Callie me está mirando de un modo extraño.

–Oh, pensaba que lo sabías. Te he dejado varios mensajes –dice–. El señor Walters no está aquí. Está en el hospital. Anoche sufrió un

infarto.

La noticia me deja atónita.

–¿Se encuentra bien?

–Sí, está bien. Le darán el alta en algún momento del día, aunque tendrá que hacerse pruebas, y es posible que lo tengan que operar.

–Debería ir a verlo…

–Solo dejan entrar a la familia. Por supuesto, le hemos enviado flores –dice Callie–. Lo siento mucho, señorita Wade. He intentado ponerme en contacto con usted, pero…

La culpa de que Callie no haya podido localizarme ha sido enteramente mía. Anoche, cuando estaba en el taxi, apagué el teléfono para que nadie me molestara y no lo volví a encender.

–No te preocupes, Callie –le digo–. ¿Quién está entonces en el despacho de David?

–Su sustituto –contesta ruborizándose de nuevo–. El señor Walters ha decidido jubilarse y ha dejado el cargo a su sucesor, que acaba de llegar de Australia.

–En ese caso, será mejor que lo salude y me presente.

Ni siquiera soy capaz de atar cabos. Horas después, me preguntaré cómo es posible que no supiera sumar dos y dos. Pero, en ese momento, sigo tan desconcertada con lo de David que entro en su despacho tan tranquilamente. Y cuando veo al hombre que está junto a la ventana, de espaldas a mí, se me encoge el corazón.

El pánico se apodera de mí. El pánico, y una cálida e intensa sensación en la que no quiero pensar.

–¿Qué está haciendo aquí? –preguntó a Callie, desconcertada.

–El señor Valetti es el nuevo codirector general –responde la secretaria en voz baja.

–No, eso es imposible –digo yo rápidamente–. Tiene que haber un error. No es posible que sea…

–Vaya, lo mismo que he dicho yo al saberlo –me interrumpe él.

Su profunda y varonil voz me deja sin aliento. Las piernas se me doblan. Aquello es un verdadero terremoto, y no lo es por cuestiones profesionales, sino intensamente personales. Recuerdo el sabor de su boca, recuerdo sus besos, recuerdo su forma de hacer el amor; una forma carnal, devastadora, posesiva. Y también recuerdo lo que

dijo después: que había sido algo de una sola noche, que no se volvería a repetir.

–¿Dónde te habías metido? –pregunta él–. Te he estado intentando localizar toda la noche. Hasta te he enviado varios mensajes.

No puedo creer que sea tan atractivo. Es innecesaria, injusta y lujuriosamente guapo. De pómulos marcados, mandíbula fuerte y ojos azules. No unos ojos como los de Paul Newman, sino oscuros, casi de color añil.

–Tenía apagado el teléfono –respondo.

–¿Apagado? ¿En estas circunstancias?

–Se supone que mi generación es adicta a los teléfonos móviles, pero ya me conoces… me gusta crear tendencias nuevas.

–Las tendencias no me interesan, Hennessy. Pero poder comunicarme con mi compañera en el cargo, sí –replica él.

–Si tanto te interesa la comunicación, deberías empezar por tener buenos modales. Ni me has saludado ni me has preguntado qué tal estoy, que es lo que habría hecho cualquiera. Al fin y al cabo, no nos veíamos desde hace cinco años.

Yo estoy en la entrada del despacho de David. No he llegado a pasar. Y, justo entonces, veo que han cambiado el letrero de la puerta y han puesto uno con el nombre entero de Renzo.

–Te has dado mucha prisa –digo con sorna.

–¿Por qué no? Esto es un negocio, Hennessy. Y, en los negocios, el tiempo es dinero.

Miro a Renzo en silencio. Se ha pasado toda la noche en un avión y, aunque haya viajado en un reactor privado, el vuelo desde Australia es brutal. Si yo acabara de hacer ese viaje, tendría que ponerme unas gafas de sol y una capucha para ocultar el daño a los *paparazzi*; pero Renzo parece recién salido de una sesión fotográfica para una revista de modas.

Eso también es injusto. ¿Cómo es posible que tenga un aspecto tan fresco en tales circunstancias?

Sin embargo, cometería un error quien se dejara engañar por su cara perfecta y el elegante y oscuro traje que enfatiza sus anchos hombros y su cuerpo perfectamente tonificado. Injusto o no, Renzo

es un hombre calculador, implacable, de sangre fría. Es lógico que David lo haya nombrado su sucesor, y estoy segura de que la junta directiva estará encantada con él.

–Los negocios no son solo un asunto de dinero, Renzo. También están las personas.

–Hablas como una verdadera hija de papá –dice él, mirándome con desdén–. Lo importante en los negocios son los beneficios, y son esos beneficios los que pagan los salarios de la gente. Puede que ahora lo empieces a entender, porque no te limitarás a disfrutar de tus dividendos. Tendrás que trabajar.

Renzo deja de hablar durante unos instantes, mira mi pelo revuelto y mis desnudas piernas y añade:

–Obviamente, no cuento como trabajo que lleves la chaqueta de tu nuevo novio por haber estado de juerga por ahí.

–La chaqueta es de Charlie –puntualizó yo–. Y no he estado divirtiéndome. De hecho, he estado toda la noche en la oficina, preparando la reunión de hoy.

–¿Y te vistes así para preparar reuniones?

Yo siento el deseo de estrangularlo; pero, en lugar de eso, lo miro fijamente a los ojos.

–No, tenía intención de ir a la fiesta de cumpleaños de Garrison Cutler, pero…

No termino la frase. De repente, me doy cuenta de que no quiero terminarla, porque no siento el menor deseo de darle explicaciones sobre mi vida privada.

–Jugando mientras arde Roma –dice él, sacudiendo la cabeza–. Seguro que eso es lo que estabas haciendo.

–Vaya, felicidades. No has tardado ni cinco minutos en echarme en cara mi supuesta vida de privilegiada. Creo que has batido un récord.

–Si lo he batido, será porque te rodeas de sanguijuelas y haraganes que no tienen ningún interés por criticar tus defectos.

La tensión que se ha estado acumulando en mí durante horas amenaza con estallar. Aprieto los puños y lo fulmino con la mirada.

–Me aseguraré de compartir esa valoración tan halagadora con mi equipo, Renzo. Salvo que prefieras hacerlo tú, claro –le digo–.

Aunque tienes la posibilidad de tragarte tus prejuicios y afrontar la realidad durante unos momentos. Y esa realidad consiste en que ayer era jefa de *marketing* y hoy comparto contigo la dirección ejecutiva… Mi anterior despacho estaba al final del corredor.

–¿Y cómo conseguiste ese puesto? ¿Por méritos propios? Me pregunto quién te entrevistó en su día.

Me gustaría poder decirle que soy buena en lo hago, y que tengo el respeto de muchas personas que no tienen nada que ver con mi familia. Pero es cierto que no me hicieron ninguna entrevista para entrar en la empresa y, teniendo en cuenta mi escasa experiencia anterior y mi limitado currículum académico, es dudoso que me hubieran dado el puesto en otro sitio.

–Mira, no tengo tiempo para tus opiniones sobre protocolo laboral o mi vida profesional. Me tengo que preparar para la reunión de la junta.

Sus ojos me exploran, oscuros e insondables. Me siento como si me estuviera ahogando, y me quiero agarrar al marco de la puerta para mantener el equilibrio; pero no puedo, porque se daría cuenta de que estoy nerviosa.

–Y la prepararemos –dice él–, pero antes quiero dejar clara una cosa.

No sé a qué se refiere. ¿Al beso que nos dimos aquella vez? El corazón se me acelera al recordar su coche, sus labios, su deseo, mis manos en su pecho. Y ahora está ahí, delante de mí, a menos de un metro de distancia, mirándome con intensidad, como si mi cráneo fuera de cristal y pudiera ver mis pensamientos. Casi puedo sentir el calor que emite su cuerpo. Estamos tan cerca que casi nos tocamos.

–¿Qué cosa? –me atrevo a preguntar.

Él da un paso adelante y contesta:

–Que la fiesta ha terminado para ti.

Renzo

Hennessy alza la barbilla con brusquedad, y yo me pregunto qué estoy haciendo. No es la primera vez que me lo pregunto.

Estaba en Australia de viaje de negocios, intentando convencer a Noah Barker de que me vendiera su red de medios de comunicación, cuando David me llamó por teléfono. David es un gran empresario. Por eso compré acciones de Wade and Walters. Pero nunca me ha gustado su socio, Charlie.

Por supuesto, no me llevo ninguna sorpresa cuando me entero de que Charlie se las ha arreglado para convertir una venerable institución en una telenovela. Es un ejemplo de todo lo que me disgusta en el mundo empresarial. Carece de moral, se cree con derecho a todo y, si su padre no le hubiera dejado el cargo que ocupa, dudo que nuestros caminos se hubieran cruzado jamás.

En cuanto a su vida privada, es casi peor. Para empezar, no es privada y, para continuar, tampoco se puede decir que sea una vida, sino una sucesión de actos aleatorios sin ningún tipo de planificación. Es un caos, y el caos suele tener consecuencias dolorosas.

Mi infancia me lo demostró. Tras la muerte de mis padres, Antony y yo pasamos por ocho casas de acogida distintas, porque solo teníamos unos cuantos familiares distantes que no se podían hacer cargo de nosotros. Y cada vez que nos cambiábamos de casa, me sentía completamente impotente.

Pero eso no era lo único malo. Aunque nos trataban relativamente bien y no nos faltaba comida en la mesa, el afecto físico era casi inexistente. La única persona que me abrazaba era Antony, y yo sabía que, cuando me marchara, nadie le abrazaría a él.

Como no soportaba esa idea, lo primero que hice cuando me fui y conseguí un empleo y un apartamento fue llevarme a Antony conmigo. Y, desde entonces, no hecho otra cosa que trabajar, intentando alejar el caos de nuestras vidas.

Esa fue la razón de que me disgustara que Hennessy se hiciera amiga de Antony y que Charlie se las arreglara para conseguirle una plaza en el colegio de mi hermano. Tendría que haberlo sacado de allí de inmediato. Sin embargo, era un buen colegio y, por otra parte, yo quería que tuviera un poco de estabilidad. Pero, por supuesto,

Hennessy consiguió cuatro años después que los expulsaran a los dos.

–¿Crees que mi vida es una fiesta? Cómo se nota que no sabes nada de mí.

Hennessy está muy equivocada. Sé mucho de ella. Sé que la llamaron así por el *brandy* que más le gusta a su padre; sé que es rubia natural y sé que su gusto en materia de hombres es deprimentemente previsible, porque siempre está con tipos que no merecen la pena.

–Sé que el padre de Garrison Cutler lo ha repudiado. ¿Por eso se dedica a perseguirte por ahí? –le pregunto.

–No me persigue. Y tampoco se puede decir que nuestra relación sea muy estrecha.

Su afirmación me desconcierta. Si lo que dice es verdad, ¿por qué iba a ir a su fiesta? ¿Será posible que no se estén acostando? Quizá, pero el simple hecho de pensar que son amantes me saca de quicio.

–Ni siquiera prestas atención a lo que digo. Te he dicho hace unos momentos que tenía intención de ir a esa fiesta, pero no fui al final. Me vine a la oficina y estuve trabajando casi toda noche, hasta me quedé dormida. Quería ir a casa a cambiarme de ropa, pero se me ha hecho tarde.

Ella ha vuelto a alzar la barbilla. Tiene los labios entreabiertos, y la visión de su boca me provoca una oleada de calor. Han pasado tres años desde que nos vimos por última vez, pero me siento como si mi cuerpo quisiera continuar con lo que dejamos sin terminar en Las Vegas. De hecho, tengo que hacer verdaderos esfuerzos por no tomarla entre mis brazos y besarla.

–Podrías haberte cambiado de ropa en el despacho –digo yo–. Este ya no es el negocio de tu padre, Hennessy. Ahora es tuyo y mío, de los dos, y, mientras trabajemos juntos, espero que seas puntual, que vistas adecuadamente y que tengas el teléfono conectado. A partir de ahora, serás la cara de este negocio. Debes cuidar tu comportamiento.

Mis palabras resuenan en el despacho, y yo me siento un hipócrita. Aún no puedo creer que me dejara llevar por el deseo

aquella noche, que rompiera mi propia norma de mantener las distancias con Hennessy Wade.

Cuando le he dicho a Antony que David quería que ocupara su puesto, se ha llevado una alegría; y cuando le he dicho que estaba sopesando la posibilidad de rechazar el ofrecimiento, su sorpresa ha sido mayúscula. No entiende que me disguste la idea de trabajar con su amiga, pero no le puedo decir por qué. No le puedo decir que estuve a punto de perder el control por completo la última vez que nos vimos.

Yo ni siquiera iba a estar en Las Vegas. Acabé allí por una tormenta que obligó a mi avión a aterrizar y, cuando llegué al bar del hotel donde me iba a alojar, vi a Hennessy.

Hasta aquella noche, Hennessy solo era una amiga de Antony para mí; una adolescente, una niñata irritante que, desde luego, no me resultaba nada atractiva. Pero aquella noche era una mujer, y yo la deseaba con todo mi ser. No quería otra cosa que hacerla mía y arder con ella en el fuego de la necesidad.

Por suerte, recuperé la cordura antes de llegar demasiado lejos, y la he estado rehuyendo hasta ahora, hasta que las circunstancias nos han vuelto a unir.

Y odio la situación. No solo porque ahora tenga que arreglar el desastre de Charlie Wade, sino que las razones que me han llevado a aceptar el desafío solo están parcialmente relacionadas con el altruismo y las finanzas. Lo único que me consuela es que Hennessy también odia la situación.

–¿Ya has terminado? –me pregunta ella, mirándome con rabia.

–Ni mucho menos –contesto–. Siéntate, por favor.

Hennessy me mira con los ojos muy abiertos. Parece una gata acorralada. Si lo fuera, tendría la espalda arqueada y estaría moviendo el rabo de un lado a otro. Sin embargo, eso carece de importancia. Lo que importa es que comprenda esto: que, por mí, se puede creer la reina de Saba si quiere, siempre que asuma que el verdadero jefe de la empresa soy yo.

Capítulo 2

Renzo

Hennessy me mira con tanta altivez que me dan ganas de acercarme y recordarle con quién está hablando. Sin embargo, doy un paso atrás para dejarla pasar.

–Adelante –digo.

En lugar de entrar y sentarse, da media vuelta y se aleja por el pasillo. Mi razón me dice que la debería poner en su sitio, pero lo cierto es que admiro su actitud. Hay sensualidad en todos sus movimientos. Conquista el espacio que ocupa, lo cual me fascina. Y ella lo sabe.

Apretando los dientes, la sigo hasta el antiguo despacho de Charlie y cierro la puerta a mis espaldas.

–Bueno, ¿dónde está tu padre?

Hennessy se ha puesto a mirar por la ventana. En los lujosos hoteles y clubs que frecuenta, su belleza, su riqueza, su apellido y su reputación le garantizan un poder ilimitado. Conoce a la gente, y sabe exactamente quién está en la cresta de la ola, quién no lo está, quién será alguien y quién no.

Pero allí no conoce las normas. Gracias a la decadente decoración del ya exdespacho de su padre, no está fuera de lugar con un vestido de noche y unos zapatos de aguja; pero está fuera de lugar en lo tocante a la empresa. Está como pez fuera del agua y, por lo visto, se lo voy a tener que decir.

–¿Eso es lo que querías hablar conmigo? –me pregunta.

–Obviamente –respondo con impaciencia–. Sería mejor para todos que Charlie se entregara a la policía.

–Mejor para ti, querrás decir.

–Para todos –insisto–, Charlie incluido. Así que, si sabes dónde está…

–No, no lo sé. Pero, aunque lo supiera, no mandaría a la cárcel a mi propio padre.

–No seas infantil –le digo, aunque está tan *sexy* que no hay nada de infantil en ella–. Tu padre no es precisamente un jefe de la mafia, Hennessy. Y el hecho de que se oculte no va a contribuir a que la justicia lo trate mejor.

–¿Has intentado llamarlo tú? Seguro que le encantaría conocer tus planes empresariales –dice con ironía.

–No te hagas la lista conmigo. Esto es grave. Cuando se sepa que tu padre ha desaparecido, nuestras acciones se van a derrumbar.

–Pues véndeme las tuyas y márchate.

–No tienes dinero para comprarlas.

Es verdad. No lo tiene. Y tendrá todavía menos dinero cuando condenen a su padre y tenga que pagar una indemnización. ¿Será consciente de ello? De repente, siento un profundo desprecio hacia Charlie y hacia todos los haraganes que se acercan a ella como moscas a la miel. ¿Dónde están ahora?

–No sé por qué te preocupa tanto ese asunto. Charlie aparecerá en algún momento. Se ha asustado, nada más.

–Luego has hablado con él…

Ella duda antes de contestar.

–Me dejó un mensaje.

Hennessy se gira ligeramente, dándome ocasión de admirar su delicado perfil. Es una mujer verdaderamente exquisita, y no soy la única persona que lo cree. Los hombres de aquel hotel de Las Vegas se la comían con los ojos.

–Pues llámalo tú –le digo.

–Lo he intentado, pero me salta el contestador –replica, y se encoge de hombros.

Yo sacudo la cabeza, sin saber qué me molesta más: si su encogimiento de hombros o la irresponsabilidad de su padre. Charlie Wade nunca ha sido podre; no tiene ni idea de lo que la pobreza hace a la gente. No sabe el daño que hace.

Procedo de una familia que emigró a los Estados Unidos en busca de una vida mejor; pero, por mucho que trabajaron, sus sueños no se hicieron realidad. Vivíamos con lo justo. Nunca sobraba nada, ni una pequeña cantidad de dinero para posibles complicaciones. Y cuando la suerte les dio la espalda del todo, no tenían ninguna red de seguridad, nada que detuviera su caída, la de Antony y la mía.

Incluso ahora, a pesar de ser un hombre con éxito, la pobreza nunca está lejos de mis pensamientos. Es lo que me impulsa a seguir ampliando mis negocios, a seguir haciendo dinero, a intentar controlar tantos aspectos de mi vida como sea posible.

Desgraciadamente, Hennessy no es más consciente de eso que su padre. Su vida ha sido una larga fiesta. Es tan poco cuidadosa como una apisonadora; va por la vida con temeridad, sin preocuparse por las consecuencias. Cuando era más joven, me parecía comprensible; a fin de cuentas, yo solo era un adolescente. Pero a Hennessy le gusta jugar con fuego. Casi se podría decir que le gusta meter la mano en volcanes activos.

Con su cabello rubio y su seductora sonrisa, siempre ha sido un imán para simples mortales como Antony. Aún me acuerdo del día en que descarriló el hasta entonces inmaculado historial académico de mi hermano. Obviamente, Charlie no se presentó a la reunión con el director del colegio, aunque tampoco habría servido de nada. Hennessy ni siquiera pidió disculpas por haber falsificado una nota mía. Le parecía tan normal como bailar medio desnuda en mi jardín.

De hecho, no le importó que la expulsaran.

–Tiene que haber otra forma de ponerse en contacto con él… –afirmo.

Hennessy no ha cambiado de posición, pero su actitud es repentinamente distinta. Tiene una tensión que me resulta vagamente familiar, y no tardo en recordar por qué: es la misma tensión que tenía cuando un cretino la acorraló aquella noche en Las Vegas. Se siente impotente, amenazada; y yo no soporto que se sienta así. Es joven y bella, y está sola.

Como si hubiera adivinado mis pensamientos, me mira de repente a los ojos y dice:

–Sé cuidar de mi misma.

–No siempre –le recuerdo.

Hennessy guarda silencio durante unos instantes y replica:

–Aquello fue una excepción.

¿Seguro que lo fue?

Vuelvo a pensar en el momento en que salí al vestíbulo del hotel y la vi retrocediendo hacia el ascensor con un canalla que quería que le diera algo que llevaba en el bolso. Drogas, seguramente, aunque ella lo negó después.

En cualquier caso, nadie salió en su defensa. Nadie, salvo yo.

No lo llegué a golpear. Quise hacerlo. A veces, lamento no haberlo hecho, no haberlo obligado a sentir de verdad las consecuencias de sus actos. Pero me limité a retorcerle el brazo, aunque con más fuerza de la necesaria.

Hennessy se puso furiosa conmigo, y se enfadó más cuando la seguí a la calle; pero, cuando llegó a su coche, se derrumbó y rompió a llorar.

Yo la abracé, sin ser consciente de lo que hacía. Y, luego, nos besamos.

Por el cambio que se ha producido en el ambiente, es obvio que Hennessy se está acordando de lo mismo que yo. Durante unos segundos, nos miramos a los ojos, en silencio. Estamos a muy poca distancia, y noto su aroma y el calor de su aliento. Me desea tanto como la deseo yo.

Ya me dispongo a hacer algo al respecto cuando oigo el sonido del ascensor y, de repente, me odio a mí mismo por lo que he estado a punto de hacer, aunque la odio más a ella. Esto es culpa suya. Tiene la habilidad de hacerme perder el control. Y quiero castigarla. Hasta me planteo la posibilidad de besarla y apartarme enseguida para darle una lección y demostrarle que soy inmune a sus encantos.

–Eso no va a pasar, Hennessy –afirmo, sacudiendo la cabeza–. Ni estoy desesperado ni soy estúpido.

–Bueno, de todas formas, no eres mi tipo –se burla ella.

–Conociendo cuál es tu tipo de hombres, me lo tomaré como un cumplido.

Hennessy no me mira con exasperación, pero hace un mohín que provoca un momentáneo cortacircuito en mi cabeza.

–¿Quieres que te tome en serio, Hennessy? Pues pórtate de forma seria. Empieza a pensar.

–No hago otra cosa que pensar. Y, por mucho que piense, no puedo cambiar lo que ha pasado. Como dije ayer a los agentes del FBI, si Charlie no quiere que lo encuentren, nadie lo encontrará.

–¿Ya te han interrogado?

Ella se encoge de hombros.

–No parece que tengan muchas más cosas que hacer. Su vida parece limitarse al trabajo.

–No es momento para hacer bromas. Que tu padre haya desaparecido es malo para los negocios. A los accionistas no les hará ninguna gracia. A mí no me la hace, y tampoco te la debería hacer a ti, teniendo en cuenta que los beneficios de Wade and Walters te pagan las facturas.

–Gracias por explicármelo –ironiza ella–. No sé qué haría si no estuvieras aquí… Ah, sí que lo sé. Me tomaría una copa de champán para celebrarlo.

–No lo dudo. ¿Y sabes por qué? Porque no tienes ningún sentido de la responsabilidad –le digo yo–. Antes has dicho que la gente importa más que el dinero, ¿verdad?

–En efecto.

–Pues deja que te dé unos cuantos datos estadísticos. Nuestra empresa tiene tres mil trabajadores, repartidos por doce países y seis continentes. A David Walters le preocupaban tanto esas personas que le ha dado un infarto al saber lo de Charlie. Pero, siendo digna hija de tu padre, supongo que el champán nunca está muy lejos de tus pensamientos.

–Francamente, me extraña que tú seas hermano de Antony, porque no tienes ni su empatía ni su decencia.

Yo me trago mi rabia y doy un paso hacia ella. Hennessy no parpadea, pero me llevo la satisfacción de verla palidecer.

–Avísame cuando Charlie te diga dónde está. Y, si te llama, quiero hablar con él. ¿Entendido?

–Entendido.

Yo espero que se vaya, pero no se va. Y, mi cuerpo responde de tal manera a su cercanía física que mi voz suena ronca cuando

vuelvo a hablar.

–Los dos sabemos que no estás hecha para esto. No me intentes convencer de que eras jefa de *marketing* por ser una buena profesional. Sabes que te dieron ese empleo por tu apellido… Pues bien, esto es lo que va a pasar: la junta te hará preguntas sobre Charlie, y tú contestarás tan bien como puedas. Pero, por lo demás, quiero que tengas cerrada la boca. Esta empresa la voy a dirigir yo. Tú te limitarás a descansar.

–¿Por eso sales con tantas mujeres? ¿Porque las mandas a descansar?

Su actitud desafiante me arranca un suspiro.

–¿No puedes hacer por una vez lo que te dicen?

–Vaya, hablas como Farrow, el director de aquel colegio. ¿Eso es lo que pasa a medida que te acercas a los cuarenta años? ¿Que empiezas a hablar como un profesor?

–Me sorprende que sepas cómo habla un profesor, teniendo en cuenta que te saltabas la mitad de las clases. Y, por cierto, solo tengo treinta y cuatro años.

–¿En serio? Pues pareces mucho mayor.

Hennessy me está provocando, y hay una parte de mí que quiere reír, que disfruta jugando con ella, porque es joven y atractiva. Y, encima, me está mirando con esos ojos de tono violeta que despiertan zonas de mi cerebro que preferiría dormidas.

Es algo de lo que me han acusado alguna vez un par de mujeres. Dicen que no quiero intimidad emocional, y es verdad. Intimidad física, sí, pero sin ataduras de otro tipo.

Mis padres solían decir que lo único que la gente necesita es amor. Mis padres estaban equivocados. Por eso me quedé huérfano a los once años, y por eso pasé los siete siguientes en distintas casas de acogida. Lo que la gente necesita no es amor, sino dinero para poder vivir y poder afrontar los golpes de la vida.

–Se llama madurez, Hennessy. Es lo que pasa cuando dejas de creer que los demás deben solventar tus problemas, cuando no te parece *sexy* o divertido que tu nombre salga en las revistas de la prensa del corazón.

–Me gustaría saber qué se siente al estar montado en un caballo tan alto como el tuyo. Debes de sentirte muy solo.

–Dice la mujer cuyo padre la acaba de dejar en la estacada –contraataco yo.

Ella parpadea, y sus ojos brillan un momento.

–Déjame que te aclare algo. No voy a permitir que dirijas solo esta empresa. Voy a hacer mi trabajo, lo cual me recuerda que tenemos que hablar sobre nuestra estrategia para las próximas veinticuatro horas. Se me ha ocurrido algo para reducir los daños en términos publicitarios cuando lo de Charlie salga en la prensa. ¿Quieres que te lo envíe por correo electrónico? ¿O prefieres que te lo imprima? Sé que a los viejos no se os dan bien los ordenadores.

–Envíamelo por correo electrónico.

Por sorprendente que sea, su actitud me está gustando. No parece la atontada hija de papá que yo creía. Puede que solo esté actuando, pero habla como una verdadera directora ejecutiva. Bueno, codirectora.

–Tienes razón en una cosa, Renzo. Efectivamente, he llegado a donde estoy por mi apellido. Y me da igual lo que pienses sobre mi vida o lo que llevo puesto, porque no eres mi jefe, sino mi socio.

–Te doy una semana, Hennessy.

Hennessy me vuelve a lanzar una mirada desafiante. La misma que tenía aquel día en el despacho del director del colegio.

–¿Ahora es cuando me vas a decir que no intente apelar a tu buen corazón? Porque, si es así, no es necesario. Sé que no tienes corazón.

–Cierto. No lo tengo –replico yo–. Y tu papi no estará aquí para protegerte, así que no creas que tu apellido te va a asegurar un trato especial.

–Te odio –dice ella enrabietada.

Yo me encojo de hombros.

–No me importa –digo yo.

Hennessy aprieta los puños, y yo sé que tiene ganas de pegarme. Me recuerda el carácter que demostró con el tipo del ascensor, que la doblaba en tamaño. Pero esto es diferente, me digo a mí mismo. Esto es por su bien y, sobre todo, por el mío.

–Hennessy, el negocio es un éxito por los esfuerzos de David Walters. Nadie extrañará la actitud caótica de Charlie, y debes saber que la junta estaría encantada de echarte. Te sugiero que te abstengas de complicarme las cosas. Si yo estuviera en tu lugar, haría lo posible por tenerme contento. De lo contrario, puede que tengas que buscarte otro trabajo.

Ella se echa hacia atrás, como si le hubiera dado una bofetada.

–Mi padre no lo permitiría –dice.

–Entonces, es una suerte que no esté en condiciones de decir nada –replico yo, mirando la hora–. Faltan dos minutos para la reunión.

Hennessy pasa a mi lado y se va, dejándome solo en el despacho de su padre. Me siento no solo fuera de lugar, sino más insatisfecho que en muchos años.

Hennessy

Entro en el cuarto de baño y cierro dando un portazo. Lo odio con todas las fibras de mi ser. Es grosero, arrogante, condescendiente e incapaz de ser empático con nadie. Pero, al parecer, eso no impide que mi cuerpo me traicione cuando estoy con él, y odio que Renzo tenga tanto poder sobre mí.

Me miro en el espejo. Estoy ruborizada, y en la vena del cuello se nota mi acelerado pulso.

Nadie me ha provocado nunca ese efecto. Yo no lo permitiría. Solo tenía trece años cuando me di cuenta de que, si la gente me tomaba por una bruja sin corazón, mantenía las distancias conmigo. Y si mantenían las distancias, no podían ver lo vulnerable y sola que estaba.

No es algo de lo que me guste hablar, ni siquiera con Antony. Él tampoco habla de su familia, porque es un tema difícil; pero tiene una foto suya de cuando era pequeño, y parece una familia feliz y normal. Yo solía sentir envidia de él, pero ahora me asusta, porque Antony es una buena persona. Tiene la familia que merece. Y,

cuando pienso en eso, me pregunto si no seré yo el problema de la mía, si mi madre me abandonó por una buena razón.

Me vuelvo a mirar en el espejo. Con excepción de Antony y de David, quien me tomó afecto desde el primer momento, nadie cuida de mí. Jade nunca ha tenido carácter de madre, y Charlie se comporta como un adolescente que tiene una hija como podría tener cualquier otra cosa. Antes, me hacía tanto daño que busqué alivio en el alcohol y las drogas, pero ahora estoy limpia y quiero salir adelante.

Instantes después, oigo voces procedentes del vestíbulo. El resto de los miembros de la junta han llegado. La reunión está a punto de empezar.

Respiro hondo, me recojo el pelo en una coleta y me retoco el carmín. Los directivos son leales a Renzo, no a mí. A fin de cuentas, solo llevo tres meses en la empresa. Y cuando salgo del servicio y veo que Renzo ya está sentado al final de la mesa, presidiendo la sala como César el Senado de Roma, me gustaría saber cómo es posible que una persona tenga semejante aire de autoridad.

La primera media hora es un bombardeo de preguntas. Renzo me acribilla con ellas, y nadie sale en mi defensa; pero lo hago tan bien como puedo y, para mi propia sorpresa, me cuesta menos de lo que esperaba. Sin embargo, estoy deseando que acabe la reunión.

Debo admitir que sabe lo que dice. Tiene una idea muy clara de la situación que ha creado la ausencia de mi padre y de sus posibles repercusiones. Los miembros de la junta están hechizados con él y, cada vez que toma la palabra, lo miran como si fuera un genio del tenis a punto de ganar el último punto del partido.

De repente, noto que todo el mundo guarda silencio y me está mirando. Es evidente que me han preguntado algo, y que están esperando una respuesta. Pero no he oído lo que han dicho, así que no puedo responder.

–¿Tienes algo que añadir, Hennessy? –pregunta Renzo entonces.

Yo sacudo la cabeza y digo, con tanto aplomo como él:

–Te he enviado un mensaje con las ideas que se me han ocurrido esta noche, pero me alegra que hayamos podido reunirnos y afrontar esta crisis como el equipo que somos.

Esta vez es Renzo quien asiente.

–Es obvio que el precio de nuestras acciones bajará cuando la historia de Charlie se haga pública –dice él–. Pero ha quedado claro que somos capaces de responder con rapidez y eficacia, y estoy seguro de que puedo controlar la narrativa de lo sucedido e impedir que esto se convierta en una comedia barata.

–¿Que puedes? Querrás decir *podemos*…

–¿Cómo? –dice Renzo, entrecerrando los ojos.

–Que podemos controlar la narrativa –insisto yo.

–Sí, claro.

Mi pulso se acelera tan bruscamente como él se levanta.

–Y para asegurarnos de que eso sea así, la señorita Wade y yo trabajaremos codo a codo –sentencia.

Renzo se dirige a la salida. La reunión ha terminado. Estoy deseando alejarme de él, de su aspereza, del momento cuando nos hemos quedado cerca y me ha mirado como si estuviera hambriento de mí, casi incapaz de refrenarse.

Por suerte, el ascensor está vacío cuando salgo, así que no tengo que fingir que se me ha olvidado algo en la sala para volver y esperar a que los demás se hayan ido. Pulso el botón del vestíbulo, apoyo la cabeza en el espejo y miró la hora. Es la una de la tarde. Estoy agotada, como si hubiera estado luchando contra un depredador y hubiera escapado de milagro. Pero he sobrevivido y, ahora mismo, eso es lo único que importa.

Cuando salgo al vestíbulo, caigo en la cuenta de que me he dejado el bolso arriba, y toda mi vida está en él.

–¿Esto es lo que estás buscando?

Es Renzo, con el bolso en la mano.

–Sí, gracias –contesto, alcanzándolo.

A continuación, me doy la vuelta y me dirijo a la salida rápidamente.

–¡Espera, Hennessy!

Renzo lo ha dicho con urgencia, pero su aviso llega demasiado tarde, porque ya he salido del edificio.

–¡Ahí está!

–¡Hennessy!

Una masa de personas avanza hacia mí, con sus cámaras hacia delante, como si fueran caballeros en una justa medieval. Pero no son caballeros, sino *paparazzi*.

–¿Sabes dónde está Charlie?

–¿Es cierto que tu padre ha huido?

–¿Qué va a pasar con Wade and Walters?

De repente, me encuentro rodeada. Y no puedo controlar mi reacción. Sé que debería reaccionar con calma; que, cuanto más nerviosa te muestras, más te atacan; pero, aunque ya tendría que estar acostumbrada, me supera.

–¡No! –grito.

Súbitamente, Renzo aparece entre los *paparazzi*, recupera el bolso que me acaba de dar y, tras tomarme del brazo, me arrastra hacia un vehículo oscuro que ha aparecido como por arte de magia en la esquina.

Luego, abre la portezuela, espera a que entre y se sienta a mi lado. Cuando el vehículo arranca, lo único que me separa de la masa de reporteros es la ventanilla de cristal.

Capítulo 3

Hennessy

–¿En qué diablos estabas pensando?

Renzo está furioso, y yo también me pongo furiosa, porque estoy harta de todo. Cansada de que la gente me eche la culpa de cosas que yo no puedo controlar. Hastiada de que él sea siempre tan estricto, de que nunca se ponga de mi parte.

–Estoy bien. Gracias por preguntar –digo con sarcasmo.

–Lo único que tenías que hacer era ser discreta y no meterte en líos. Pero eres incapaz, ¿verdad? Te encanta el caos. Te gusta llamar la atención. ¿Por qué has tenido que salir del edificio? Te he dicho que esperaras.

–No soy un perro. Ni una niña.

–Pues deja de comportarte como si lo fueras, y de culpar a los demás por las consecuencias de tus actos. Deja de alejar a las personas que te ayudan.

–No necesitaba que me ayudaras.

Él me mira con incredulidad. Y no me extraña, porque ni yo misma puedo creer que acabe de decir eso.

–Está bien… Había olvidado que sabes cuidar de ti misma.

Yo me giro hacia la ventanilla, haciendo caso omiso de él.

–¿Me podría dejar en la esquina de la Quinta y la 74? –pregunto al conductor.

–¿Se puede saber qué estás haciendo? –dice Renzo, entrecerrando los ojos.

–Dar mi dirección a tu chófer.

Los oscuros ojos azules de Renzo se oscurecen un poco más. Me mira como si yo fuera un animal atrapado, y me cuesta no gritar

porque, efectivamente, me siento atrapada. Sé que tendría que darle las gracias por haberme salvado de los *paparazzi*, pero la última vez que le di las gracias por rescatarme nos acabamos besando. Y llevo tres años fingiendo que no nos llegamos a besar.

–No vas a volver a tu apartamento –dice él.

–Por supuesto que sí –afirmo yo, al borde del pánico–. ¿Dónde voy a ir si no?

Renzo me mira con intensidad.

–Pensaba que eso era obvio. A mi casa.

–No, no, no –digo con vehemencia, sacudiendo la cabeza–. De ninguna manera. Absolutamente no. Prefiero dormir en un parque.

–¿Vestida así? –pregunta arqueando una ceja–. No seas ridícula, Hennessy. ¿Crees que un vestido de noche es adecuado para dormir en un banco?

–No voy a dormir en un banco. Dormiré en mi piso.

–Si los *paparazzi* han ido a la sede de la empresa, seguro que también acampan delante de tu casa.

Yo me quedo sin aliento. Renzo tiene razón, por supuesto. Pero ahora ya estoy sobre aviso, y me creo capaz de enfrentarme a los periodistas.

–¿Y qué importa eso? Haga lo que haga, tendré que enfrentarme a ellos mañana… Mira, sé lo que estoy haciendo. Si les das lo que quieren, se aburren más deprisa.

–Gran idea –dice él, con esa voz que hace que me sienta como Caperucita Roja al encontrarse con el lobo en el bosque–. De hecho, hasta podrías desfilar en ropa interior, como hiciste en París. Todo el mundo se quedó encantado. Aunque me temo que no se aburrieron precisamente… Te esperaron fuera del hotel, y uno de tus admiradores te siguió tan deprisa que su coche se estampó contra el tuyo. Creo que acabaste con traumatismo cervical.

–Eso fue hace cuatro años, y no estaba desfilando en ropa interior, como dices. Para empezar, estaba en mi balcón y, para continuar, llevaba un pijama y una bata.

–No se van a aburrir, Hennessy. Tu padre se ha fugado y, mientras esté en paradero desconocido, la gente buscará información.

–Me da igual. Me quiero ir a casa. Y no me lo vas a impedir.

El coche se empieza a detener, y yo me giro hacia la portezuela con intención de salir en cuanto se haya parado. Pero Renzo es más rápido que yo y me toma entre sus brazos.

–¡Suéltame! –grito forcejeando.

–Te soltaré cuando te tranquilices.

–¿Cómo me voy a tranquilizar si me agarras así?

–Es por tu propio bien. No puedo permitir que te bajes de un coche en marcha, y tampoco voy a permitir que vuelvas a tu piso. La prensa te estará esperando, y son demasiados. Te presionarán más que nunca. Querrán que les des más de lo que les puedes dar.

Los ojos se me humedecen. Renzo está en lo cierto. Querrán más, sí; siempre quieren más. Y, aunque no quiero admitir mi derrota, soy consciente de que, por mucho que intente convencerme de lo contrario, no estoy en condiciones de enfrentarme a ellos. En otras circunstancias, me iría de la ciudad, pero mi responsabilidad profesional me lo impide. Me tengo que quedar. Debo demostrar que no soy una niñata malcriada.

–Pues déjame en el hotel más cercano –digo.

Renzo vuelve a arquear una ceja.

–¿Y qué harás? ¿Encerrarte en tu habitación y no salir hasta que todo haya terminado? Me temo que eso no es posible. Te comportas como si esto fuera una tontería, una de tus diversiones habituales, pero no lo es.

–Pues es una pena. ¿A quién no le gusta divertirse?

–A mí.

–Ya, pues no todo el mundo está en contra de la diversión. A la gente le suele encantar.

–No en esta situación. Y te aseguro que los accionistas y los clientes odian los escándalos. Así que, a menos que otra persona pueda cuidar de ti, te quedarás conmigo.

–Solo te falta meterme en una guardería –protesto.

Renzo no dice nada. No lo necesita. Por la dura expresión de su boca, está claro que la discusión ha terminado.

–Tengo que ir a mi piso de todas formas –digo entonces, aceptando lo inevitable–. Hay cosas que necesito.

Lo he intentado decir con tranquilidad, para que no se notara mi tensión. Pero es evidente que he fracasado. Lo noto en los ojos de Renzo, que se clavan en los míos. Lo noto en la electricidad que ahora carga el ambiente.

Renzo

–¿Qué necesitas?

Escudriño los ojos de Hennessy en busca de una respuesta, pero me lanza una de esas miradas de desdén que tan bien se le dan. ¿Qué necesitará? ¿Drogas?

–Ropa –contesta ella.

–Pues la compraremos por el camino.

–No, no, quiero mi ropa. Además, ¿qué pensará la gente si me ven comprando por ahí mientras la justicia persigue a mi padre por evasión de impuestos?

Lo que dice Hennessy tiene sentido; pero hay una tensión extraña en sus hombros, como si me estuviera ocultando algo y lo intentara disimular siendo razonable. O quizá no. Quizá es su aroma, que me esta volviendo loco; ese leve y floral perfume que aparece en mis sueños y hace que me despierte excitado, hambriento e inquieto.

–No me pasará nada –sigue ella–. Entraré y saldré en cinco minutos. Puedo llamar a Sam, el portero… Me conoce desde hace años, y es de fiar. Si me dejas más adelante, me dejará entrar por la puerta trasera del edificio. No será la primera vez que lo hago.

Yo no respondo de inmediato. Mi instinto me dice que es capaz de aprovechar la ocasión para escabullirse de mí. Pero no podrá si voy con ella.

–Está bien. Pasaremos por tu piso y recogeremos tus cosas, con una condición.

–¿Cuál?

–Que yo te acompañe.

–No necesito que me acompañes. Puedo encontrar mi propio piso.

–Estoy seguro de ello, pero no te voy a perder de vista –replico yo–. Esa es mi oferta. Lo tomas o lo dejas.

Hennessy se recuesta en el sillón de cuero y se cruza de brazos.

–De acuerdo. Lo haremos a tu modo.

–Así me gusta –digo yo, por el simple placer de conseguir que sus mejillas se tiñan de rubor.

Al cabo de unos momentos, Kenny, mi chófer, detiene el vehículo a cierta distancia del portal del edificio. Entonces, yo alcanzo una gorra de los New York Mets y se la doy.

–Toma. Ponte esto.

Hennessy se la pone, se mira en el retrovisor y dice con sorna:

–Guau. No me reconocería ni yo.

–Pues tendrás que contentarte con eso. A diferencia de ti, yo no me suelo relacionar con delincuentes, así que no llevo un montón de disfraces en el coche.

Ella me mira con cara de pocos amigos, pero se limita a decir:

–Bueno, ¿vamos a salir? ¿O no?

Yo la miro con detenimiento. La mayor parte de la gente está irreconocible con una gorra de béisbol, pero Hennessy no es la mayoría de la gente. Por fortuna, es domingo por la tarde y no hay casi nadie en la calle.

Hennessy abre la portezuela de su lado, se baja del coche y empieza a andar con movimientos de modelo de pasarela. Yo la maldigo para mis adentros por no haber esperado, pero la alcanzo enseguida y la tomó de la mano. En cuanto siente mi contacto, se gira hacia mí, con las pupilas dilatadas. Ella también ha sentido la descarga eléctrica.

Al salir de la sede de la empresa, yo estaba tan preocupado con la presencia de los *paparazzi* que no he sentido nada cuando la he tomado del brazo para llevarla al coche. Pero ahora estamos solos, y el simple hecho de tocarla ha conseguido que mi mente se vacíe y mi cuerpo me traicione con una oleada de deseo. Es como si el mundo hubiera desaparecido y solo existiera ella. Ni siquiera veo los rascacielos de la zona.

Por supuesto, Hennessy intenta romper el contacto al instante y, por supuesto, yo le aprieto la mano con más fuerza.

–¿Siempre eres tan desconfiado?

–¿Quieres la respuesta larga? ¿O te vale con la corta?

En respuesta, ella me vuelve a mirar y se cala un poco más la gorra.

Sam, el portero, nos está esperando en la entrada de servicio del edificio. Es un hombre mayor, con edad suficiente para ser el padre de Hennessy.

–Hola, Sam. Gracias por hacerme este favor. Eres un verdadero tesoro –dice ella–. ¿Qué tal ha ido la operación de Lynette?

–Muy bien. Se ha quedado encantada con las flores que has enviado… Por cierto, has hecho bien al avisarme. Hay un montón de periodistas y fotógrafos delante del edificio, y algunos tienen aspecto de ser capaces de cualquier cosa.

El portero me mira entonces, y yo estoy a punto de presentarme cuando Hennessy dice:

–Ah, lo olvidaba… este es Jonas, mi guardaespaldas.

Un par minutos después, entramos en el apartamento de Hennessy.

–¿Jonas? –preguntó yo, cerrando la puerta.

–Pensaba que no querías que diera tu nombre a nadie –dice ella con una sonrisa tensa–. No quiero manchar tu impecable reputación.

Debo reconocer que, hasta ese momento, no me había planteado cómo sería el domicilio de Hennessy. Si lo hubiera hecho, habría pensado que sería un caos, lleno de revistas, prendas y copas de martini dry por todas partes; pero, para mi sorpresa, está ordenado e inmaculadamente limpio.

–¿Qué ocurre? –pregunta ella, notando mi perplejidad.

–Nada. Me estaba preguntando si tienes una bolsa por ahí, para meter tus cosas y bajarlas –miento yo.

–No necesito que me ayudes a bajarlas.

Hennessy entra en el dormitorio y hace ademán de cerrar la puerta.

–¿Qué pretendes hacer? –le preguntó.

–Cambiarme de ropa.

Yo sacudo la cabeza.

–No, ya te cambiarás luego. No tenemos mucho tiempo.

Los dos nos sumimos en otra de nuestras batallas de miradas, pero al final se rinde y empieza a sacar cosas del vestidor. Como no

ha cerrado la puerta, la veo en todo momento.

–Sé selectiva, por favor. No quiero salir con una tonelada de maletas.

Me habría apostado la camisa a que Hennessy era una indecisa en lo tocante a los equipajes, pero alcanza una maleta de tamaño medio y la llena con rapidez. Luego, duda un momento y yo me siento como si me estuviera observando, aunque no me está mirando.

–¿Qué ocurre? –preguntó.

–¿No tienes nada que hacer? Das empleo a miles de personas. Seguro que hay alguien, en algún lugar del planeta, al que puedas perseguir durante unos minutos.

–No sé qué idea tienes de mí, pero yo no persigo a mis empleados.

–Ah, comprendo. Entonces, solo me persigues a mí.

De repente, se empieza a mover por el apartamento con rapidez, levantando cojines y mirando debajo de las sillas. Es obvio que está buscando algo, y su tensión me irrita.

–Bueno, ya está bien –digo–. Nos tenemos que ir.

Ella alza la cabeza y me mira con sus ojos de color violeta.

–No, todavía no.

–Mira, los tipos que están esperando abajo tienen un sexto sentido. Como reconozcan mi coche, nos volveremos a encontrar en la situación de antes.

–Lo sé, pero necesito una cosa, y no me voy a ir sin ella.

Yo me siento inmensamente frustrado. De repente, me acuerdo de por qué no quería que formara parte de la vida de Antony. Es el caos personificado y, si me dejo llevar por ella, perderé el control y hasta la razón.

Al cabo de unos momentos, Hennessy se dirige al dormitorio, y yo la sigo. No sé lo que está buscando; pero, a pesar de ello, miro debajo del edredón y de las almohadas. Y, justo entonces, me doy cuenta de que el espejo de cuerpo entero que está en la pared es algo más que un espejo: es una puerta.

Cuando la empujo, descubro que tiene un panel de acceso al lado y que la puerta es de metal macizo. Más que un vestidor, es una enorme caja fuerte; justo lo que esperaba ver al llegar al piso de Hennessy. Pero, en lugar de estar lleno de copas vacías de martini dry, hay ropa por todas partes.

–Ya nos podemos ir.

La voz de Hennessy me saca de mis pensamientos. Vuelvo al dormitorio, cierro la puerta de la curiosa estancia y regreso al salón. Hennessy está cerrando la maleta.

Por suerte, no nos topamos con fotógrafos o reporteros cuando abandonamos el edificio por la salida de servicio. Nos subimos al coche y nos vamos. Debería sentirme aliviado, pero no dejo de pensar en otra de las cosas que he visto en su vestidor: una cama. En mi mundo, es normal que la gente tenga ese tipo de habitaciones; se han puesto de moda, y no son como un búnker de una película distópica. Pero ¿por qué tiene una cama allí?

La gente no duerme en esos sitios. Y se nota que Hennessy duerme en él, porque la cama tiene aspecto de usarse con frecuencia.

Hennessy se ha sumido en sus pensamientos y, como yo sigo dando vueltas al extraño enigma del vestidor, ninguno de los dos dice nada. Es un trayecto de lo más silencioso, que acaba en mi casa sin problema alguno, como ya imaginaba. Los periodistas no saben dónde vivo. Yo no soy como los Wade, que adoran la publicidad.

Ya en el interior, tomamos el ascensor privado que lleva a mi ático. Hennessy vuelve a dudar al encontrarse en mi domicilio. Al parecer, se está acordando de Las Vegas, al igual que yo. Estamos a solas, y lo estaremos hasta la mañana siguiente.

La sangre me arde en las venas de repente, y tengo que hacer un esfuerzo para no apoyarme en una pared o abalanzarme sobre Hennessy y apretarme contra su cuerpo. Ella se ha recuperado de su sobresalto inicial, y me sigue hasta el gigantesco salón con tranquilidad, aunque una vena late aceleradamente en su cuello.

–Bueno, ¿cómo va esto? –pregunta entonces, mirándome–. ¿Duermo yo en el sofá? ¿O duermes tú?

–Ni tú ni yo –respondo–. Hay tres habitaciones de invitados, y todas tienen cuarto de baño propio. La cocina está ahí, al fondo… Y, si quieres, hay un gimnasio y una piscina en la planta baja.

–Vaya, estás malgastando tu talento en Wade y Walters. Deberías vender casas –ironiza ella–. En fin, me voy a cambiar de ropa.

Hennessy espera a que le dé su maleta y, como no se la doy, frunce el ceño.

–¿Qué estás haciendo? Necesito mis cosas.

–Y yo necesito mirar dentro antes de dártela.

–¿Por qué? –dice sorprendida.

–No te hagas la tonta conmigo. Puede que no me mueva en tus círculos sociales, pero eso no significa que haya nacido ayer. Sé que has escondido algo en la maleta. Como escondiste algo en Las Vegas… algo que te dio ese tipo.

–¿Crees que llevo drogas?

Yo me encojo de hombros.

–Lo desconozco. Pero, si las llevas, estás a tiempo de decírmelo.

–Puede que no hayas nacido ayer, pero es evidente que alguien te dio un golpe en la cabeza cuando naciste. Lo que escondí en Las Vegas no eran drogas, sino las llaves del coche de Alex, porque no estaba en condiciones de conducir.

–¿Ahora eres una buena samaritana?

–No, no lo suelo ser. Pero, a veces, intento hacer lo correcto –responde con frialdad–. Y deja de comportarte como si estuviera aquí en calidad de prisionera, bajo arresto domiciliario. Se suponía que iba a ser tu invitada.

–Estás en mi casa, y cumplirás mis normas. La última vez, te concedí el beneficio de la duda. No volveré a cometer ese error.

–La gente tiene derecho a su intimidad, Renzo.

–No te lo voy a repetir. Si llevas drogas en la maleta…

–Te estás equivocando totalmente conmigo. Pero, como no creerás nada de lo que te diga, no tendré más remedio que demostrártelo.

Entonces, Hennessy se lleva una mano a uno de los bolsillos de su chaqueta, saca un objeto pequeño y me lo planta contra el pecho.

–Supongo que esto te convencerá. Pero, si no es suficiente, llama a Carrie Kilroy –dice–. Es mi mentora en Alcohólicos Anónimos.

Puedes encontrar su número en la página web.

¿Alcohólicos Anónimos? Yo me quedo atónito, sin saber qué decir. Y, antes de que pueda reaccionar, ella da media vuelta y sale de la habitación.

Hennessy

No sé a dónde voy. Solo sé que estoy a punto de romper a llorar, y no quiero que Renzo me vea llorando. No después de lo que pasó la última vez. Se acuerda de lo que pasó en Las Vegas, y me odia por ello. Pero también estaba equivocado entonces.

Alterada, deambulo por el ático, tomo un tramo de escaleras y salgo a la azotea. De repente, no hay nada entre el cielo y yo. Las luces de la ciudad parecen más brillantes que el sol y, durante unos instantes, no hago otra cosa que respirar hondo y tranquilizarme.

Tengo que marcharme de aquí. Eso está claro. Por peligrosos que sean los depredadores que me esperan en casa, son preferibles a las acusaciones y los prejuicios de Renzo.

Vuelvo al interior y avanzo hacia el vestíbulo sin cruzarme con él. Luego, pulso el botón del ascensor privado y tardo en darme cuenta de que no se puede usar sin la tarjeta de Renzo, que hace las veces de llave. Y lo más tonto de todo es que no me puedo ir. Todo lo que me importa está en mi maleta.

–¿Hennessy?

Al oír su voz, me quedo helada. Se ha quitado la chaqueta y la corbata y se ha desabrochado los botones superiores de la camisa. En una de sus manos lleva mi maleta; en la otra, un osito marrón, de peluche: Albert.

–Supongo que esto es lo que escondiste –dice.

Yo no digo nada.

–¿Por qué no me contaste que estabas en Alcohólicos Anónimos? –pregunta Renzo, dándome el osito.

–Porque pensé que no me harías caso. Nunca me crees.

–¿Lo sabe Antony?

–Sí, pero tampoco le habrías hecho caso a él.

–¿Cómo se lo voy a hacer? Se cree todo lo que le dices.

–Porque somos amigos.

Renzo frunce el ceño. Me odia por ser amiga de Antony y haber conseguido que lo expulsaran. Y me odia aún más por haberlo besado en Las Vegas.

–¿Vas a las reuniones?

–Voy cuando lo necesito. Siempre hay alguna reunión en alguna parte. Carrie ha estado conmigo desde el principio.

–Parece una mujer seria.

–¿Has hablado con ella? –le pregunto.

–Me he limitado a hacer lo que tú me has dicho. He buscado el teléfono en la página web y he llamado. Tu amiga no estaba en ese momento, pero me ha devuelto la llamada momentos después.

–¿Y qué ha dicho?

–No mucho –contesta, con algo parecido a una sonrisa–. Se nota que está de tu lado, aunque ha confirmado tu historia. ¿Por qué te decidiste por Alcohólicos Anónimos y no por una terapia de rehabilitación?

–¿Bromeas? Imagina lo que habría pasado si me meto en una clínica de rehabilitación y la prensa se entera.

–Dicho así…

–Además, esos sitios están llenos de gente como yo. Y quería estar con personas distintas, que tuvieran una perspectiva diferente de las cosas.

Renzo vuelve a sonreír y me ofrece una mano de repente. Yo dudo antes de aceptarla, pero la acepto y mi pulso se acelera al sentir su contacto. Lo miro en silencio, empapándome de él, y algo se enciende en su mirada.

El ambiente se ha cargado de electricidad. Hay una súbita y extraña quietud en la estancia, como una respiración contenida. Y sé lo que significa: que Renzo me desea tanto como lo deseo yo.

Capítulo 4

Hennessy

Alzo una mano para tocarle la cara, pero él ya me está besando. Ha dejado la maleta en el suelo, ha cerrado una mano sobre mi talle y ha apoyado la otra en la pared, atrapándome contra ella, para que mi única salida sea su boca y su cuerpo.

Noto su erección bajo los pantalones. Noto su hambre, tan feroz como el mío. Y todo es nuevo y apasionante.

Mientras nos besamos, mi cuerpo tiene una tensión que yo no había sentido nunca. Sus manos se mueven sobre su cuerpo y, como sus dedos tiemblan, yo también tiemblo. Sé que besar a Renzo no es buena idea, pero me parece no solo buena, sino esencial, necesaria. De hecho, siento pánico cuando él rompe el contacto durante unos instantes, y mi corazón se desboca al ver que solo se ha apartado para abrir una puerta.

No sé si es la de su dormitorio. No sé cómo hemos acabado allí. Ni lo sé ni me importa, y me limito a sacarle la camisa de los pantalones y empezar a desabrochársela.

–Déjame a mí –dice con impaciencia.

Renzo da un paso atrás y se la quita por encima de la cabeza. A mí se me escapa un suspiro. Es la primera vez que veo su liso pecho y su duro y musculado estómago.

–Desnúdame –le ordeno con voz temblorosa.

Renzo obedece al instante. Me quita la chaqueta, me baja las tiras del vestido y me lo saca. Mi cuerpo se estremece con el aire súbitamente frío y el calor abrasador de su mirada. Me está devorando con los ojos. Nadie me había mirado nunca así. Nadie ha conseguido que me sienta tan impotente y excitada a la vez.

–Ven aquí –dice en voz baja.

Nos volvemos a besar. Él cierra una mano sobre uno de mis senos y me acaricia el pezón por encima del sostén. Luego, baja la mano libre, la introduce bajo mis braguitas y me empieza a acariciar el clítoris con suaves movimientos circulares.

–Oh, sí.

Ansiosa, me froto contra él y acaricio su erección.

–Hennessy…

El sonido de mi nombre en sus labios, ronco y profundo, me derrite por dentro de tal manera que le bajo los pantalones y los calzoncillos y cierro la mano sobre su duro y suave sexo. Entonces, Renzo me desabrocha el sostén, me lo quita y lo lanza al suelo. Las motas doradas, verdes y azules de sus ojos parecen estallar al ver mis pechos desnudos. Me desea tanto como yo lo deseo a él, y quiero romper todas las barreras, lograr que tiemble de desesperación.

Me pongo de rodillas y me meto su miembro en la boca, tan profundamente como puedo; pero es demasiado grande y no cabe entero. Lo empiezo a lamer con ansiedad, hechizada por su sabor y por el temblor de los músculos de Renzo, que se contiene a duras penas. Sin embargo, yo no quiero que se contenga, y sigo adelante, implacable.

–No, así no –protesta él.

Su voz suena rasgada, y araña mis sentidos cuando me toma entre sus brazos. Luego, me besa en el cuello, desciende de nuevo hasta mis pezones y los vuelve a succionar. La sensación es tan exquisita que no quiero que deje de hacerlo.

Sin embargo, Renzo tiene otros planes. Me lleva a la cama y se tumba a mi lado. Yo me aprieto contra su erección, dominada ahora por una necesidad diferente.

–Te necesito dentro –le digo.

Sus azules ojos se clavan en los míos.

–Me pondré un preservativo.

–No hace falta; estoy tomando la píldora. Salvo que prefieras…

–Ni mucho menos.

Renzo me pone encima de él; y tal vez por la posición, o por la energía que irradian sus ojos, todo se difumina de repente.

Lo guío a mi interior y, cuando me penetra, suelto un grito ahogado.

–¿Estás bien? –pregunta él.

Tras mi asentimiento, Renzo alza las manos y me acaricia los senos. Los dos gemimos cuando nos empezamos a mover, y el sonido vibra entre nuestros cuerpos. Nada parece suficiente. Quiero más carne, más piel, más caricias. Mis pezones ansían su boca y estoy más húmeda y caliente entre mis piernas que en toda mi vida.

–Renzo…

–*Ti voglio* –dice él.

Me desea. Y su declaración hace que me arquee y acelere el ritmo.

No me reconozco a mí misma. Me estoy derritiendo. La sangre me arde en las venas. Súbitamente, he quedado reducida a las increíbles y puras sensaciones que me subyugan y me arrastran por fin al orgasmo.

Entonces, él se aferra a mis caderas y se estremece, llegando al mismo destino que yo. Me besa la cara, el cuello, la boca y, durante unos instantes, nos quedamos abrazados, fundidos, unidos en el silencio de la habitación.

Es la primera vez que llego al clímax con un hombre. Por supuesto, he llegado muchas veces por mi cuenta, pero no lo había conseguido con mis amantes, aunque yo fingiera lo contrario.

Sé que debería moverme, levantarme, marcharme antes de que lleguen las palabras y lo estropeemos todo; pero necesito un momento para recuperarme y, además, la atracción del cuerpo de Renzo es irresistible. Al final, me quedo donde estoy, pensando que solo será un minuto. Y los ojos se me empiezan a cerrar.

No quiero quedarme dormida. Nunca me quedo dormida después de hacer el amor.

Pero me duermo.

La gris luz y el suave sonido de la lluvia me sorprenden cuando me despierto. No puedo creer que ya haya amanecido. He pasado la noche con Renzo, y mi desconcierto es mayor cuando recuerdo lo que hemos hecho, lo que yo he hecho, lo que he sentido.

Como anoche no corrimos las cortinas, puedo ver el encapotado cielo. Es un día oscuro, pero no tanto como para que no pueda ver las pequeñas marcas rojas en mis senos y mi cuello, que están ahí por el roce de la incipiente barba de Renzo. Me paso las manos por ellas y desaparecen al instante, pero vuelven a aparecer.

No sé cómo me siento ni cómo me debo sentir; entre otras cosas, porque tampoco sé qué tipo de relación tenemos Renzo y yo. No somos amigos. En principio, ni siquiera nos gustamos. Somos como el agua y el aceite. Pero tiene que haber algo increíblemente intenso entre nosotros para que el sexo sea tan magnífico.

Además, es obvio que lo sucedido en Las Vegas nos dejó huella a los dos. Desde aquel beso, sabíamos que había algo entre nosotros, algo del todo inexplicable, que intentábamos negar. Y, por lo visto, la negación es un potente afrodisíaco.

Pero ¿qué queda si quitamos eso? Solo nuestra relación profesional, la de dos compañeros de trabajo con un objetivo común.

¿Compañeros de trabajo? No es eso lo que siente mi cuerpo cuando me pongo a pensar en la noche pasada. De hecho, me abruma de tal manera que aprieto las piernas con fuerza. Renzo ha sido el primer hombre que me ha llevado al orgasmo, y huelga decir que yo no había previsto semejante situación. Aunque, por otra parte, no habría podido prever nada. No era capaz de pensar. Solo podía sentir.

Sin embargo, hay una pregunta que debería haberme formulado antes de hacer al amor con él y despertarme en su cama: ¿qué pasará después? Al fin y al cabo, es cierto que estamos en la misma empresa y que tendremos que trabajar juntos. Puede que Renzo se niegue a trabajar conmigo, porque estoy segura de que se arrepentirá de lo que hemos hecho.

En cualquier caso, ni puedo cambiar lo sucedido ni querría cambiarlo.

Me giro otra vez hacia la ventana. El cielo está más claro ahora y me siento mejor que nunca, más tranquila, más segura. Charlie nos ha metido en un lío, y salir de él costará mucho; pero, con Renzo en mi cabeza y toda esa energía que nos une, ya no me siento como si estuviera intentando orbitar alrededor de dos planetas distintos.

¿Qué importa lo que hayamos hecho? Lo superaremos, lo expulsaremos de nuestro organismo. O, por lo menos, intento convencerme de ello.

Me levanto, cruzo la habitación de puntillas, recojo mi ropa y, tras recuperar mi maleta, me dirijo a la zona de las habitaciones de invitados. Elijo una al azar. Entro, me ducho, me visto, me recojo el pelo y me maquillo en cinco minutos, una de mis especialidades.

Solo después, mientras me miro al espejo, caigo en la cuenta de que no puedo salir del ático de Renzo sin la tarjeta de marras, así que vuelvo a su dormitorio con intención de quitársela. No me gusta la idea, pero ¿qué puedo hacer? ¿Despertarlo? Esa idea me gusta menos aún.

Por suerte, Renzo sigue dormido, y yo meto la mano en uno de los bolsillos de sus pantalones y localizo lo que busco. Él cambia de posición entonces, y mi tranquilidad desaparece de golpe. Pero no se despierta.

A continuación, me voy al vestíbulo y aprieto la tarjeta contra el panel del ascensor. La puerta se abre enseguida, y yo pulso el botón de la planta baja. No me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración hasta que llego a mi destino y me dirijo al mostrador donde está el conserje.

–Buenos días, señorita Wade. ¿La puedo ayudar en algo?

–Sí, gracias –respondo con una sonrisa–. ¿Podría llamar al chófer del señor Valetti y decirle que traiga el coche? Se llama Kenny, si no recuerdo mal.

Renzo

Me despierto al oír la alarma de mi teléfono. No necesito abrir los ojos para saber que estoy solo en la cama. La mujer con la que he

roto una de mis normas fundamentales se ha ido de mi habitación; tal vez, a una de las habitaciones de invitados.

Hasta ese momento, nunca he pensado que me faltara algo en la vida. Pero ahora me siento como si me hubieran robado algo fundamental.

Mi cuerpo se tensa al instante, y yo me giro y apago la alarma. Me siento vagamente desorientado, como si me hubiera despertado en un lugar desconocido, aunque llevo cinco años en esta casa. Sin embargo, no me extraña demasiado: nada tiene sentido esta mañana. Empezando por el hecho de que me haya acostado con Hennessy.

Me tapo los ojos con un brazo y maldigo en voz baja. No tenía intención de hacer el amor con ella; pero, por otro lado, tampoco me sorprende. La atracción sexual estaba ahí, acechándonos a los dos desde que entró en el despacho de David con un vestido que enseñaba más de lo que tapaba. No, no desde entonces. Estaba ahí desde mucho antes, desde que nos besamos en Las Vegas.

Sea como sea, lo sucedido cambia mis planes. Quería ir a trabajar a primera hora de la mañana, pero es obvio que no me puedo ir sin hablar antes con Hennessy.

Aparto la sábana, entro en el cuarto de baño y me ducho. Después, me afeito, me cepillo los dientes y enciendo el televisor para ver las noticias. La desaparición de Charlie está en todos los canales, y yo frunzo el ceño. Ya tendría que estar en el trabajo. Me he acostado con muchas mujeres, y nunca he llegado tarde a trabajar. Pero Hennessy ha provocado un terremoto en mi vida.

Mientras me dirijo a las habitaciones de invitados, siento otra oleada de furia. Como no se oye ningún ruido, llego a la conclusión de que Hennessy se ha dormido, y llamo a todas las puertas antes de entrar. Pero no está en ninguna de las estancias.

Su ausencia me desconcierta. Tengo la sensación de que el suelo se mueve, como si estuviera en la cubierta de un barco. Y solo me tranquilizo un poco al ver su maleta en uno de los cuartos de baño, porque sé que es importante para ella.

¿Dónde se habrá metido?

Al llegar al vestíbulo, observo que la tarjeta del ascensor está junto al panel, donde tengo la costumbre de dejarla. Sin embargo, anoche no la dejé allí; no me la llegué a sacar de los pantalones, lo cual significa que la ha sacado Hennessy.

Enfadado, mando un mensaje a Kenny para que traiga el coche y recojo el ordenador portátil en el salón. El teléfono suena un instante después. Es Kenny, quien me informa de que Hennessy ha secuestrado el vehículo.

Tras soltar unas cuantas maldiciones, me encargo de que envíen otro coche a mi domicilio, me subo a él sin decir nada y sigo en silencio durante casi todo el trayecto. Mi mente está dando vueltas y más vueltas a lo que puedo hacer para castigar a Hennessy y, al darme cuenta de lo que estoy haciendo, me lo recrimino. Ya me distrae demasiado cuando está delante de mí. No quiero que me distraiga también cuando no está.

A poca distancia de la oficina, doy un golpecito al cristal que me separa del conductor.

–Puede dejarme aquí. Seguiré andando.

Me bajo del vehículo y avanzo a grandes zancadas bajo la lluvia, felicitándome a mí mismo por haber expulsado a esa mujer de mis pensamientos. Pero, cuando llego al edificio, estoy absolutamente empapado y, para empeorar las cosas, tengo que pasar entre el ejército de reporteros y fotógrafos que está en la entrada de Wade and Walters.

–¿Dónde está la señorita Wade? –ladro a Gerry, mi ayudante.

–Ha bajado a los archivos –contesta ella–. ¿Quiere que le busque una camisa seca?

Yo bajo la mirada. Me he mojado tanto que la camisa está pegada a mi pecho, pero he llegado tan tarde al trabajo que eso es lo que menos me preocupa.

–No, gracias, aunque te agradecería que me traigas un café. Y pásame esos periódicos, por favor –le pido.

Con la prensa en la mano, entro en mi despacho. Aún no puedo creer que me haya acostado con Hennessy, que haya permitido que las cosas escapen a mi control. Es lamentablemente irónico, teniendo en cuenta que la presioné con lo de la maleta para

demostrarle que yo estaba al mando. Y, encima, me equivoqué al pensar que llevaba drogas en ella.

¿Cómo iba a imaginar que lo que había escondido era un osito de peluche? Me sorprendió tanto como la vulnerabilidad que había en sus ojos cuando se lo di. Y fue eso lo que me descolocó por completo.

Me descolocó hasta el extremo de que, si me hubiera pedido que nos paráramos cuando empezamos a hacer el amor, me habría costado mucho. Desde luego, me habría parado, pero habría sido muy difícil. Hennessy es tan dulce y apasionada que me he despertado varias veces a lo largo de la noche excitado, desesperado, más que dispuesto a una segunda, tercera y cuarta ronda de sexo.

Sin embargo, no me he atrevido a despertarla. Tenía un aspecto tan juvenil y relajado que no he sido capaz. Y ahora me alegro de no haber cometido ese error.

La planta donde están los archivos es una oficina dentro de una oficina, una especie de enorme caja de cristal situada en pleno departamento legal. No veo a Hennessy por ninguna parte; pero, por la cantidad de hombres jóvenes que me cruzo, es obvio que está allí. Su belleza ha conseguido hasta alterar la rutina de la empresa.

La localizo unos instantes después. Esta sentada a una mesa, echando un vistazo a una edición antigua de *FROW*. Va vestida de un modo sorprendentemente clásico: falda de tubo, camisa blanca y zapatos oscuros. Se ha recogido el pelo en una coleta, y siento el infantil deseo de tirar de ella.

–Buenos días –la saludo.

–Ah, ya estás aquí. Estaba a punto de terminar.

–Me alegro, pero me gustaría saber por qué te ocultas aquí en lugar de estar arriba, apagando el fuego. No sé si te has dado cuenta, pero el edificio está ardiendo, metafóricamente –digo, y me siento a su lado–. Ya me han llamado cinco veces esta mañana.

–No me estoy ocultando. Estoy investigando.

–¿En los archivos? Aquí solo hay noticias viejas…

–Sí, exactamente.

–Hennessy, compartimos la dirección general de la empresa. Tu trabajo no es investigar, sino dirigir. Y no puedes dirigir sin estar en primera línea –digo de mala manera.

–No me levantes la voz –protesta ella–. He estado en primera línea desde que he llegado, y llevo aquí desde las siete, a diferencia de otros. ¿Qué ha pasado con eso de ser puntual y vestir adecuadamente?

–He llegado tarde porque te has llevado mi coche, y estoy empapado porque he tenido que venir andando.

Obviamente, esa no es la verdad. Estoy empapado porque necesitaba estirar las piernas para sacármela de la cabeza, pero no se lo puedo decir.

–Me dijiste que no llamara la atención, así que he llamado a tu chófer y le he pedido que viniera a recogerme.

–¿Y por qué no me has avisado?

–Porque no se me ha ocurrido, la verdad –responde–. Además, me ha parecido que necesitabas descansar un poco.

Descansar. Es la primera vez que Hennessy se refiere a lo sucedido durante la noche, aunque sea de forma indirecta. Y me siento como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

–La próxima vez, despiértame.

–¿La próxima vez? –pregunta ella con una sonrisa que me estremece–. ¿Es que habrá una próxima vez?

Justo entonces, aparece mi ayudante.

–Siento molestarle, señor Valetti, pero…

–Ya me lo contarás después –la interrumpo sin contemplaciones–. Necesito hablar con la señorita Wade. En privado.

Gerry se va y cierra al puerta al salir.

–Eres un hipócrita, Renzo –me acusa Hennessy–. ¿No dices que hay que tratar bien a la gente?

–Lo decía y lo digo.

–Pues no lo debes de decir en serio, porque has descargado tus frustraciones sobre la pobre Gerry.

–Tengo derecho a sentirme frustrado. Te has llevado mi coche.

–Y te he explicado por qué. Y preferiría que no hablemos de nuestra vida privada en el trabajo. Ya tenemos bastantes problemas

con lo de Charlie… no queremos que la gente empiece a hablar también de nosotros.

–Descuida. No hablaré de eso con nadie.

–Me alegro, aunque tampoco hay nada de lo que hablar –afirma ella–. Lo de esta noche ha sido un desliz sin importancia.

Su afirmación me molesta profundamente. ¿Un desliz? Durante unos instantes, estoy a punto de abalanzarme sobre ella y demostrarle lo mucho que puede disfrutar con ese tipo de deslices, pero me refreno y digo:

–No volverá a pasar.

Ella se encoge de hombros.

–No hay motivo para ello. Hemos hecho lo que deseábamos hacer y, como ya lo hemos hecho, nos podemos concentrar en el trabajo.

–Tienes razón. Lo hemos hecho –digo yo–. Olvidemos el asunto.

–¿Asunto? ¿Qué asunto?

En ese momento, llaman a la puerta. Es Gerry, otra vez.

–Siento interrumpir otra vez, pero el FBI está arriba. Los agentes quieren hablar con el director de finanzas y con los directores ejecutivos.

Hennessy se levanta con intención de seguir a Gerry. Yo me interpongo en su camino y digo:

–No me vuelvas a hacer lo de esta mañana. Si necesitas un coche, pídemelo.

La mañana es una pesadilla. Los agentes del FBI son concienzudos y profesionales, pero me molesta que mi ordenada vida esté de repente bajo investigación de las autoridades federales. A Hennessy la entrevistan por separado, cosa que también me desagrada, y, cuando terminan con ella, está pálida. Pero su expresión es de desafío.

El departamento de publicidad está trabajando a destajo para minimizar los daños del asunto de Charlie. Entre tanto, yo intento tranquilizar a los clientes y accionistas, pero no es tan sencillo: la noticia está en todos los medios de comunicación del país y, como quieren dar más interés a la historia, han empezado a airear los

trapos sucios de su pasado, con montones de fotografías de la época salvaje de Hennessy.

A pesar de que estamos en el mismo edificio y, de vez en cuando, en la misma estancia, no nos quedamos a solas en ningún momento. Y yo me siento tan aliviado como extrañamente decepcionado a la vez.

Por fin, los empleados se empiezan a marchar y, a eso de las seis y media de la tarde, las únicas personas que seguimos aquí somos Hennessy y yo. Ella está escribiendo algo en su ordenador portátil, pero lo que me llama la atención no es eso, sino el bolígrafo que tiene entre los dientes y los mechones que se le han soltado de la coleta.

Parece cansada, y es normal. Ha sido un día largo y difícil.

–Hoy has trabajado mucho –le digo.

–Ten cuidado con lo que dices. Eso ha sonado a cumplido.

–Solo es un comentario. He visto un aspecto de ti que no había visto antes.

–Vaya, yo podría decir lo mismo de ti.

–¿En qué sentido?

–Me has parecido menos… robótico, más humano.

–No soy un monstruo, Hennessy. Aunque intente parecer implacable.

Sus pupilas se dilatan un poco, y yo me pongo en tensión.

–¿Qué estás haciendo? –pregunto.

Ella abre la boca, la cierra, la vuelve a abrir y dice:

–Trabajando en una idea. Pero puede esperar. Ahora tengo preocupaciones más urgentes… tengo que reservar un vuelo para mañana.

–¿Un vuelo? ¿A dónde vas?

–A Milán –responde frunciendo el ceño–. Es la semana de la moda. ¿O es que lo habías olvidado?

–No, claro que no. Yo también vuelo mañana.

–¿En serio? ¿Vas a ir a una semana de la moda? –pregunta con asombro–. Eso es cosa mía, no tuya.

–Soy codirector general de una empresa que publica la revista de moda más importante del mundo –le recuerdo–. Es lógico que vaya

a Milán. En cambio, tú deberías quedarte aquí e intentar pasar desapercibida.

–Pues no me voy a quedar –replica–. Voy a esa semana todos los años, y este año no va a ser la excepción.

–Sabes que los *paparazzi* son un invento italiano, ¿verdad?

–De un italiano en concreto –dice ella alzando la barbilla–. El término lo acuñó Fellini en *La Dolce Vita*, por llamar *Paparazzo* al fotógrafo.

–Sí, ya lo sé. Pero Milán tiene un montón de fuentes, y sé que te encanta quitarte la ropa cuando estás cerca del agua.

Hennessy me mira con rabia.

–¿Nunca vas a dejar de recordarme eso? Tenía quince años, por Dios… ¿Es que tú no hacías estupideces a los quince años?

–Por supuesto que las hacía. Pero mi nombre no acababa en las portadas de los periódicos. Y tampoco me expulsaban de los colegios en compañía de mi mejor amigo.

–Efectivamente. Era y es mi mejor amigo –afirma ella–. Por eso hice lo que hice.

–¿Cómo? –pregunto, sorprendido–. ¿Qué significa eso?

–Nada.

–En tal caso, tus posibilidades de viajar a Milán se acaban de reducir a ninguna, porque no vas a salir de este despacho si no me cuentas qué has querido decir.

–Eres un cretino monumental, Renzo.

–Tú verás lo que haces –digo, y cierro la puerta.

–¿Sabes una cosa? Para creerte tan listo como te crees, eres increíblemente estúpido.

–Y tú eres mucho más cabezota de lo que te conviene. Pero, si quieres que sigamos así, intercambiando insultos, no tengo ningún problema.

–¿Por qué no se lo preguntas a Antony?

–Te lo estoy preguntando a ti.

–Esa es la cuestión, Renzo. Me lo preguntas a mí en lugar de preguntárselo a él. Yo que tú, reflexionaría al respecto. Puede que aprendas algo de ti mismo.

–¿Insinúas que no hablo con mi hermano?

–No, de ninguna manera. Por supuesto que hablas. Lo que no haces es escuchar.

–Ah, ahora voy a tener la culpa de que expulsaran a Antony… No digas tonterías, Hennessy. A diferencia de ti, yo prefiero la realidad a la ficción. Y como tú odiabas ese colegio…

–Yo no lo odiaba. Quien lo odiaba era Antony.

–¿Qué?

–Bueno, no es que lo odiara exactamente, pero odiaba estar internado –responde ella–. Por eso falsifiqué aquel mensaje de correo electrónico. Sabía que te enterarías y que hablarías con la dirección del colegio… y cuando Antony dijo que había sido idea suya, no tuvieron más remedio que expulsarnos a los dos. ¿Ya estás contento?

–No particularmente.

–Pues Antony lo estaba. Quería estar en casa los fines de semana. Aunque es posible que no te dieras cuenta, tan ocupado como estabas intentando conquistar el mundo.

–Todo lo que hacía lo hacía por mi hermano.

–Venga ya. Lo hacías por ti, porque te gusta controlarlo todo, porque eres un tirano. Todos los sitios donde estés tienen que ser tu feudo. Pero, en fin, ya sabes lo que querías saber… ¿A qué hora nos vamos al aeropuerto?

–A ninguna. Yo no tomo decisiones bajo chantaje.

–Pero si acabas de decir que…

–He dicho que, si no me lo contabas, no irías a ningún sitio. No he dicho que fueras a ir en caso contrario.

Hennessy me fulmina con la mirada, y yo suspiro y añado:

–Mira, ha sido un día terrible, y dudo que el resto de la semana sea mejor. Hazme caso por una vez. Quédate aquí. Facilítame las cosas.

–No puedo. Esta es la empresa de mi familia.

–Oh, vamos, solo llevas tres meses aquí…

–He estado viniendo a este lugar desde que era una niña –puntualiza Hennessy–. Veía trabajar a mi padre y, aunque sé que ni él te cae bien ni te gustaba su forma de trabajar, conseguía lo que se proponía.

–Sí, tenía talento para eso. Tanto como para que el edificio se haya llenado de agentes del FBI. Aunque puede que a ti te parezca una oportunidad empresarial –digo con sorna.

–También veía trabajar a David. Sé cómo trataba a la gente. Inspiraba respeto. Todo el mundo quería trabajar con él. Era un hombre encantador.

–Un hombre encantador que ahora está muy enfermo.

–Por culpa de Charlie, quieres decir. Y le seguirás culpando a él y me seguirás culpando a mí de su desgracia, pero eso no cambia los hechos. Puede que seas un titán del mundo de los negocios, pero yo conozco Wade and Walters y conozco el mundo de la moda. Si no voy a Milán, estarás enviando el mensaje equivocado. Pensarán que me estoy escondiendo, que tengo algo que ocultar. Y eso no inspirará precisamente confianza.

Yo guardo silencio durante unos segundos. Hennessy me ha convencido.

–Está bien, irás conmigo a Milán. Pero, como metas la pata de algún modo, te aseguro que hablaré con la junta directiva y…

–Tendré todo el cuidado del mundo –me interrumpe ella–. Si tú también lo tienes, claro.

–¿Con qué?

–Con tu aspecto. Es la semana de la moda, no una convención de directores de funerarias. No puedes llevar esa corbata. Ni esa camisa.

Capítulo 5

Hennessy

Llegamos a Milán a las ocho de la tarde; pero, por el cambio de horario, para mí no son ni las dos, y me siento rara cuando bajamos del avión y veo que ya es de noche.

Nos vamos a alojar en el piso de Renzo, en vía Torino. No me sorprende que tenga una casa en esa calle, porque es una de las más caras de Italia. Por suerte, está a tiro de piedra del Duomo y del *quadrilatero della moda*, el barrio de las *boutiques* más importantes de Milán.

Cuando ya estamos en la ciudad, me dedico a admirarla por la ventanilla de la limusina. Todo está lleno de gente yendo de un lado para otro.

–¿Crees que alguien sabe que estamos aquí? –pregunto.

Renzo duda un momento y asiente.

–Me temo que sí. Los *paparazzi* tienen aplicaciones que les permiten saber dónde están los ricos y famosos. Pero no te preocupes por eso. Me tomo muy en serio mi intimidad y, si alguien quiere descubrir hasta qué punto, tengo medios de sobra para amargarle la vida. Y tú estás bajo mi protección.

Por algún motivo, la declaración de Renzo me tranquiliza. Quizá, porque ya no soy la niña que se despertó a los nueve años de edad y encontró a un desconocido en su habitación. Charlie me aseguró que el intruso no me había hecho nada, y yo le creí; pero eso no impidió que la imagen de aquel individuo me persiguiera. Cada vez que cerraba los ojos, me lo imaginaba allí, en la oscuridad, observándome.

Sea como sea, ya no soy la misma. Me enfrenté a mis demonios, y ya no me asusto con cualquier cosa. Además, Renzo no me da miedo; es tan franco y directo que tiende a equilibrar mis emociones.

¿Será esa la razón de que me dejara llevar con él en la cama? Hasta ese momento, nunca me había dejado llevar. Me empeñaba en controlar las situaciones y, cuando mis amantes se despertaban a mi lado, creían que habíamos hecho el amor. Pero no lo habíamos hecho de verdad. Yo no me había entregado de verdad.

Simonetta, el ama de llaves de Renzo, nos recibe en la entrada de la casa. Habla mi idioma, así que no me veo obligada a practicar mi italiano. Es una mujer baja, elegante y de cabello oscuro que, por algún motivo, me recuerda a mi abuela; tal vez, porque sonríe mucho y habla con suavidad.

Me acuerdo mucho de mi abuela, aunque solo estuvo un año en mi vida, hasta que Jade se fue y Charlie se hizo cargo de mí, a regañadientes. Vivíamos en Nueva York, cerca de Central Park. Salíamos a pasear todas las tardes, y todas las noches me leía un cuento para que me durmiera. Era estricta pero amable, y yo era feliz. Nadie gritaba. Nadie rompía platos ni pegaba portazos a cualquier hora.

Desgraciadamente, falleció en agosto de ese mismo año, y mi vida volvió a estar en el ojo de la tormenta.

–No es necesario que le enseñes la casa, Simonetta. Ya se la enseño yo –dice Renzo.

La casa es preciosa, de habitaciones grandes, techos altos y balcones desde los que se ve la ciudad. En cuanto a la estética, es una mezcla de discreción y cómoda funcionalidad, típica de él.

Cuando subimos a la planta de arriba, se gira hacia la derecha y añade:

–Hay un salón al fondo, aunque dudo que tengas ocasión de usarlo. Estaremos muy ocupados con las reuniones y los actos sociales. Me extrañaría que volvamos alguna vez antes de la madrugada. Por cierto, supongo que habrás traído vestidos de noche y cosas así, ¿no?

–Renzo, vengo a la semana de la moda desde la infancia.

–Ya, pero esta vez estarás trabajando –me recuerda, sin dejar de caminar–. Mi habitación está detrás de esa puerta. La tuya está un poco más adelante.

Instantes después, Renzo se detiene delante de la habitación donde me voy a alojar y me invita a entrar. Cuando la veo, me quedo atónita, porque es tan bonita como todo lo demás. Tiene una lámpara de araña y una cama gigantesca. El color dominante es un verde pálido, con detalles rosados que me hacen pensar en el helado de frambuesa.

–Guau… Qué maravilla –digo con sinceridad.

Él me mira de forma extraña y, a continuación, echa un vistazo al reloj y frunce el ceño.

–Será mejor que comamos algo. Hablaré con Simonetta y le diré que nos reserve una mesa en alguna de las *trattorias* de la zona.

La boca se me hace agua. No he comido nada en el avión, y tengo que reponer fuerzas. Pero la perspectiva de ir a un restaurante no me hace ninguna gracia. Me siento atrapada cuando estoy sentada enfrente de alguien, condenada a mantener una conversación. Prefiero los clubs y los bares con poca luz y música alta, porque cuesta hablar con la gente en esas circunstancias. Y si me pongo a bailar, nadie nota que tengo pánico escénico.

–No tengo hambre –miento–. Creo que me voy a dormir. Como bien has dicho, vamos a tener mucho trabajo.

–Como quieras –dice él, escudriñando mis ojos–. El desayuno se sirve a las siete y media, así que no te acuestes demasiado tarde… En fin, que duermas bien.

–Lo mismo digo.

Él cierra la puerta al salir, y yo echo el cerrojo al cabo de unos momentos. Es lo que suelo hacer cuando estoy en una casa que no conozco. Pero esta vez lo hago por inercia, porque no me siento tan insegura como de costumbre. Renzo ha dicho que estoy bajo su protección, y eso me tranquiliza.

Por fin, después de tantas horas a su lado, estoy sola; o algo parecido a sola, porque nunca lo estoy del todo. Siempre hay un montón de invitados indeseados en mi cabeza: los profesores que me decían que no hacía nada suficientemente bien, los inapropiados

comentarios de los amigos de Charlie y, por supuesto, la crítica voz de Jade, mi madre, la voz más crítica y agresiva de todas.

En circunstancias normales, me pondría los cascos a todo volumen para acallar esas voces; pero me los dejé en mi casa, de modo que abro el grifo de la ducha y me quedo allí, bajo el potente chorro de agua, hasta que dejo de pensar.

Luego, me meto en la cama y apago las luces, con la intención de dormir. Sin embargo, el suave contacto de las sábanas me recuerda las hambrientas caricias de Renzo y el placer que sentí con él. Es insoportable y, al cabo de unos minutos, abro los ojos y enciendo una lámpara. Estoy más despierta que antes.

¿Me sentiré mejor si me tomo una tisana? Estoy segura de ello, y también lo estoy de que a Simonetta no le importará que me prepare una.

Me levanto, alcanzo la bata que alguien ha dejado perfectamente doblada en el sofá y me la pongo sobre la camiseta y los pantaloncitos cortos que llevo puestos. Después, alcanzo mi ordenador portátil y respiro hondo para atreverme a salir de la habitación y avanzar por la casa de Renzo, que imagino sumida en la oscuridad.

Cuando abro la puerta, descubro dos cosas: la primera, que la casa no está a oscuras, sino iluminada por múltiples focos de luz; la segunda, que no hay nadie levantado. Tengo mucha experiencia con los sonidos de las casas, y sé que aquella está profundamente dormida.

Tardo cinco minutos en encontrar la cocina. Las luces que ya están encendidas y las que se encienden a mi paso me ahorran el esfuerzo de tener que localizar sus interruptores, pero la búsqueda de las infusiones no es tan sencilla como imaginaba. No las veo por ninguna parte. Lo único que encuentro es la comida de la enorme despensa, que arranca una protesta a mi estómago.

Tengo hambre, pero no me atrevo a prepararme nada por miedo a hacer ruido y despertar a alguien.

Por fin, localizo el cajón donde están las infusiones, elijo lo que parece ser un té de camomila y, tras prepararme una taza, me siento a la mesa y enciendo el portátil. Las luces del techo se han atenuado

solas; pero las que están bajo los armarios se han vuelto más intensas, y el ambiente es tan cálido como agradable. Todo lo contrario a lo que estoy mirando en el ordenador: noticias sobre mi padre.

–¿No decías que te ibas a la cama?

La profunda y familiar voz de Renzo me sobresalta. Está parado en la entrada, observándome con sus ojos azules, mirándome con curiosidad.

Es lo que me faltaba. Particularmente, porque no lleva nada de cintura para arriba.

Renzo avanza entonces hacia mí, y yo hago verdaderos esfuerzos por no admirar su torso. Tiene un cuerpo impresionante, escultural, tentador.

–Y era verdad, pero me he puesto a pensar en todo lo que tenemos que hacer y me he desvelado, así que he decidido bajar a tomarme una tisana. Supongo que no será un problema… ¿O no puedo salir de mi habitación?

Lo pregunto por provocarlo, aunque ni siquiera sé por qué me he sentido en esa necesidad. Quizá, porque es tarde y porque estamos a solas y medio desnudos. Quizá, porque me acuerdo perfectamente de nuestra noche de amor y necesito marcar las distancias.

Sin embargo, él no muerde el anzuelo.

–No deberías trabajar a estas horas –se limita a decir, con la voz tan suave como una caricia.

–Descuida. Estaba a punto de apagar el ordenador.

Renzo

Hennessy ha mentido. La he estado mirando desde la entrada, y sé que no estaba a punto de apagarlo, ni mucho menos. Miraba la pantalla con verdadera ansiedad, como intentando empaparse de lo que leía.

Cuando se da cuenta de que estoy peligrosamente cerca, se apresura a cerrar el portátil; pero no lo cierra con la rapidez necesaria, y yo veo lo que estaba leyendo.

–No deberías mirar esas cosas –digo.

–No las suelo mirar. Pero un medio ha publicado una fotografía de Charlie, que parece estar en Suiza, y me he puesto a investigar. ¿Crees que es él?

Hennessy vuelve a abrir el portátil y yo echo un vistazo a la foto. Parece que la han sacado con un teléfono móvil. El hombre en cuestión está de lado y, aunque no se le ve bien la cara, parece Charlie. Pero podría ser cualquier otro rubio con un rostro parecido.

–No estoy seguro –contesto.

A decir verdad, el escote de la bata que Hennessy se ha puesto me interesa bastante más que la fotografía. Me pregunto qué llevará debajo, y ardo en deseos de que se desnude.

–¿Estás preocupada por él? –pregunto al cabo de unos instantes.

–Un poco. Nunca había estado tanto tiempo sin ponerse en contacto conmigo.

–Bueno, estoy seguro de que te llamará cuando vea las fotos que te hicieron delante de las oficinas. Son bastante intensas.

A pesar de mi afirmación, a mí también me extraña que Charlie Wade no la haya llamado ni le haya enviado un simple mensaje. ¿Le habrá pasado algo? No conozco bien al padre de Hennessy, pero imagino que será tan protector con ella como yo con Antony.

Justo entonces, oigo un ruido extraño, y veo que Hennessy se ha llevado las manos al estómago.

–¿Tienes hambre? –pregunto extrañado–. ¿Por qué no lo has dicho antes? Simonetta te habría preparado algo.

–Estoy bien. Ya desayunaré por la mañana –dice ella–. No quiero que la despiertes para que me haga algo de comer.

–No tenía intención de despertarla. No soy un ogro, Hennessy… ¿Te gustan los huevos?

En lugar de responder, ella me mira en silencio.

–Es una pregunta sencilla –insisto yo–. ¿Te gustan? ¿O no?

–Sí.

Yo saco una sartén y me pongo a cocinar.

–¿Qué estás haciendo? –se interesa ella instantes más tarde.

–Nada serio… *uova strapazzate*, huevos revueltos.

Hennessy me sorprende cuando se levanta de la mesa y se pone a mi lado. Yo me estremezco por dentro. Cuando Antony era pequeño, solía mirarme cuando me ponía a cocinar, y eso me recuerda que ella y él son de la misma edad.

Hennessy es muy joven; demasiado para dirigir una empresa multinacional y tener un padre en búsqueda y captura. Me empiezo a preguntar qué tipo de padre es Charlie. Hasta entonces, siempre he pensado que Hennessy era una rebelde y que Charlie no sabía qué hacer con ella, pero puede que estuviera en un error; puede que el problema fuera otro: que Charlie no se preocupaba lo suficiente por su hija.

Mientras preparo los huevos revueltos, les añado una pizca de mantequilla, un poco de queso rallado y un golpecito de pimienta. Luego, los sirvo en un plato y se lo doy.

–Aquí lo tienes.

Hennessy los devora con tanta ansiedad como si no hubiera comido en varios días. Conociéndola, es posible que intente sobrevivir a base de adrenalina y tazas de té.

–Gracias –dice ella–. Estaban deliciosos.

–Mi madre los solía hacer así.

–¿Era buena cocinera?

–Sí que lo era. Un ama de casa en el sentido más tradicional del término.

Hennessy me mira con curiosidad y con algo más, con algo parecido a la envidia. Sin embargo, su expresión desaparece al instante, y casi creo que ha sido un producto de mi imaginación.

Nuestras infancias no habrían podido ser más distintas. Hennessy se crio entre yates y aviones privados; yo, en un minúsculo piso de un pueblo de Nápoles y, más tarde, en un minúsculo apartamento de Brooklyn. Mi familia era tan pobre que, como no tenía dinero para encender la calefacción en invierno, dormíamos a veces con los abrigos puestos.

–Bueno, creo que es hora de descansar –digo, y alcanzo su portátil–. Ven conmigo.

Al llegar a la planta de arriba, Hennessy se detiene y se gira hacia mí.

–No es necesario que me acompañes –declara–. Conozco el camino.

Yo no digo nada. Me limito a esperar, para ver si es cierto que lo conoce, y, cuando se pone en marcha, la sigo. Hay algo extraña e intensamente erótico en seguir a una mujer que va descalza; tan erótico que tengo que hacer esfuerzos para mantener la vista en sus hombros y no mirar más abajo.

–Ya hemos llegado –anuncia frente a su puerta.

Los dos guardamos silencio durante unos segundos, como preguntándonos qué va a pasar a continuación, como deseando que pase algo.

–Si no te importa, me quedaré con tu ordenador hasta mañana –digo después, refrenando mi deseo a duras penas–. El mundo está lleno de personas que afirman haber visto a Charlie y, si te pones a investigar todo lo que se publica al respecto, te volverás loca. Además, ya se entregará cuando se haya cansado de huir.

Yo doy por sentado que Hennessy protestará, pero ha sido un día muy largo y, en lugar de eso, asiente, entra en su habitación y cierra la puerta, dejándome solo en el pasillo.

Los días siguientes son intensos, aunque eso no tiene nada de particular. En cambio, la actitud de Hennessy me sorprende. No suelo equivocarme con las personas, pero ella tenía razón: sabe comportarse. De hecho, es un modelo de gracia y decoro que, además, domina seis idiomas distintos, italiano incluido.

–¿Por qué no me dijiste que eres multilingüe? –le pregunto un día tras una conversación con un diseñador.

–Porque no venía a cuento –responde–. ¿Qué pasa, que tienes miedo de haber dicho algo malo de mí en italiano pensando que no entendía tu idioma?

–No he dicho nada malo de ti a ninguna persona. Puede que haya pensado cosas poco elegantes, pero no las he compartido con nadie.

Ella me mira a los ojos.

–Bueno, no te preocupes por eso. Nadie te podría acusar de compartir demasiado. Lo tuyo no es compartir, sino ser un mandón

que, para empeorar las cosas, está obsesionado con la rectitud moral.

–Sí, soy un mandón, y tendrás que acostumbrarte a ello. Pero, en lo tocante a lo segundo, sé reconocer mis errores… Tenías razón, Hennessy. Conoces el mundo de la moda. Y tus habilidades lingüísticas son todo un plus.

Hennessy me regala una pequeña sonrisa, y yo deseo que me regale más. Pero, justo entonces, se gira para saludar a alguien en francés.

Una noche, volviendo a casa tras una cena con el presidente de JVHM, una empresa de bienes de lujo, Hennessy se gira hacia mí en el coche y dice:

–La cena ha salido bien, ¿verdad?

Está entusiasmada, y yo también lo estoy. Sí, la cena ha ido bien. Toda la semana ha ido maravillosamente bien.

–Desde luego –contesto.

–Me alegra que estemos de acuerdo, porque ahora podremos hablar de la fiesta.

–¿Qué fiesta? –preguntó yo.

Ella frunce el ceño.

–Te envié mi propuesta. Aunque es obvio que no la has leído.

Hennessy está en lo cierto. No la he leído. Vi el título del mensaje y lo desestimé al instante.

–Una fiesta es lo último que necesitamos en este momento, Hennessy. Estamos intentado arreglar el lío que ha montado tu padre con su desaparición.

–Yo no lo estoy intentando. Ya lo he conseguido –puntualiza–. ¿O no has notado lo positivo que estaba *monsieur* Pinault esta noche?

–Ha estado encantador porque disfruta de tu compañía, como la mayoría de la gente. Pero los acuerdos económicos dependen de hechos económicos puros y duros, no de la cantidad de veces que parpadeas coquetamente.

–Eso no es justo –protesta ella–. Hago bastantes más cosas que parpadear. Pero, por lo visto, sigues pensando que mi aportación es inútil.

–En absoluto –digo yo, suavizando mi tono de voz–. Has trabajado duro toda la semana, pero la desaparición de Charlie nos está haciendo mucho daño. ¿O no te has dado cuenta de que nos ha creado un problema con los clientes y los accionistas?

–Mira, Renzo… en Nueva York, me dijiste que nuestro edificio estaba ardiendo metafóricamente. Pues bien, ¿sabes qué hay que hacer para que la gente deje de mirar un edificio en llamas? Lanzar unos cuantos fuegos artificiales.

Yo me la quedo mirando con una mezcla de desconcierto y admiración. Una vez más, Hennessy tiene razón. Y como la tiene, me recuesto en el asiento del coche, respiro hondo y pregunto, mirándola a los ojos:

–¿Qué tipo de fuegos artificiales tienes en mente?

Capítulo 6

Hennessy

–Discúlpame, pero acaban de llamar las de Eos para decir que llegarán cinco minutos tarde. ¿Quieres que los traiga aquí cuando lleguen?

Yo aparto la vista de la lista de invitados, miro a Cassie y digo:

–Sí, por favor.

Ha sido un día largo. Empezamos a trabajar a las seis de la mañana, y ya son las diez. Dudo que acabemos antes de medianoche, pero me siento llena de energía. Es mi proyecto, mi idea, y quiero que la gente sepa que no soy como Charlie, que no voy a huir. Wade and Walters es mi familia, mi negocio.

Mi negocio y el de Renzo, que está hablando por teléfono mientras escribe algo en su ordenador portátil. ¿Quién habría imaginado que nos llevaríamos tan bien en el trabajo? Renzo no es como la mayoría de los hombres, que solo me quieren por mis piernas o mis contactos. Renzo me trata con respeto, me considera su igual.

Al cabo de unos instantes, nota que lo estoy observando y se gira hacia mí. Nos miramos en silencio hasta que yo no lo soporto más y bajo la cabeza. Mi pulso se acelera cada vez que pienso en lo que hicimos aquella noche en su piso. Ni siquiera tengo que cerrar los ojos para imaginar lo que sentí. Está grabado en mi piel, tan cerca de la superficie como si me estuviera tocando en este mismo momento, como si me estuviera penetrando y llevando al orgasmo.

–¿Te parece bien?

Al oír su voz, de suave y erótico acento napolitano, me ruborizo. En parte, por lo que estaba pensando y, en parte, porque estaba tan

sumida en mis pensamientos que no he oído nada de lo que ha dicho.

–¿Cómo? Discúlpame… estaba pensando en los regalos para los invitados –miento.

–¿Qué pasa con ellos?

–Nada importante, en realidad. Pensé en regalarles cosas de comercio ético, pero hay algo raro en hacer regalos a gente con tanto dinero, ¿no crees?

En lugar de responder, él se me queda mirando. No sé si está perplejo o intrigado. Aunque también es posible que tenga algo en la cara, porque me estoy comiendo unas pastas.

–¿Qué pasa? ¿Tengo migas en los labios? –pregunto.

Renzo sacude la cabeza.

–No, tus labios están… bien –dice, como hipnotizado con ellos.

Yo me paso un dedo por el labio inferior. Ya no estoy pensando en las posibles migas. Mi mente se ha quedado vacía. De repente, lo único que me importa es que Renzo me siga mirando de esa manera, como reclamándome, como viendo mi verdadero yo; lo cual es ridículo en muchos sentidos.

Para empezar, porque dejó claro que lo que pasó en Nueva York le parece lo mismo que a mí: un asunto terminado. Y para continuar, porque el hecho de que ahora sepa que no soy una alcohólica no quiere decir que me conozca o quiera estar con una mujer como yo. Tengo un historial lleno de resacas y parásitos sociales, sin mencionar un padre al que persigue el FBI.

Me levanto, me acerco al espejo de cuerpo entero de la pared y me miro en él. No hay migas en ninguna parte. Pero entonces, ¿por qué me mira así?

–¿Mi palabra no te ha parecido suficiente? –pregunta él.

Nuestras miradas se encuentran en el espejo. Ahora está cerca de mí, demasiado cerca para mantener no ya una conversación civilizada, sino cualquier tipo de conversación. Noto el calor de su cuerpo y, si respiro con demasiada profundidad, su aroma.

–Ya no me fío de ti. Desde que te enfadaste conmigo por haberme llevado tu coche sin decírtelo, tengo la impresión de que serías capaz de permitir que tuviera un aspecto ridículo con tal de

vengarte. A fin de cuentas, eres italiano… y crees en eso de que la venganza se sirve fría.

Renzo sonríe, y mi piel parece más caliente al instante.

–Yo no te mentiría, Hennessy. Y, por otra parte, no creo que seas genéticamente capaz de tener un aspecto ridículo.

Él se aparta entonces, y yo me siento entre aliviada y decepcionada.

–¿Qué me estabas diciendo antes? –le pregunto con fingida naturalidad.

–Que, hasta ahora, solo hemos invitado a periodistas de grandes medios, y quería saber si te parece bien que invitemos a profesionales de otro tipo de publicaciones. Después de lo que pasó en Nueva York, no estoy seguro de que te sientas cómoda con eso. Aunque, obviamente, mi equipo de seguridad lo supervisaría todo.

–Por mí, no hay problema. Llevo toda la vida enfrentándome a los periodistas. Sé cómo tratarlos.

–Lo sé, pero lo que pasó delante de nuestra sede… En fin, quiero que sepas que no volverá a pasar. Te protegeremos, Hennessy.

Los dos nos quedamos en silencio, y yo ni siquiera entiendo lo que estoy sintiendo. Solo sé que su mirada, o quizá sus palabras, me tienen como amarrada a él. Y la tensión que hay entre nosotros no es solo palpable, sino también voluptuosa.

Por suerte, Cassie reaparece entonces con dos mujeres: una, alta y de cabello oscuro; otra, más baja y con trenzas.

–*Ciao* –dice la alta, y me estrecha la mano–. Soy Emilia Blasi. Hemos hablado por teléfono.

–Encantada de conoceros –dice la otra–. Yo soy Oshana Gardner.

–Vaya, me acabo de dar cuenta de por qué os llamáis Eos –digo yo, con una sonrisa–. Es por Emilia y Oshana… Creía que tenía algo que ver con la divinidad griega.

–Bueno, es por las dos cosas. La mayoría de la gente piensa en una o la otra, pero es bastante raro que alguien piense en las dos.

Yo suelto una carcajada.

–Tened en cuenta que yo me llamo Hennessy por la bebida preferida de mi padre, lo cual hace que sea bastante sensible en lo tocante a los nombres originales. Pero no quiero hablar de Charlie…

sería un obstáculo en lo que espero que sea una productiva y satisfactoria conversación.

Tras un silencio incómodo, Renzo les estrecha la mano a su vez y declara:

–Creo que lo que Hennessy ha querido decir es que nadie elige a su familia. Espero que nos juzguéis por lo que somos nosotros, no por lo que son los demás.

–Por supuesto –dice Oshana sonriendo–. Te aseguro que mi familia eliminaría a nuestro propio padre de la ecuación si tal cosa fuera posible.

–Qué me vas a contar a mí –interviene Emilia–. Mi hermano es…

Yo no escucho lo que Emilia dice a continuación. Me he quedado atónita con lo que Renzo acaba de hacer. Ha salido a cubrirme las espaldas. Me ha sacado de una situación difícil.

Cuando ya nos hemos sentado, me dirijo nuevamente a ellas.

–Supongo que os habréis preguntado por qué he elegido a Eos. Pues bien, la primera razón es que sois de aquí, de Milán… y la segunda, que sois unas grandes profesionales en el sector de organización de fiestas. Sabéis qué hacer para que la gente se sienta bien.

–Esa es nuestra filosofía –afirma Oshana–. Queremos que los invitados se sientan bienvenidos, como si estuvieran visitando a su familia.

–Pues nosotros queremos lo mismo. Wade and Walters es un negocio familiar desde hace ciento cincuenta años; y creo que, a pesar de todo, seguimos siendo una familia. Pero el mundo está cambiando, y quiero que nuestro negocio también cambie. La moda, la publicidad… tienen efectos muy dañinos en el mundo, y me gustaría que esta fiesta sea limpia y verde, un ejemplo de lo contrario.

–¿Qué quieres decir con lo de limpia? ¿Que no se va a servir alcohol?

–En efecto –interviene Renzo–. Y con lo de verde nos referimos a que los trabajadores recibirán un buen sueldo y a que produciremos la menor cantidad de desperdicios posibles.

–Será una fiesta matinal, que empezará antes del amanecer –digo yo–. Una especie de aurora, de despertar…

–Comprendo –dice Emilia, abriendo su ordenador portátil–. ¿Tienes alguna idea sobre la decoración, la música y la comida?

Renzo sacude la cabeza y sonríe.

–Yo no soy quien tiene la voz cantante en este asunto. La idea es de Hennessy.

La reunión es muy satisfactoria, y Emilia y Oshana contribuyen con un montón de sugerencias. Aún no tenemos el permiso para celebrar la fiesta, pero Renzo lo consigue con una mezcla de voluntad y contactos.

Todo está saliendo bien.

El último día de la semana de la moda es, con mucho, mi preferido. Las prendas que se exhiben son tan bellas como románticas, una inversión segura para los que tengan la suerte de poder comprar alguna.

Por fin, hacia las diez de la noche, Renzo y yo nos quedamos a solas, nos sentamos en el elegante comedor y disfrutamos de un increíble plato de pasta al *olio e aglio*; o más bien, es él quien disfruta, porque yo me limito a juguetear con la comida. Hemos comido juntos varias veces a lo largo de la semana, pero siempre con Simonetta entrando y saliendo discretamente de la habitación, y la súbita intimidad me pone tensa.

–No quiero añadir el calificativo de tirano a mi reputación, pero creo que deberías comer algo –dice él.

Renzo alcanza su vaso de agua y echa un trago. No estoy segura de ello, pero sospecho que no está tomando vino por mi antiguo problema con el alcohol.

–Me gustaría comer, pero no sé si puedo. Estoy demasiado tensa.

En realidad, estoy aterrorizada. Hace tres años que no voy a una fiesta. Me he mantenido alejada de ellas por razones evidentes, pero sé que la que vamos a celebrar hoy es una forma perfecta de conseguir que la gente se olvide del asunto de Charlie.

–Todo está bien, Hennessy. ¿Qué es lo que te preocupa?

–No lo sé.

–Tenemos todo lo que necesitamos. Un gran sitio, comida excelente, una magnífica gama de cócteles sin alcohol…

–Sí, claro.

–Entonces, ¿qué te pasa? ¿Crees que no va a venir nadie?

–Por supuesto que irán –contesto yo, intentando disimular mi miedo–. Tenerme a mí en una fiesta es un éxito seguro. Soy como un tren a punto de descarrilar.

–Oh, vamos, tú no vas a descarrilar.

–No me hagas caso. Siempre me pongo así cuando tengo que salir y mezclarme con la gente. Además, hace mucho que no lo hago, así que estoy particularmente nerviosa.

Renzo me mira con extrañeza, como si siempre hubiera visto un pato al mirarme y, de repente, viera un conejo.

–¿Es que no te gustan las fiestas?

–No.

–Pues ¿por qué ibas a tantas?

–Al principio, porque no tenía elección. Lo más cerca que estuve de poder elegir fue el día que Charlie me preguntó si quería ir al colegio y que me acosaran o prefería ir a una fiesta. Yo tenía siete años, y elegí lo que cualquier niña de mi edad habría elegido.

Renzo frunce el ceño.

–Quizá habría sido mejor que Charlie hablara con la dirección del colegio sobre el acoso que sufrías.

–Sí, seguramente –digo sin más.

–¿Y cuando te hiciste mayor?

–Para entonces, había empezado a beber en exceso, porque el alcohol te relaja y consigue que todo sea más soportable. Pero luego dejé de beber y, como la gente de mi entorno no hacía nada estando sobria, empecé a salir menos. A decir verdad, fui al cumpleaños de Garrison Cutler por inercia, y ni siquiera pude salir del taxi.

Mi cuerpo se tensa al recordarlo; aunque también es posible que no se tense por eso, sino porque Renzo me está mirando fijamente, estudiándome. De hecho, pasa un brazo por encima del respaldo de la silla contigua y levanta un poco la barbilla, como si estuviera

posando para una sesión fotográfica, o a punto de someterme a un interrogatorio.

–Pero, a pesar de ello, has organizado esta fiesta.

–Si el edificio está en llamas…

–Sí, ya lo sé, lanza fuegos artificiales.

Renzo guarda silencio durante unos segundos, y luego dice:

–No fui precisamente encantador en Nueva York, pero tenías razón. Esta fiesta enviará el mensaje que queremos que envíe, el mensaje adecuado. Y si tú y yo estamos en primera fila es porque importamos… porque tú importas.

Su comentario me provoca una intensa oleada de calor, lo cual me desconcierta. Se suponía que habíamos superado nuestra atracción sexual, pero puede que no.

–Sigo sin entender cómo es posible que te dejaran entrar en las fiestas de tu padre cuando eras una niña. Hay leyes que lo impiden, si no recuerdo mal.

Yo me encojo de hombros.

–Las fiestas privadas tienen sus propias normas. Además, Charlie es muy desvergonzado. No respeta ninguna norma. Y cuando se mete en algún lío, se va del país.

–Pero tú no te fuiste –comenta él–. Sabías lo que Charlie había hecho. Te enteraste antes que nadie, incluso antes que David. Y, sin embargo, te quedaste.

–Yo no soy mi padre, Renzo.

–No, ni mucho menos. Tú eres…

Renzo deja la frase sin terminar, y yo me intento convencer de que la tensión que hay entre nosotros solo se debe al cansancio, a la adrenalina de estos días y a la extraña situación de estar viviendo con él. Me intento convencer de que eso es todo y de que el hechizo se rompería si tirara de un simple hilo. Pero, a pesar de ello, me pregunto qué pasaría si alzara un brazo y le acariciara la cara.

Mi corazón casi se detiene cuando él clava la vista en mis ojos y dice con impaciencia:

–Anda, vete a la cama, Hennessy. Yo me encargaré de todo.

Mientras subo por la escalera, me alegro de no haber metido la pata a tan pocas horas de un acontecimiento tan importante.

Acostarme otra vez con Renzo habría sido un error. Pero es una alegría amarga, demasiado cercana al arrepentimiento.

Renzo

Es la mañana de la fiesta. Concretamente, las seis menos cuarto de la mañana.

Los invitados empezarán a llegar en menos de cuarenta minutos, y el sol se alzará sobre la ciudad cuarenta minutos después.

Todo está preparado. Yo lo estoy. Me he puesto la ropa que Hennessy dejó colgada en mi armario: un traje sorprendentemente elegante y una camisa. No recuerdo cuándo fue la última vez que una mujer me hizo un regalo, y quizá sea ese el motivo de que me guarde la nota que Hennessy ha prendido con un alfiler en una de las mangas de la chaqueta. No dice nada importante; sencillamente, que no necesito llevar corbata.

En cualquier caso, no es el momento adecuado para pensar en ello. Estoy más tenso que de costumbre, y no sé por qué. Bueno, sí que lo sé: lo estoy porque sé que Hennessy está nerviosa. Jamás habría imaginado que no le gustan las fiestas. Pensaba que su ansiedad se debía al deseo de que todo saliera bien. Pero, aunque no le gustan, ha tenido el valor de organizar una para la élite del sector.

Cuando se empeñó en ir a la semana de la moda de Milán, pensé que lo hacía por interés propio, por tener una excusa para desmelenarse de nuevo. Sin embargo, ha estado trabajando a destajo y, por si eso fuera poco, se ha metido de lleno en algo que le desagrada. Ha organizado esa fiesta porque nuestro negocio le importa.

Aún estoy dando vueltas al asunto cuando escucho pisadas a mi espalda y me doy la vuelta. Es ella, que acaba de llegar. Y, al verla, sé que tengo un buen problema.

–Hola –dice con suavidad.

Hennessy está a pocos metros de distancia. Yo intento decir algo, pero las palabras se ahogan en mi garganta ante semejante belleza.

Se ha maquillado de un modo tan sutil que cualquiera diría que no lleva maquillaje y, en lugar de recogerse el pelo, como ha estado haciendo toda la semana, se lo ha dejado suelto.

En cuanto al vestido, me habría dejado sin habla si no estuviera ya mudo. A lo largo de la semana, Hennessy se ha estado poniendo algunos de los preciosos vestidos antiguos que le dejó su difunta abuela, pero el que ha elegido hoy es impresionante: una prenda delicada, sutil e increíblemente *sexy*, de un color tan parecido a su piel que casi parece transparente.

–Estás bellísima.

–Tú tampoco estás mal.

Hennessy me mira de arriba a abajo, y me encanta cómo me mira.

–Gracias por el traje –le digo–. Yo tengo unos cuantos, pero…

Ella se muerde el labio.

–Tus trajes son bonitos, pero este es mucho mejor. Te queda perfecto.

–¿De dónde has sacado ese vestido? ¿También era de tu abuela?

–Sí –contesta, mirándose un momento–. Es el que más me gusta de todos, pero no me lo ponía porque estaba demasiado delgada y me quedaba ancho. Supongo que ahora estoy comiendo mejor… no esta semana, sino en general.

–¿Estás más tranquila?

–Un poco más, pero no te preocupes por mí. Estaré bien cuando empecemos.

–Ya estás bien –digo, pensando que está mucho mejor que bien–. No dudes de ti, Hennessy. Y tampoco pienses que los demás dudan de ti. Saben que lo has pasado mal, y creo sinceramente que están deseando que tengas éxito. Es lo que mereces.

Sus ojos se clavan súbitamente en los míos, y me doy cuenta de que está confundida o sorprendida por lo que he dicho. Pero lo he dicho de verdad.

–Venga, vamos a la fiesta –digo ofreciéndole una mano.

Desde el momento en que entramos en la enorme y ya no utilizada fábrica textil, sé que la gente hablará de esa fiesta durante mucho tiempo. La transformación del espacio es casi milagroso. Toda la decoración procede de materiales reciclados de talleres de la

ciudad y de otros negocios milaneses. Emilia y Oshana han estado allí toda las noche y, aunque parecen agotadas, han hecho un trabajo fantástico.

Los invitados están empezando a llegar. El sol se filtra ya por las ventanas, creando un efecto de claroscuro indiscutiblemente más bello que cualquier tipo de iluminación artificial. Hennessy se queda conmigo para dar la bienvenida a la gente. Parecemos una pareja el día de su boda.

Luego, nos mezclamos con los invitados y charlamos con ellos, cada uno por nuestra cuenta; pero eso no impide que yo sepa dónde está en todo momento. Es una sensación extraña, aunque lógica por otra parte: al fin y al cabo, llevamos muchos días juntos.

Por fin, llega el momento de la actuación del DJ.

La música es como un muro de sonido, pero lo único que puedo oír son los latidos de mi corazón. Hennessy se pone a bailar con Cassie, y bailan como bailan las mujeres cuando se sienten seguras, con despreocupación, moviendo sus cuerpos y echando las cabezas hacia atrás como si se estuvieran riendo.

Los invitados son personas elegantes y atractivas, pero palidecen en comparación con Hennessy. Y no soy el único que piensa eso. Hennessy atrae las miradas como si fuera la aurora boreal.

En determinado momento, me mira y se acerca. Sus sonrosadas mejillas y su revuelto cabello me recuerdan nuestra noche en Nueva York, y tengo que hacer un esfuerzo por borrar las tórridas imágenes de mi imaginación.

–¿Te estás divirtiendo? –pregunto.

–Sí. ¿Y tú?

–Por supuesto que sí. Es una gran fiesta –digo en voz baja.

Hemos estado media hora en zonas distintas de la sala; pero, sin darnos cuenta, nos hemos ido acercando el uno al otro.

–¿Te importa que me apoye un momento en ti? Me duelen los pies –dice.

Hennessy me toma del brazo, y yo siento una descarga eléctrica mientras ella se inclina para masajearse brevemente los pies.

–Ya falta poco para el final –afirmo.

Va a haber un espectáculo de burbujas gigantes. Ha sido idea suya. Tendrán un efecto parecido al de unos fuegos artificiales, pero sin daños medioambientales.

–Vaya, tienes razón… están poniendo la canción de cierre –dice.

Instantes después, la música deja de sonar y la gente comienza a salir a la terraza que se ha instalado en el exterior de la fábrica.

–¿Has visto esto? –dice un hombre que pasa a nuestro lado, mirando su teléfono.

–¿A qué te refieres? –pregunta su acompañante.

–Al padre de la rubia, el tal Charlie… ¡Resulta que está con una mujer, en Río de Janeiro!

Yo estoy a punto de girarme y quitarle el teléfono, pero la cara de Hennessy me lo impide. Se ha quedado pálida, con una expresión de dolor en los ojos.

Después, da media vuelta y se va.

La gente empieza a murmurar a mis espaldas. Noto que me están mirando. Y, entonces, me meto una mano en el bolsillo y saco mi móvil.

Hennessy

El baño está vacío, porque la fiesta ha terminado. Y, en este momento, me habría gustado que no se celebrara nunca.

Me miro en el espejo y me siento pequeña y estúpida por haber pensado que podía cambiar, cuando sé perfectamente que siempre seré la misma. Soy como Sísifo, empujando eternamente su roca. Haga lo que haga, vuelto inevitablemente al punto de partida. Sobria o no, el pasado me alcanza.

Al cabo de unos instantes, Renzo entra en el servicio, para mi asombro.

–¿Qué estás haciendo? No puedes entrar aquí…

–Ven conmigo, Hennessy.

–No puedo. No puedo salir ahora.

La puerta se vuelve a abrir y aparecen dos camareras riendo.

–¿Nos podríais dejar un momento a solas? –pregunta Renzo–. Es una conversación privada.

–Es que tenemos que…

–Como acabo de decir, es una conversación privada –insiste él–. No me obliguéis a llamar a seguridad.

Las dos camareras se marchan al instante, y yo reacciono con enfado.

–¿A qué ha venido eso? ¿Es que quieres complicar más la situación? ¿Se trata de eso? ¿Quieres dejarme en mal lugar, para poder decirle a la gente que la he fastidiado y que has tenido que arreglar las cosas?

Renzo me toma súbitamente de la mano.

–Tú no has hecho nada mal. Has hecho un trabajo magnífico –dice.

Yo quiero creerlo, pero me vuelvo a mirar en el espejo y veo mis ojos desorbitados y las manchas de rímel, que se me ha corrido.

–¿Sabes quién es la mujer de esa foto, la que estaban mirando esos tipos hace un momento? –me pregunta.

–Sí, claro que sí. Es mi madre, Jade.

Yo casi espero que se dé la vuelta y se marche de inmediato. Es lo que habría hecho Charlie, lo que siempre hace. Pero, en lugar de eso, se queda conmigo.

–Venga… nos tenemos que ir –insiste.

Yo sacudo la cabeza.

–No puedo salir así, en estas condiciones.

–No vamos a salir a la terraza. Nos vamos de aquí. Tengo un helicóptero esperando en la azotea.

–¿Un helicóptero? –pregunto.

–En efecto. Nos vamos a Amalfi.

Capítulo 7

Hennessy

El vuelo a Amalfi dura poco, o esa impresión me da. Estoy tan desconcertada con la forma en que ha terminado la fiesta que casi no puedo ni pensar. Soy espantosamente consciente de mi cobardía, de haberme portado como una Cenicienta huyendo al oír las campanadas de la medianoche.

Sin embargo, la Cenicienta y yo no nos parecemos nada. A ojos del mundo, ella es una mujer buena a la que han tratado mal; a esos mismos ojos, yo soy una simple inútil. Y por la dura expresión de Renzo, él piensa lo mismo que el mundo.

Aparentemente, la agradable tregua de la que hemos disfrutado estos días ha terminado. No ha dicho ni una palabra desde que subimos al helicóptero; por lo menos, no a mí. Pero ¿qué podría decir? ¿Que ya sabía que le iba a fallar? Casi es mejor que no diga nada. He desaprovechado la posibilidad de ser la persona que quiero ser, y la fiesta pasará a ser otra nota asociada a los escándalos de los Wade.

No puedo creer que Jade esté con Charlie. Su matrimonio era destructivo, tóxico; se amargaban la vida mutuamente, y se la amargaban a los demás. Pero ahora, de repente, ella interpreta el papel de Bonnie y él, el de Clyde. Me siento como si tuviera tres años de nuevo y no pudiera soplar las velas de mi tarta de cumpleaños por estar haciendo esfuerzos por no llorar.

Mi madre ni siquiera se despidió ese día. Se fue, sin más, y no volví a hablar con ella hasta diecinueve años después. Por lo visto, Jade es perfectamente capaz de ponerse una peluca ridícula y

quedar con él en Río de Janeiro, pero ni siquiera se acuerda de mi cumpleaños.

Cuando el helicóptero aterriza, Renzo me ofrece una mano cortésmente y me lleva hacia una preciosa mansión bañada por el sol.

–Voy a hacer unas llamadas. Tú deberías descansar un poco –dice por el camino.

Al llegar, saluda a la mujer que nos abre la puerta. Es alta y de cabello gris.

–Hennessy, te presento a mi ama de llaves, Paola. Ella te llevará a tu habitación. Me temo que no hemos podido recoger tus cosas antes de marcharnos, pero las traerán en algún momento del día. Si necesitas algo, házselo saber.

Renzo se aleja a grandes zancadas, y yo me acuerdo nuevamente de mi infancia, de todas las veces en que me dejaban con una desconocida.

–Sígame, *signorina*. La llevaré a la habitación azul. Tiene una vista maravillosa del mar y de los jardines.

Yo la sigo escaleras arriba hasta una habitación que, efectivamente, es muy bonita. Sin embargo, las paredes no son azules, sino de color melocotón pálido.

Junto a la cama hay una bandeja con una tetera.

–Le he preparado un té de camomila. ¿Quiere que eche las persianas?

–No, no será necesario.

Ella asiente y se va. Yo me sirvo una taza de té, lo pruebo y me tumbo en la cama, agotada. Me siento sola. No le importo a mi madre, y mi padre solo me acepta a regañadientes; pero hoy, durante un rato, me he sentido aceptada, querida. Renzo tenía razón: la gente no ha ido a esa fiesta para verme fracasar, sino para apoyarme.

Y él me ha apoyado en todo momento. De hecho, no dejaba de seguirme con la mirada cada vez que nos separábamos. Pero seguro que se arrepiente de haber confiado en mí. Y yo me siento más sola que nunca.

No recuerdo haberme quedado dormida, y me sorprendo cuando me despierto de golpe y veo que no he cerrado la puerta con llave, como suelo hacer. Sin embargo, la estancia está vacía, y me obligo a levantarme. El movimiento me ayuda a controlar mis ataques de pánico, y me acerco a la ventana, atraída por la azul imagen del otro lado.

El mar está precioso, aunque lo que realmente me llama la atención son los jardines. Tiene una zona con una mesa y unas sillas y, para mi asombro, no es uno de esos jardines excesivamente formales, sino todo lo contrario. Es tan encantador como alegre, lo último que esperaría de un hombre tan controlador como Renzo.

Instantes después, Renzo aparece junto a la mesa que acabo de ver, como si lo hubiera conjurado con mis pensamientos. Está hablando por teléfono, caminando de un lado a otro, y el corazón se me encoje cuando se sienta y apunta algo en una libreta. A pesar de la distancia, distingo perfectamente su gesto de frustración.

Dolida, aparto la mirada. Y cuando la vuelvo a clavar en el jardín, Renzo ha desaparecido.

Entonces, me dirijo hacia la puerta. Es posible que no pueda cambiar de forma de ser; pero, por lo menos, puedo salir de esa habitación.

Renzo

–Gracias por encargarte de eso, Ben. Te lo agradezco mucho.

Tras despedirme de Ben, corto la comunicación. Ha sido mi décima llamada telefónica del día, y estoy tan cansado que apoyo las manos en la madera de la mesa, intentando aliviar el dolor de mis hombros. Me he tirado casi toda la mañana en el despacho, aunque ahora estoy en la terraza de mi propiedad.

Ya ha pasado la hora de comer, pero no puedo pensar en la comida. Mis músculos están tan tensos como si fuera un velocista esperando el pistoletazo de salida, con la diferencia de que la carrera empezó hace rato.

Mis ojos vuelven a mirar la pantalla de mi portátil. Previsiblemente, la fotografía de los padres de Hennessy está por todas partes; pero, como las redes sociales están infestadas de noticias falsas y teorías conspiranoides de lo más diversas, hay gente que cree que la fotografía es de otras personas, o un típico montaje hecho con Inteligencia Artificial.

Desgraciadamente, eso no está tranquilizando ni a los clientes ni a los accionistas de la empresa, y me empiezo a arrepentir de haber comprado acciones de Wade and Walters y de haber aceptado el cargo de codirector ejecutivo. Soy patológicamente reacio al riesgo, y los Wade son verdaderos pirómanos.

Todos ellos lo son. Charlie, Jade, quizá Hennessy.

¿Será posible que Hennessy supiera que su madre se iba a reunir con Charlie? La posibilidad de que me haya mentido me duele más de lo que debería. Pero, entonces, me acuerdo de su expresión y sacudo la cabeza. Parecía exhausta, como si le hubieran quitado todo lo bueno que había en su vida.

–*Scusi*, *signor* Valetti…

Es mi ama de llaves, que me trae otro café.

–Gracias, Paola. ¿Podrías subir un té a la señorita Wade? Iré a despertarla dentro de unos momentos.

Paola frunce el ceño.

–Ya no está durmiendo, *signor*. Se ha ido a la playa.

Yo tardo cuatro minutos en llegar a la playa de la propiedad y, como no la veo por ningún lado, supongo que está nadando y escudriño el mar. Sin embargo, no se ha metido en el agua: está más adelante, caminando descalza por la orilla.

El oleaje no es particularmente fuerte, pero su ruido impide que me oiga hasta que casi estoy a su altura y, cuando por fin me oye, se gira hacia mí. Está pálida, pero me mira con expresión desafiante, y yo me alegro de que lo de sus padres no la haya hundido por completo.

–Paola me ha dicho que estabas aquí. ¿Has descansado bien?

Ella asiente y pregunta:

–¿Has hecho las llamadas que tenías que hacer?

–Sí, por supuesto. De hecho, hay algo que necesito que leas.

Hennessy sonríe con debilidad.

–Deja que lo adivine… algo que ha preparado tu abogado, supongo.

–En efecto.

–Pues no pienso firmar nada –dice con vehemencia.

–¿Firmar? No hay nada que firmar.

–¿Cómo que no? Eso es ilegal. No se pueden traspasar unas acciones sin…

–Hennessy…

–No pienses que no sé lo que está pasando. Estás tan convencido de estar en lo cierto que ni siquiera has tenido la elegancia de preguntármelo. Crees que sabía que Jade y Charlie se iban a ver. Crees que estoy conchabada con ellos.

Su acusación me duele, porque es cierto que he llegado a considerar esa posibilidad.

–Lo que yo crea carece de importancia.

Hennessy suelta una carcajada sin humor.

–Oh, vamos. Lo único que importa es lo que tú creas. Pero no te voy a vender mis acciones. Son mías, y no me puedes obligar a…

–No, no puedo –la interrumpo–. Ni puedo ni te obligaría a venderlas si pudiera. No tengo intención de obligarte a vender nada. Se trata del FBI. Te han llamado por teléfono.

–¿Y tú cómo lo sabes?

–Porque me quedé con tu teléfono.

–¿Cómo?

–Te lo robé en el helicóptero, para impedir que te sentaras en tu habitación y te pusieras a ver todo lo que se ha publicado sobre tus padres –le digo–. Cuando han llamado, les he dicho que estabas descansando y que les devolverías la llamada cuando pudieras. Me han amenazado un poco, pero mis abogados han conseguido que se tranquilicen. Y, mientras dormías, hemos redactado una carta.

Entonces, alcanzo el portátil y se lo doy para que la lea.

–No es un borrador definitivo –sigo hablando–. Si quieres que se cambie alguna frase, la cambiaremos. Lo importante es que sepan que tú no has cometido un delito de obstrucción a la justicia. He

visto la cara que has puesto con la fotografía de Jade y Charlie. Es evidente que no sabías nada.

Hennessy guarda silencio, con sus dedos férreamente cerrados sobre mi portátil.

–¿Cuándo has hablado con tu madre por última vez? –pregunto con dulzura.

–El día de Las Vegas. Ya sabes, cuando… En fin, siento recordar lo que pasó, pero no he hablado con ella desde entonces.

–¿No has hablado con ella en tres años? –le pregunto atónito.

Ella se encoge de hombros.

–Tres años no son nada. Al menos, comparados con su silencio anterior.

–¿Cuánto duró?

–Diecinueve años.

A mí se me encoge el corazón. No me lo puedo creer.

–Pero si pasabas fines de semana con ella… Antony me dijo en cierta ocasión que…

–Le mentí –me interrumpe–. No me apetecía que supiera que mi madre no me quiere.

–Pues, si no estabas con ella, ¿a dónde ibas? –me intereso, sin salir de mi asombro.

–A veces, a casa y, a veces, a un hotel.

–¿A un hotel? Eras una menor…

–¿Y qué? Fingía ser la secretaria de Charlie. Reservaba una habitación para los dos y luego decía que mi padre se iba a retrasar. Convencerlos era muy fácil. Charlie no es precisamente un hombre fiable.

Yo guardo silencio durante unos instantes, calculando. Y, cuando vuelvo a hablar, digo:

–Entonces, ¿tenías tres años cuando tu madre se fue?

–Exactamente tres. Se marchó el día de mi cumpleaños… otro día memorable. Se fue antes de que yo apagara las velas, y no volvió. Charlie me dejó en casa de su madre, y estuve con ella hasta que falleció.

–¿Y no volviste a hablar con Jade hasta el día de Las Vegas?

–Se suponía que me quería ver. Me llamó de repente y dijo que quería hablar conmigo, llegar a conocerme.

Yo no puedo creer lo que me está diciendo. ¿La llamó de repente? ¿Tras diecinueve años de silencio?

–Debió de ser muy difícil para ti.

–Y tanto que lo fue. Estaba aterrorizada. Pero yo seguía bebiendo por entonces, y eso me ayudó un poco. Fui a su hotel, y todo fue bien al principio… hasta que se puso a hablar sobre mi cumpleaños y me preguntó qué tipo de fiesta quería, como si se hubiera olvidado de que me había abandonado precisamente durante uno de mis cumpleaños. Y era verdad. Lo había olvidado.

–Bueno, eso no significa que no le importes. Puede que se sintiera tan culpable por lo que había hecho que enterró el recuerdo en lo más profundo de su ser –digo yo, intentando animarla–. Si no le importaras, no habría querido verte.

Hennessy sacude la cabeza lentamente, y a mí me parece la imagen más triste que he visto en mi vida.

–Yo iba a heredar dinero de mi abuela materna el día de mi cumpleaños. Por eso se puso Jade en contacto conmigo. Al parecer, su madre la había desheredado cuando se casó con Charlie, y pensó que yo se lo debía.

–Oh, Dios mío.

–Desde luego, me negué a darle nada, y ella me empezó a gritar. Dijo que yo era una desagradecida, una niñata que había arruinado su vida, el peor error que había cometido jamás. Y entonces…

Hennessy no termina la frase. Empieza a llorar, y yo le quito el ordenador, lo dejo en la arena y la tomo entre mis brazos. Solo hemos estado abrazados dos veces, y las dos han terminado en algún tipo de intimidad física; pero esto es distinto, carece de intenciones sexuales y, por esa misma razón, resulta aún más peligroso.

Sin embargo, la quiero consolar. Necesito consolarla.

–Tu no arruinaste nada. Eras una niña. A diferencia de tus padres, que eran personas adultas y, por tanto, supuestamente responsables –declaro.

–Mi madre no me quería tener –dice entre lágrimas.

–Es posible, pero tú no eres ningún error, Hennessy. Eres una maravilla, un milagro.

Hennessy respira hondo y sacude la cabeza nuevamente.

–Lo siento. Yo no suelo llorar.

–No hay nada que sentir –digo yo, angustiado.

Entonces, ella alza la cabeza y me mira a los ojos.

–¿No te arrepientes de haber venido a Milán conmigo?

–No, por supuesto que no me arrepiento de tenerte de segundona –bromeo yo.

–No me hagas reír, por favor.

–¿Por qué no? Me gusta tu risa. Me encanta –le confieso, y le acaricio la comisura de los labios.

–Pues últimamente no hay muchos motivos para reír. Todo son disgustos.

–Eso no es verdad. Te subiste al cuadrilátero por el bien de nuestra empresa. Has hecho un gran trabajo, y deberías sentirte orgullosa de ello. Yo me siento orgulloso de ti.

Ella me mira un momento y me toca la barbilla.

–¿Sabes una cosa? Eres encantador. Mucho más de lo que tú crees y, desde luego, más de lo que yo creía.

Durante unos segundos, nos miramos en silencio. Ella, con humor, como si la antigua rana se hubiera convertido en un príncipe; yo, con deseo. Y me siento culpable por desearla, porque no es lo más apropiado en ese momento.

–En fin, debería quitarme este vestido –dice ella.

Estamos tan cerca que Hennessy nota la súbita tensión de su cuerpo y, por supuesto, yo también noto la del suyo. Mi mente se llena inmediatamente de imágenes tórridas, que me saco de la cabeza a duras penas.

–Buena idea –digo–. En cuanto deje el ordenador en casa, prepararé algo de comer.

–¿Vas a cocinar tú? –pregunta mientras salimos de la playa.

–Ha sido una semana bastante complicada, y he pensado que nos vendría bien estar solos, sin tener que hablar con nadie, así que he dado la noche libre a mis empleados –la informo–. Haré pasta. Si

quieres, me puedes ayudar. Intentaré no ser demasiado mandón contigo.

–Sí, jefe –dice con una sonrisa–. Aunque no me parece bien. Es la segunda vez que cocinas para mí. No te puedo hacer eso.

Cuando llegamos al salón, dejo el portátil en una de las mesitas y digo, sin pensar:

–Tú me puedes hacer lo que quieras.

El silencio posterior se carga de electricidad.

–Lo que quiera… –dice ella por fin, muy despacio.

Yo intento carraspear, y no lo consigo. La boca se me ha quedado seca.

–Lo que quieras –insisto.

Entonces, y sin dejar de mirarme, Hennessy se pega a mí y me da un dulce beso en los labios.

–O sea, que te puedo besar así…

Yo no digo nada.

–Y te puedo tocar así… –continúa.

Sus manos me acarician el estómago y me empiezan a desabrochar los botones de la camisa. Automáticamente, yo llevo las mías a su talle.

–No, no, no –dice ella apartándolas– Te quiero desnudar.

Sus dedos vuelven a los botones, pero me besa el cuello a la vez, rozándolo con los dientes, y yo aprieto las manos contra mis muslos para refrenarme y no tomarla al instante.

Cuando por fin me ha desabrochado la camisa, me la quita, se inclina sobre mi pecho y, tras besarme varias veces, me lame los pezones, arrancándome un gemido. Mi corazón se ha desbocado. Siento un intenso calor. Y el hecho de que no permita que la toque intensifica mi placer.

No había estado tan excitado en mi vida.

–¿Ya nos podemos desnudar?

Su pregunta agudiza mi deseo, y todo en mí, desde mis músculos hasta mi piel, se tensa. Quiero que sea mía, pero no como en Nueva York, de un modo rápido y febril, sino lentamente, saboreándola.

Sin embargo, no la podré saborear si no se desnuda antes y, justo entonces, ella tira del vestido hacia abajo, se lo quita al mismo

tiempo que las braguitas y me deja sin aire. Lo único que puedo hacer es mirarla, porque ninguno de mis recuerdos hace justicia a la belleza de Hennessy en carne y hueso.

Luego, inclino la cabeza, le succiono un pezón, giro la lengua sobre la ya endurecida superficie y llevo la lengua a su otro seno, sintiendo su estremecimiento. Ella me aparta entonces, buscando a tientas mi cinturón; y yo me quito los pantalones a toda prisa, oyendo los latidos de mi propio corazón.

Ahora, los dos estamos desnudos, a pocos centímetros de distancia, sin otra cosa entre nosotros que el aire.

–Renzo…

El sonido de mi nombre en sus labios me estremece. Tengo la seguridad de que nunca ha sonado tan bien.

Sus pupilas se han dilatado tanto que están enormes. Hay una especie de fiebre en ella, y yo la agarro con intención de tranquilizarla, de refrenar un poco las cosas; pero ella no quiere tomárselo con calma y, cuando pasa los brazos alrededor de mi cuello, yo la llevo al sofá y aparto los cojines para poder tumbarla en él.

–Eres preciosa –digo, con el corazón en un puño.

Ella alza un brazo, cierra la mano sobre mi duro sexo y lo empieza a masturbar, para mi desesperación. Intento apartarla, pero Hennessy insiste una y otra vez, con movimientos urgentes, ansiosos. Sus atenciones son tan perfectas que sé que no duraré mucho más.

De repente, cuando ya estoy a punto de alcanzar el orgasmo, ella alza las caderas, invitándome a penetrarla. Y la penetro, por supuesto; la penetro y le muerdo el cuello mientras me aprieto contra sus pechos. Sin embargo, ya es demasiado tarde. Hennessy me ha llevado tan lejos como quería, y mi cuerpo se estremece con la fuerza de una erupción volcánica.

Momentos después, salgo de su cuerpo. Quiero darle el mismo placer que me ha dado a mí; así que le separo las piernas y empiezo a lamer.

–Oh, sí, sí… –dice ella.

Yo noto que algo anda mal. Hennessy suelta los mismos gemidos que antes, pero hay algo distinto en ello. Tienen un fondo falso, y hay una extraña tensión en su cuerpo.

Desconcertado, me intento apartar, y ella cierra las manos sobre mi cabeza para que la siga lamiendo y se arquea hacia arriba, gimiendo de nuevo. Yo obedezco y la miro. Sus pupilas siguen tan grandes como antes y, por sus movimientos, parece que ha llegado al orgasmo. Pero creo que lo ha fingido. Sobre todo, porque en sus ojos no hay pasión, sino pánico.

Capítulo 8

Hennessy

Me cuesta tragar, respirar. Estoy arrepentida, y tengo miedo. No debería haber permitido que las cosas llegaran tan lejos; debería haber sabido que nuestra primera vez fue una anomalía, un milagro, algo excepcional, un incendio provocado por un rayo. He cometido el error de ser avariciosa. Tendría que haberme contentado con el recuerdo de aquella noche de amor en Nueva York.

Sin embargo, creía que estaba curada; y, por supuesto, me engañaba a mí misma. No hay cura para lo que siento. De hecho, ni siquiera sé qué provoca mi sofocante y abrumador pánico. Solo sé que me aplasta el corazón, que me roba el aire, que me impide pensar.

–Necesito cambiar de posición –digo, y empujo su pecho, dejando de mi cabello caiga sobre su cara–. Me ha dado un calambre.

Es mentira, pero me froto la pantorrilla como si fuera verdad.

–Déjame a mí –dice él.

–No te preocupes. Estoy bien. Solo necesito levantarme… –replicó yo, rehuyendo su mirada–. Además, tendría que levantarme de todas formas.

–¿Por qué? –pregunta él.

Yo empiezo a recoger mi ropa.

–Porque quiero irme a la cama. A mi cama.

Renzo no dice nada, pero noto su confusión, su incredulidad. Probablemente, es la primera vez que alguien le hace algo parecido.

–Bueno, como quieras…

En realidad, no estoy haciendo lo que quiero hacer.

No lo estoy haciendo, y lo estoy haciendo.

Son las dos cosas a la vez. Pero explicar el motivo sería demasiado complicado, y no me siento capaz.

–Sí, será lo mejor –digo mientras me pongo el vestido–. Ha sido divertido, pero… creo que no necesitamos esta complicación.

Renzo me mira de arriba abajo. ¿Se habrá enfadado? ¿Le dará lo mismo? Ni lo sé ni quiero que me importe.

–Hasta mañana –me despido.

Después, salgo rápidamente del salón, subo por la escalera tan deprisa como puedo y, tras entrar en mi habitación, cierro la puerta y me llevo una mano a la garganta.

Me he equivocado al pensar que no pasaría nada, que todo estaría bien. Y lo ha estado; por lo menos, al principio. Mi deseo era tan real como mis gemidos y los latidos que notaba entre mis piernas. Me sentía poderosa, viva. Hasta que él ha cambiado el ritmo, decidido a tomárselo con calma. Entonces, mi deseo ha desaparecido.

Lamentablemente, la puerta no tiene cerrojo que echar, pero tampoco me importa. De todas formas, no voy a dormir en esta habitación.

De repente, estoy como en piloto automático. Adopto mi rutina habitual, consistente en sacar a Albert de la maleta y alcanzar un almohadón de la cama y la camiseta y los pantalones cortos con los que suelo dormir. Siento pánico cuando intento encontrar mi teléfono y no lo consigo, pero tendré que improvisar.

Luego, entro en la habitación de seguridad y echo el cierre de la puerta. Mi corazón se ha desbocado, pero me desnudo rápidamente, intentando no mirarme en el espejo, y me pongo un albornoz. Me gustaría que hubiera una persona para mí en este mundo, alguien que viera quién soy de verdad y, aun así, quisiera abrazarme.

Durante unos segundos, he pensado que esa persona podía ser Renzo; que, con su ayuda, podría romper la parálisis que sufro. Pero no le puedo decir lo que me pasa; no se lo puedo decir a nadie. ¿Qué sentido tendría? Además, Renzo podría estar con cualquier mujer del mundo. ¿Por qué querría estar con una como yo?

Duermo poco y mal, incluso para mí; me despierto varias veces a lo largo de la noche, y me levanto hacia las diez de la mañana. Cuando abro la puerta, el dormitorio sigue vacío, y yo hago lo que

suelo hacer en estas situaciones: apartar el edredón y golpear los almohadones para que parezca que he dormido en la cama.

Más tarde, bajo y saludo a Paola, con quien me cruzo.

–*Buongiorno*.

–*Buongiorno*, signorina Wade. Le puedo llevar un café y un *cornetto* a la terraza. El *signor* Valetti me ha pedido que le diga que la verá a la hora de comer.

Yo me siento aliviada y rechazada a la vez, lo cual es increíblemente absurdo, teniendo en cuenta que fui yo quien lo rechazó anoche.

El desayuno me devuelve parte de las energías, y pregunto a Paola si ha visto mi teléfono por alguna parte. La mujer dice que no, pero yo no me siento capaz de ponerme a buscarlo, porque implicaría volver al salón y revivir mentalmente lo sucedido ayer. Además, ¿qué haría con el móvil? Ponerme a mirar noticias sobre los Wade; noticias que siempre son negativas.

En lugar de eso, salgo al jardín y paseo por sus senderos, que me recuerdan a los jardines de mi abuela. Al cabo de un buen rato, descubro un árbol de ramas gigantescas, un lugar perfecto para esconderse del mundo o, más concretamente, de Renzo.

Me encaramo a la rama más baja y me pregunto qué habría sido de mi vida si hubiera seguido viviendo con mi abuela. ¿Habría terminado la secundaria? ¿Habría ido a la universidad? ¿Habría tenido relaciones normales si no hubiera conocido el miedo y las dudas que hacen que me aparte de la gente?

–¿Hennessy?

La voz que oigo es la de Renzo, que ha regresado antes de lo que pensaba.

–¿Qué estás haciendo?

–Nada. Quería saber si aún puedo subirme a un árbol.

–Pues ya has descubierto que sí. Quizá deberías bajarte.

Renzo lo dice con un tono extraño, y no sé si es de irritación o de preocupación. Seguramente, de lo segundo, porque debe de estar harto de tener que estar todo el día arreglando los desastres de los Wade.

–He pensado que podríamos ir a comer a alguna parte. Hay un restaurante en Praiano que me gusta mucho –dice él–. Solo está a cinco minutos en coche.

–¿Quieres que vayamos a un restaurante? –le pregunto sorprendida–. Pensaba que no querías que nos vieran… ¿No es ese el motivo de que estemos aquí?

–No exactamente. Te he traído aquí para que pudieras descansar un poco y alejarte de la gente, pero sin intención alguna de escondernos. Quizá te pareciera que me enfadé contigo en Milán, pero no es cierto. Estaba enfadado por ti, que es distinto. La fiesta ha sido un éxito, y no quería que dudaras de ti por una estúpida foto de tus padres.

En ese momento, Renzo se lleva una mano al bolsillo, saca mi teléfono y me lo ofrece.

–Toma. No quería que te torturaras con él. Obviamente, la foto en cuestión no ha desaparecido de todos los medios, pero ahora están más preocupados por el huracán que está azotando Florida, así que el tema de tus padres ha pasado a segundo plano –me explica–. Venga, vamos a comer algo y a celebrar nuestro éxito. Es un restaurante encantador, y la comida que sirven está realmente buena.

La Cantina Caterina es un establecimiento pequeño; tan pequeño que casi parece el salón de la casa de una persona normal y corriente.

–No te preocupes –dice Renzo mientras nos dirigimos hacia nuestra mesa–. Los clientes son gente de aquí y, si no te has criado en Praiano, ni siquiera se fijan en ti. Además, estoy seguro de que la mayoría ni siquiera tiene móviles.

Yo estoy segura de que lo que ha dicho es cierto, pero es obvio que él no es una persona irrelevante en la localidad. Las dos camareras lo saludan con una gran sonrisa, y varios clientes se levantan y hacen lo mismo. Sin embargo, todos lo dejan en paz cuando nos sentamos y se vuelven a concentrar en su comida.

Algo perfectamente comprensible, como pienso después, tras haber disfrutado de la *ricotta* más deliciosa que he probado en mi vida.

–¿Le ha gustado la comida, *signor* Valetti? –pregunta una de las camareras mientras nos retira los platos.

–Muchísimo. Gracias, Mónica.

La camarera se marcha entonces, y yo pregunto:

–¿Sabes cómo se llama? Vaya, se nota que vienes a menudo y que dejas buenas propinas… ¿o hay otra razón para que sea tan amable contigo? Porque yo soy famosa, pero solo tiene ojos para ti.

–¿Y eso te molesta? –dice mirándome con intensidad.

–No –respondo al instante, con demasiada rapidez–. Solo me sorprende. No estoy acostumbrada a que otras personas me eclipsen.

–No te preocupes por eso. Tu estrella brilla tanto que iluminaría toda Italia. Pero la razón por la que las camareras me tratan tan bien no tiene nada que ver con lo que has dicho… es que soy el dueño del restaurante.

Su confesión no me sorprende demasiado. Me echo hacia atrás, me recuesto en la silla y sacudo la cabeza.

–Así que el restaurante es tuyo… y vienes aquí en tu helicóptero y te alojas en tu propiedad, que solo es una de las muchas que tienes. ¿Alguna vez pones tu vida en manos de otras personas? –le pregunto.

–No, aunque hay una mujer que… –empieza a decir–. Cuando estoy con ella, estoy más que encantado de arrodillarme.

Los dos nos miramos en silencio durante lo que parece un siglo, hasta que Mónica vuelve con el plato principal: calamares en su tinta. Y, cuando acabamos con ellos, nos sirven una *cremosa al cioccolato* que está increíblemente buena.

–¿Cómo es posible que este sitio no sea más famoso?

Renzo se encoge de hombros.

–El cocinero, Emanuele, no es de los que buscan trofeos. Le gusta cocinar para gente que sabe apreciar la comida, no para críticos de gastronomía.

–Pues es una suerte que vuestros caminos se cruzaran.

–La suerte no tuvo nada que ver.

–¿Y eso?

–Estudiamos en el mismo colegio. Su madre era amiga de la mía, y nuestros padres jugaban juntos a los bolos.

Yo lo miro con más intensidad, y él me pregunta:

–¿Por qué me miras así?

La respuesta es muy fácil. Lo miro así porque estoy viendo facetas de él que desconocía por completo. Cuando yo era más joven, Renzo solo era el desdeñoso hermano mayor de Antony, el hombre del que me había encaprichado. Luego, cuando expulsaron a Antony, se empezó a comportar conmigo como si fuera juez y verdugo al mismo tiempo. Y nuestra experiencia posterior fue la de Las Vegas.

Hasta ahora, todo lo que me ha mostrado es extremado, casi mítico. Y, de repente, descubro que hasta él ha tenido una vida normal, lo cual me fascina.

En lugar de contestar a su pregunta, digo:

–¿Por eso compraste el restaurante? ¿Porque te criaste aquí? Antony no había mencionado nada sobre Italia.

–Porque él no estuvo viviendo aquí. Ten en cuenta que nos mudamos a Nueva York cuando yo tenía seis años.

–¿Por qué os mudasteis?

–Mis padres querían una vida mejor y, cuando un familiar ofreció un trabajo a mi padre en su panadería de Nueva Jersey, decidieron probar suerte.

Yo me llevo una cucharada de chocolate a la boca y lo saboreo antes de hablar otra vez.

–¿Echabas de menos Italia?

–Desde luego que sí. No teníamos mucho dinero, pero toda la gente se conoce en este lugar, y siempre sabes que les importas. Los Estados Unidos son muy diferentes. Me costó acostumbrarme.

–Pues hiciste un gran trabajo…

–Al final –puntualiza él.

La respuesta de Renzo ha sido tan críptica que ardo en deseos de interesarme al respecto; pero, antes de que le pueda preguntar, inclina la cabeza de un modo sutil, y una de las camareras se planta inmediatamente a su lado.

–Un *espresso* doble, por favor –dice–. Y otra *cremosa.*

Yo protesto al instante, pero él hace caso omiso.

–Oh, vamos, date el gusto. Es la primera vez que te veo comer bien –insiste.

–Sí, bueno… comer siempre es un desafío para mí –le confieso al cabo de unos segundos–. Te parecerá una locura, pero me costó acostumbrarme a comer sin tomar alcohol.

–Lo comprendo perfectamente. Comer fuera es una actividad social, y la gente suele tomar alcohol mientras come.

–Ya, pero era peor en los establecimientos a los que yo iba. Allí no se tomaba vino o cerveza… servían cosas como *Bloody Marys*, y seguir sobria no era tan fácil. Además, mis acompañantes no solían ser tan atentos como tú.

–¿A qué te refieres?

–A que es evidente que no estás tomando vino por mi culpa.

–No quiero que sientas la tentación de beber –admite él.

–Pues te lo agradezco mucho, aunque debe de ser muy aburrido para ti. Para una vez que no estás trabajando, ni siquiera te puedes tomar una copa y relajarte un rato. Porque sabes relajarte, ¿verdad? –pregunto con sorna.

Él sonríe.

–Por supuesto que sí. Pero nunca me aburro cuando estoy contigo, Hennessy.

–¿Y eso es bueno? Creía que te gustan las cosas aburridas.

–Tratándose de coches y trajes, sí. Pero me encanta que me estimulen.

Renzo clava la vista en mis labios y los admira durante unos segundos.

Cuando terminamos de comer, volvemos al coche y guardamos silencio durante el trayecto. Renzo está concentrado en la conducción, y yo miro el mar. No me extraña que tantos marinos se hayan enamorado del Tirreno; pero, a pesar de lo asombrosamente bello que es, me sorprendo admirando con frecuencia el perfil de mi acompañante.

En determinado momento, me giro hacia él y le pregunto:

–¿Por qué no te metiste en el negocio de tu familia, en la panadería? Sé que es mucho preguntar, pero te imagino perfectamente amasando pan. A fin de cuentas, se parece un poco a lo que haces… dar forma a las cosas.

–Porque cerró –responde él–. El familiar de mi padre se jubiló, y mi padre murió poco después, seis meses antes que mi madre.

–Lo siento mucho. Debió de ser terrible para ti. ¿Cuántos años tenías?

–Once. Y Antony solo tenía dos, así que acabamos en casas de acogida. Estuvimos en ocho diferentes y, cuando yo me pude marchar, él siguió tres años más con otra familia, hasta que cumplí diecinueve y me pude convertir en su tutor.

–Pensaba que habías ido a la universidad.

–Y pensabas bien, pero fui mucho después. Antes de estudiar, estuve trabajando en todo tipo de cosas. Quería que Antony fuera a un buen colegio, ¿sabes? De hecho, si lo acabé llevando a un internado fue precisamente para tener más tiempo y poder ir a la universidad. Ahora sé que no debería haberlo llevado a ese sitio, pero era la única forma de estudiar una carrera.

Yo lo vuelvo a mirar, arrepentida.

–Siento haber dicho lo que dije sobre ti. Estaba equivocada contigo.

–Bueno, yo también he dicho cosas injustas. Y también me arrepiento de ellas.

–Sí, pero las sueles decir después de que yo te provoque.

Él suelta una carcajada.

–Eso es verdad –dice.

Durante unos momentos, no hago otra cosa que mirar sus manos, cerradas sobre el volante. Las imagino sobre mi cuerpo, e imagino el devastador efecto que tienen en él. Quiero volver a sentirlas, pero no es tan sencillo. Ya lo he intentado antes, con mis novios anteriores, y no sirvió de nada. No quiero que me pase lo mismo con Renzo. Prefiero quedarme con el sublime recuerdo de nuestra primera noche de amor, sin arriesgarme a estropearlo.

–Gracias por haberme sacado de tu casa. Tenías razón. Si me hubiera quedado allí, me habría estado preocupando sin motivo.

Necesitaba distraerme un poco.

–Ten cuidado con lo que dices, Hennessy. Eso ha sonado a cumplido.

–Porque lo es –le confieso yo–. Eres muy amable conmigo. Cuidas de mí, aunque sé que me odias.

–Yo no te odio.

–Vale, no me odias, pero tampoco te caigo bien.

–Claro que me caes bien.

–Pues me alegro, porque tú también me agradas.

Los dos nos sumimos nuevamente en el silencio y, tras unos instantes, me giro hacia el mar y veo la puesta de sol más increíblemente romántica que he visto jamás.

–Vaya, mira eso…

Renzo se gira para mirar, y en ese momento ocurre lo imprevisto: un coche que viene en dirección contraria adelanta a un motorista que circula muy despacio y se planta en nuestro carril. Durante unos momentos, parece que no hay escapatoria, que estamos condenados a chocar. Yo llego a ver la cara del conductor del otro vehículo; es un joven, tan muerto de miedo como yo.

Justo entonces, Renzo pega un volantazo y sale al arcén, evitando el accidente. Nuestro coche se estremece, y yo siento la presión del cinturón de seguridad; pero no es el cinturón de seguridad lo que me oprime, sino un brazo de Renzo, que se ha cerrado sobre mis hombros, intentando protegerme.

–Lo siento –digo.

–¿Qué es lo que sientes? El conductor soy yo.

–Ya, pero te he distraído.

Él aparta el brazo al instante, y yo añoro de inmediato su calor.

–Tienes que dejar de hacer eso, de culparte por lo que hacen los demás –me dice–. ¿Te encuentras bien?

Aún no me he recuperado del susto, pero miento de todas formas.

–Sí, claro.

El resto del viaje transcurre sin incidentes. Cuando llegamos a la casa, saludamos a Paola y yo subo inmediatamente a mi habitación. Las piernas casi no me sostienen; en parte, por lo sucedido en la carretera y, en parte, por lo agradable que ha sido la comida, por las

cosas que me ha contado, por el simple hecho de que haya dicho que le caigo bien.

Al cabo de unos minutos, Renzo llama a la puerta y entra en la habitación. Lleva una bandeja, que deja en la mesa.

–Le he dicho a Paola que hemos estado a punto de sufrir un accidente, y ha pensado que necesitabas una infusión.

–Gracias.

–¿Seguro que estás bien? –pregunta, poniéndome una mano en el brazo.

–Sí, seguro.

Él asiente y da media vuelta, pero se vuelve a girar hacia mí, como si se hubiera acordado de algo que me quería decir.

–Espero no haberte asustado…

–No, en absoluto. Ha sido un momento terrible, pero has reaccionado muy bien.

–No me refiero a lo de la carretera.

–Entonces, ¿a qué te refieres?

–A lo que pasó anoche, en el sofá.

–Ah… –digo yo, sorprendida.

–No sé, me dio la impresión de que te habías asustado, por algún motivo.

Yo sacudo la cabeza, y mis piernas tiemblan tanto ahora que no tengo más remedio que sentarme.

–No fue culpa tuya. No fuiste tú lo que me asustó.

Renzo

Me duele verla sentarse así, como una marioneta a la que hubieran cortado los hilos. Parece súbitamente agotada, y supongo que durmió poco la noche anterior.

Yo tampoco dormí demasiado. Me levanté, salí al jardín y estuve mirando las ventanas de su habitación, reviviendo el momento del sofá, cuando su cuerpo se puso tenso bajo mi lengua. Intenté detenerme, alejarme de ella; pero Hennessy no me lo permitió, y yo seguí adelante de todas formas.

Ahora, solo puedo pensar en el momento en que abandonó la estancia, huyendo de mí como el testigo de un crimen. Tendría que haber ido tras ella, pero me abstuve porque me sentía como un depredador, y tenía miedo de que huyera y cometiera alguna estupidez por mi culpa.

Hice mal. La podría haber detenido con suma facilidad. La podría haber interrogado. No habría sido la primera vez que me pusiera mi peluca y mi toga metafóricas y la sometiera a un juicio propio de la Inquisición, porque Hennessy representa la falta de control que estuvo a punto de separarnos a mi hermano y a mí tras la muerte de nuestros padres. Representa la sensación de impotencia, las familias de acogida y, sobre todo, estar solo y sin dinero.

Necesito tener el control de las cosas, pero ella me saca de quicio y me desnuda con una simple mirada. Y lo único que quiero yo es desnudarla también. Eso es lo único que me importa. Lo demás es ruido de fondo, solo eso.

Por eso sentía antes la necesidad de refrenarla, de contenerla de algún modo; pero, ahora, creo que aquello se parecía más a clavar una mariposa con un alfiler.

La miro de nuevo. Parece aturdida, de modo que hago lo que tendría que haber hecho la noche anterior: acercarme a la cama, arrodillarme ante ella y quedarme tan cerca como para poder tocarla, pero sin llegar a rozarla.

–¿Quién te hizo daño, Hennessy? Porque es obvio que alguien te lo ha hecho.

Me estoy internando en un terreno resbaladizo. Tiene un aspecto tan frágil que me asusta la posibilidad de que se rompa en mil pedazos.

–Nadie me hizo daño. Él no me hizo daño. Pero estaba en mi habitación y, cuando me desperté, lo vi allí.

–¿Él? ¿Quién?

–No lo sé.

–¿Cuándo te pasó?

–Cuando tenía nueve años.

Su respuesta me deja sin aliento. ¿Nueve? Esperaba que dijera dieciséis o algo así, y siento una angustia que no había sentido

jamás.

–Charlie me había llevado a una fiesta, pero era muy ruidosa y yo me empecé a quejar, cosa que él detestaba. Me dijo que me acostara, y su novia de entonces, que se llamaba Katie, me llevó a su dormitorio. Yo estaba tan cansada que me quedé dormida al instante.

–¿Y qué pasó, concretamente?

–Lo que te acabo de decir. Me desperté y vi que había un hombre sentado en mi cama. No estaba haciendo nada. Solo me miraba. Hasta que, de repente, me cerró la manta a mi alrededor con tanta fuerza que yo no me podía mover. Quise gritar, pero no pude.

–¿Y no te…?

–No, en absoluto. Katie fue a ver si yo estaba bien y encendió las luces. Se enfadó muchísimo al ver a aquel individuo. Se puso a gritar, y él se marchó –me asegura–. Charlie apareció al cabo de unos instantes y Katie lo empezó a insultar, pero mi padre quitó importancia al asunto. Dijo que probablemente lo había soñado.

–Comprendo.

–No sé por qué, pero a veces me acuerdo de lo que pasó y no me lo puedo sacar de la cabeza.

–Como cuando haces el amor…

–Me temo que sí.

En esta ocasión, guardo silencio. Y Hennessy sigue hablando.

–La primera vez que hice el amor, pensé que había sufrido un ataque de pánico porque era mi primera vez. Pero volvió a pasar, y siguió pasando. Fue entonces cuando empecé a fingir orgasmos.

–¿A fingirlos?

–Sí, siempre fingía. Bueno, menos contigo, en Nueva York –responde, y se ruboriza al instante.

–¿Y en Las Vegas? ¿También fingiste que te gustó ese beso?

Ella sacude la cabeza.

–No, eso tampoco lo fingí. Nunca me había sentido como me sentí contigo. Estaba destrozada tras mi conversación con Jade, pero entonces apareciste tú y lograste que me sintiera a salvo. Sabía que no irías demasiado lejos. Eres como eres. No te pareces nada a los hombres con los que he estado.

–Deberías olvidarte de esas personas, Hennessy. No importan ni ellos ni las personas que publican historias falsas sobre ti ni la gente que lee esas historias después. Son del todo irrelevantes.

Hennessy sonríe con debilidad.

–Claro que lo son. Porque no se han criado en Praiano.

–Porque no te conocen, porque no saben mirar más allá de los titulares de prensa. Pero yo te conozco, y ahora sé lo que te pasó anoche. Te sentiste vulnerable, atrapada, y tu cuerpo reaccionó para protegerte. Hiciste lo correcto… marcharte a tu habitación, buscar un lugar donde estuvieras a salvo.

–Supongo que sí.

–Y por eso dormiste en la habitación de seguridad –afirmo en voz baja.

–¿Cómo lo sabes?

–Fui a ver qué tal estabas, y me di cuenta de que te habías encerrado en ella.

–No lo puedo evitar. Después de lo que pasó con aquel hombre, tenía pesadillas todas las noches y, al final, Charlie convirtió una de las salitas de la casa en una habitación de seguridad –me explica.

–¿Y eso te ayuda?

Ella siente.

–Cambió mi vida para mejor. Por eso compré el piso donde vivo, porque tiene una habitación de seguridad. Bueno, por eso y por Sam, el portero. Antes trabajaba para Charlie.

–¿Y cómo pudiste dormir conmigo, en mi habitación? –le pregunto–. ¿O es que no pegaste ojo?

–No, aquella noche dormí muy bien –me confiesa–. Pero había sido un día ajetreado.

Yo alzo un brazo y le acaricio la cara.

–Cualquier día contigo lo es –observo.

–Pues hoy ha sido un día bastante tranquilo.

Yo frunzo el ceño.

–¿Seguro? Hemos estado a punto de sufrir un accidente de tráfico.

–Ya, pero me lo he pasado muy bien.

–Y yo –le digo, sin saber qué me sorprende más, si su confesión o la mía.

Hablamos un buen rato y, cuando Hennessy empieza a bostezar, nos tumbamos y hablamos un poco más. Hasta que me quedo dormido sin darme cuenta.

Cuando me despierto, han pasado ocho horas y sigo vestido, como es lógico. La cama está vacía, pero oigo la ducha, y me preguntó si Hennessy habrá dormido bien. Me siento culpable por haber sido injusto con ella durante tanto tiempo, y estoy enfadado con Jade y con Charlie por haber tratado tan mal a su hija.

Hennessy reaparece al cabo de unos minutos. Lleva un albornoz igual que el mío, pero a ella le sienta mucho mejor.

–Hola –dice.

–Hola. ¿Qué tal has dormido?

–Bien.

–Se nota.

–¿En qué?

Yo habría querido decir que está preciosa y más *sexy* que nunca, pero me limito a comentar:

–En que pareces descansada.

–Y es verdad. Me siento… no sé lo que siento, pero me gusta.

Por algún motivo, mi pulso se acelera.

–En fin, te dejaré a solas, para que te puedas vestir.

Yo me levanto de la cama con intención de pasar a su lado, pero ella se levanta al mismo tiempo y estamos a punto de chocar. Se queda tan cerca de mí que casi me mareo, y mi turbación aumenta cuando me toma de la mano de repente.

–Hennessy…

Hennessy me suelta entonces, se desabrocha el cinturón del albornoz y se lo quita sin más. Ahora está completamente desnuda.

Capítulo 9

Renzo

Nos miramos en silencio, en otro de esos silencios que siento como si fuera un redoble de tambor. Mi mente se acelera y da vueltas como un perro antes de que lo saquen a pasear. Soy incapaz de pensar.

–¿Qué ocurre? –pregunta ella con voz ronca–. ¿Es que no me deseas?

Yo me río, porque ahora mismo soy poco más que mi deseo. Tengo hambre de Hennessy, y la intensidad de mis propias emociones me deja perplejo.

–Claro que te deseo, pero no me quiero aprovechar de ti.

Lo que quiero es eliminar las arrugas de su ceño fruncido y decirle que los hombres con los que ha estado hasta ahora eran unos incompetentes en la cama. Decirle que el sexo exige confianza, y que puede confiar en mí.

–¿Y si yo quiero aprovecharme de ti?

Hennessy me mira mientras lo pregunta, y no sé qué me embriaga más, si su atrevimiento o su cuerpo desnudo.

–Ya lograste una vez que me dejara llevar –añade entonces–. Lógralo otra vez, por favor. Haz que me entregue.

Yo clavo la vista en sus senos y sus caderas. Su cuerpo es una obra de arte. Pero me limito a acariciarle la mejilla con los nudillos.

–No quiero fingir contigo. Quiero que sea como nuestra primera vez.

–Yo también lo quiero –afirmo yo, excitado.

Ella asiente y yo le acaricio el cabello, la acerco un poco más y la beso. Siempre he necesitado tener el control y, particularmente,

cuando estoy con Hennessy; pero ahora quiero ser su criado, quiero hacer lo que desee, lo que me pida. Quiero entregarle el control.

–Dime lo que te gusta –le ruego–. Y si no te sientes capaz de decírmelo, muéstramelo y seguiremos a partir de ahí.

En respuesta, Hennessy me quita la camisa y me pasa las manos por el estómago y el pecho. Yo le paso la lengua por el labio superior, y luego nos besamos con suavidad, como degustando un vino exquisito. Pero, momentos más tarde, me desabrocha los pantalones y deja que caigan al suelo. Tras un breve forcejeo, yo me los quito de encima.

–Se nota que me deseas –dice ella.

Yo bajo la mirada y muevo la cabeza en gesto afirmativo al ver mi erección contra la tela de los calzoncillos. Después, me vuelvo a acercar a ella y la beso de nuevo, pero ella se estremece entonces.

–¿Estás bien?

–Sí, será por el frío… O porque estoy nerviosa.

–Solo nos estamos besando. Y si no quieres que nos besemos, no nos besaremos. Seguro que se nos ocurre otra cosa. Además, puedes cambiar de opinión en cualquier momento.

–No he cambiado de opinión. ¿Y tú?

Yo sacudo la cabeza.

–Por supuesto que no.

Hennessy se arrodilla un instante después, me quita los calzoncillos y empieza a lamer mi sexo una y otra vez. El roce de su lengua y los sonidos que hace me vuelven loco. Es algo increíble, y suelto un gruñido cuando Hennessy se aparta, se incorpora y me besa de nuevo.

–¿Podemos probar algo nuevo? –pregunto contra su boca–. Dímelo. Muéstramelo. Quiero saber lo que te gusta, lo que deseas. Quiero saberlo todo de ti.

Tras mi declaración, Hennessy apoya las manos en el tocador y separa las piernas. Yo me arrodillo y beso la cara interior de sus muslos. Ella me pone las manos en la cabeza; pero está un poco tensa, así que espero a que se relaje lo suficiente antes de lamerla.

Su respiración se acelera enseguida, y su cuerpo empieza a temblar, a vibrar. He cerrado las manos sobre sus nalgas y, tras

levantárselas levemente, le separo más las piernas y me concentro en su clítoris.

Hennessy se arquea contra mí y me deja hacer durante unos instantes, hasta que me obliga a incorporarme. Después, nos besamos nuevamente y, a continuación, ella me lleva a la cama.

Cuando nos tumbamos, la acaricio entre los muslos y me aprieto contra su cuerpo, de tal modo que mi erección queda atrapada entre su estómago y el mío. Pero me aparto enseguida, porque no quiero que se asuste, como la última vez.

Hennessy

Veo la tensión en su rostro. Veo su concentración. Y me entran ganas de llorar, porque me está tratando con suma delicadeza.

Seguro que notó mi tensión la última vez que empezamos a hacer el amor y, como no quiere que pase lo mismo, me trata con cuidado. Sin embargo, eso no impide que las sombras me empiecen a parecer amenazadoras, que mi cabeza se empiece a llenar de ruidosas interferencias.

–Te estoy perdiendo –dice él.

Su voz atraviesa el ruido de mi mente, y yo clavo la vista en sus ojos, que se han oscurecido. Luego, Renzo me besa en los labios y se tumba de espaldas, arrastrándome con él para me quede encima, a horcajadas.

–Estoy contigo. Estás a salvo –me asegura–. Y no me voy a ir.

Mi pánico se debilita un poco.

–No sé si voy a poder…

–Bueno, no estamos obligados a hacerlo ahora mismo. Nos lo podemos tomar con calma.

Renzo me pellizca los pezones con dulzura, y a mí se me escapa un suspiro entrecortado que se convierte en gemido de placer cuando me acaricia los senos. Yo siento una especie de cosquilleo, de chispas en mi interior, y quiero que siga tocándome. Necesito más, mucho más. De repente, soy una pulsión de necesidad pura.

Hasta bajo las caderas para poder sentir su duro miembro dentro de mí.

Al notarlo en mi interior, suelto un ronco y hambriento sonido, y sus pupilas se dilatan al instante. Me mira como si estuviera hipnotizado.

–¿Quieres que pare? –me pregunta.

–Oh, no. No, por favor –respondo.

El contacto de su sexo es lo único que deseo. Ansío su calor, su dureza.

–Hennessy…

Como me he echado hacia delante, mis pezones están rozando su pecho. Pero eso no suficiente, de modo que me aparto lo justo para que Renzo tenga el espacio necesario, para que haga lo que yo quiero que haga: llevar las manos a mis pechos y succionarme los pezones, cosa que desde luego hace.

En pocos segundos, estoy temblando entera. Y su sexo se ha puesto tan grande y duro que me siento inmensamente poderosa.

Me estremezco contra él con espasmos tan intensos como involuntarios, porque he perdido el control de mi cuerpo. El calor aumenta, derritiéndome por dentro, logrando que me sienta como si mis huesos se estuvieran licuando; y, mientras eso sucede, Renzo se aferra a mí como si fuera un tesoro, moviéndose sin parar, sumándose a mis propios movimientos.

En determinado momento, arqueo la espalda, y todo queda fuera de mi visión y de mi entendimiento; todo menos él. El placer es tan devastador que no puedo respirar durante un par de segundos. No puedo hacer otra cosa que dejarme arrastrar por sus ondas sísmicas. Es como el estallido de una supernova, asombrosamente brillante. Es demasiado y, al mismo tiempo, no lo es.

Solo entonces, Renzo cierra una mano sobre mi pelo y se deja llevar hasta alcanzar su clímax. Yo espero un momento y, acto seguido, me abrazo a él. Su cálido y acelerado aliento golpea mi piel como si fuera un oleaje. Quizá sea esa la razón de que me sienta como si me hubiera ahogado.

Y él debe de sentir algo parecido, porque me agarra como si yo fuera lo único que lo mantiene a flote.

–¿Estás llorando? –pregunta súbitamente él.

Yo tardo en responder. Estoy perdida en su mirada, en su forma de agarrarme las muñecas, como si no quisiera soltarme nunca más. Pero soy incapaz de hablar, y no puedo hacer otra cosa que asentir.

Es verdad. Estoy llorando.

Estoy llorando porque ahora sé que lo que pasó en Nueva York no fue una excepción, un milagro de una sola noche. Ahora sé que puedo disipar las sombras y apagar el ruido de mi cabeza. Ahora sé que no estoy rota.

–Estás llorando –afirma él.

–Lo siento… No es que esté triste. Es que no sabía, no imaginaba…

–Lo sé.

Renzo me besa los ojos, las mejillas y el cuello. Yo me aprieto contra él porque no quiero que este momento termine.

–¿Estás bien? –me pregunta.

–Mejor que nunca.

–Desde luego que lo estás –dice, y me acaricia la cara.

Yo me apoyo en su hombro, entre risas, y él suelta una carcajada y me vuelve a besar. No sé qué es más perfecto, si el eco de mi orgasmo o la risa de Renzo; solo sé que jamás he sido tan feliz. Además, hay algo nuevo en su tono de voz. Parece más relajado y joven que de costumbre; aunque, a decir verdad, es un hombre muy joven. Si parece mayor es por su actitud, porque se comporta como el adulto que mis padres nunca supieron ser.

–Necesito una ducha. ¿Vienes conmigo? –dice con suavidad–. Pero si prefieres desayunar o que nos quedemos en la cama…

–¿Tenemos que elegir? –pregunto yo–. Te propongo que nos duchemos juntos, que desayunemos después y que luego me enseñes… lo que te gusta a ti.

–Trato hecho.

Cuando terminamos de ducharnos, rompemos el acuerdo al que habíamos llegado y volvemos a hacer el amor. De hecho, casi son las doce cuando bajamos por fin a desayunar.

Tras saciar nuestro apetito, damos un paseo por la zona de la piscina; o, más bien, yo doy un paseo, porque Renzo se zambulle al

instante y se pone a hacer largos hasta que me uno a él. Y, por supuesto, aquello acaba de tal forma que, al cabo de un rato, no tenemos más remedio que regresar al dormitorio.

Aún nos estamos intentando recuperar de la nueva sesión de amor cuando digo:

–Me parece que nos hemos perdido la comida. ¿Crees que a Paola le importará?

Renzo me acaricia la cadera, y yo me empiezo a excitar otra vez.

–Lo dudo. Más que nada, porque la habremos dejado completamente desconcertada –responde él con humor.

–¿Desconcertada? ¿Por qué?

–Porque seguro que es la primera vez que me pierdo una comida –dice frunciendo el ceño–. Mi vida es bastante rutinaria. Ya sabes, aburrida.

Renzo arquea las cejas, y yo rompo a reír. No sabía que pudiera ser tan encantador.

–¿Aburrida? Me temo que estoy en desacuerdo contigo –digo yo–. La mayoría de la gente cree que el pulpo solo es una criatura marina, pero tú sabes que también es una posición del Kama Sutra.

Renzo me aparta el pelo del cuerpo y cierra una mano sobre uno de mis senos.

–Te ha gustado, ¿eh?

–Desde luego que sí.

Luego, él me pinza el pezón con suavidad, y yo me excito un poco más.

–Pero creo que deberíamos practicarla con frecuencia –sigo diciendo–. Para que nos salga mejor.

Y, naturalmente, nos ponemos a practicarla de inmediato. Y luego, por fin, comemos; aunque, por la hora que es, casi es una cena.

Cuando miramos nuestros teléfonos, descubrimos que nadie ha enviado nada sobre Charlie o Jade. Yo echo un vistazo a los periódicos, pero no hay ninguna noticia nueva; de hecho, y gracias a unos famosos que han divorciado de mala manera, el asunto ha pasado a páginas interiores.

–¿Algo de lo que informar?

La voz de Renzo me devuelve a presente, y lo miro a los ojos. Que yo le importe es la mejor droga del mundo. Me encanta que cuide de mí.

–No, solo tengo un mensaje de Carrie –respondo–. ¿Y tú?

–Un mensaje de voz de Noah Barker.

–¿El magnate australiano de los medios de comunicación?

–Sí.

–¿Y qué quiere?

–Al parecer, está dispuesto a hablar sobre la venta de su negocio. Quiere que nos reunamos para hablar de ello.

–Es el dueño de la LNC, ¿no?

Renzo asiente.

–Ha sugerido que nos veamos en Escocia, porque está participando en un torneo de golf. Toda una casualidad, porque acabo de comprarme un castillo en la zona donde se encuentra.

–¿Y puedes quedar con él?

–Sí, claro, aunque tendré que hablar con Gerry para que retrase un par de reuniones. ¿Qué te parece?

–Que tu forma de dirigir los negocios es extremadamente *sexy*.

–Ya, pero ¿te gusta la idea de viajar a Escocia? Podemos pasar por ahí en lugar de viajar directamente a Nueva York. Si Barker cierra sus tratos con tanta rapidez como dice las cosas por teléfono, será un encuentro tan corto como agradable, y tendré tiempo de sobra para enseñarte mi propiedad.

Yo me quedo asombrada con la invitación.

–No me gustaría estar en medio…

Él me dedica una sonrisa.

–¿Cómo podrías estar en medio? Es un castillo. Además, tu opinión me interesa.

Yo aparto la vista. Durante mucho tiempo, me he sentido como si no me hubiera ganado mi lugar en el mundo, pero las cosas han cambiado. Y por estúpido que sea, me gustaría que mi abuela fuera testigo de mi éxito. Y que hasta el propio Charlie lo fuera.

–No te preocupes –dice él, tomándome de la mano–. Ya tienes bastantes preocupaciones con tu padre.

–Vaya, esa es una de las cosas que siempre me repite… que no me preocupe. Y cuando no me dice eso, me recomienda que me haga la tonta o que no mire atrás. Puede que por eso se haya olvidado de mí… porque nunca mira atrás.

Yo intento sonreír; pero, por la cara de Renzo, es obvio que mi sonrisa no ha sido muy creíble.

–¿Quieres que te de una buena noticia? JVHM ha firmado el acuerdo. Por lo visto, *monsieur* Pinault se quedó impresionado con nosotros o, para ser más exactos, contigo.

Yo ni siquiera intento ocultar mi satisfacción.

–Es un hombre muy agradable –digo.

–Y un gran negociador –dice él–. Como tú, por cierto.

Luego, da un golpecito a mi teléfono móvil y pregunta:

–¿Sabrás controlar tus necesidades telefónicas a partir de ahora?

–Me temo que no. Seguro que sigo mirando lo que no debo.

Renzo vuelve a sonreír, me quita el teléfono y lo guarda en el cajón de la mesita de noche, junto a la cama.

–Bueno, ¿qué quería Carrie?

–Yo me encojo de hombros, recordando su mensaje.

–Nada importante. Solo me quería recordar que estoy a punto de llevar tres años sin beber una gota del alcohol.

–¡Tres años! Eso no es solo importante, sino también increíble. Pero qué digo… la increíble eres tú. Eres alucinante. –Renzo me mira como si estuviera hechizado–. ¿Y qué pasará? ¿Te darán otra insignia?

–Si la quiero, sí.

–¿Es que no la quieres?

–Bueno…

Renzo frunce el ceño, y yo sacudo la cabeza.

–Es algo complicado. Desde que dejé de beber, intento ir día a día, poco a poco. Pero, cada vez que cumplo un año sin beber, me doy cuenta de lo lejos que he llegado.

–Pero es bueno, ¿no?

–Sí, lo es. Y también supone una presión añadida. Siempre tengo miedo de recaer y tirar todo mi esfuerzo por la borda.

–Eso no va a pasar.

–¿Tú crees? No sería la primera vez que me rindo.

–¿Insinúas que ya habías intentado dejar de beber? Antes, quiero decir…

–Efectivamente.

–¿Y cuánto tiempo estuviste sobria?

–No mucho, unos cuantos meses –contesto–. Pero lo hice sola, y era muy duro. O yo era demasiado débil.

–Tú no eres débil, Hennessy. Eres la persona más fuerte que conozco. Ni los problemas más graves pueden contigo, y los hechos lo demuestran. Tu padre, fugado; el FBI, persiguiéndote por ahí y, en mitad de todo eso, tienes el aplomo necesario para codirigir una enorme empresa multinacional.

–Tal vez, pero aún no me he recuperado de mi adicción.

–Pero estás en ello. Y si fracasaste antes, fue porque no tenías apoyo –afirma Renzo–. Ahora es distinto. Tienes a Carrie.

–Sí, eso es verdad.

–Y me tienes a mí –añade lentamente–. Ya no tienes motivos para estar asustada. Estoy contigo, a tu lado.

Durante unos segundos, nos miramos en silencio. Después, él saca su teléfono móvil y pregunta:

–¿Cuándo tienes que recoger tu insignia?

Yo escucho su pregunta perfectamente, pero no contesto porque acabo de caer en la cuenta de algo increíble, de algo crucial, de algo que me deja sin habla. Ni siquiera sé cómo es posible que no lo haya sabido hasta ahora. ¿Será porque brilla tanto que me ciega?

Me he enamorado de él. Estoy enamorada de Renzo.

Me he sentido sola toda mi vida, atrapada en una caótica realidad de presiones constantes y ataques de pánico. Pero, en mitad de su tormenta, apareció él. Y se ha quedado conmigo hasta que el cielo se ha despejado.

De repente, soy tan feliz que quiero confesarle lo que siento, gritárselo desde los tejados, susurrárselo al oído. Sin embargo, no quiero apresurar las cosas. No quiero ir demasiado deprisa. Y decido esperar hasta que estemos en Escocia.

–Carrie ha sugerido que vaya el viernes, es decir, dentro de una semana a partir de hoy.

Él apunta la fecha en su móvil y se lo guarda.

–Pues no se hable más. Iremos a Escocia y, a continuación, regresaremos a Nueva York y la recogeremos.

–¿Lo has apuntado en tu diario? ¿Insinúas que vas a ir a la reunión conmigo?

–Salvo que no quieras que vaya.

–No, claro que quiero. Me encantaría. Pero no me gustaría que te sientas obligado.

–No me siento obligado, Hennessy. Iré porque te quiero acompañar. Al fin y al cabo, dirigimos juntos la empresa, y tu bienestar es muy importante para mí.

Renzo

Esa no es la única razón por la que quiero estar con ella cuando vaya a recoger la insignia. Ha trabajado mucho esta semana, y es obvio que el trabajo le importa de verdad. Le importan los empleados, le importa el negocio y hasta le importa Charlie, quién saber por qué. Será su padre, pero no merece serlo.

Cada vez que imagino la noche en Hennessy se despertó en su cama y vio a un desconocido en su habitación, siento el irrefrenable deseo de estrangular a Charlie. No me extraña que ella perdiera el rumbo. Sin embargo, ahora está conmigo, y yo la puedo cuidar. Es lo que yo hago. Además, Hennessy necesita un poco de afecto en su vida.

¿Afecto? Al pensarlo, me pongo en tensión. No, lo que necesita es que la quieran, y yo no la puedo querer. Creo que mi experiencia con las casas de acogida congeló mi corazón hasta tal punto que soy incapaz de amar. No estoy hecho para el riesgo que supone el amor. Y, por otro lado, no sé nada de relaciones amorosas. La única persona que me ha importado es Antony; y, a pesar de ello, lo metí en un internado para que tuviera un poco de estabilidad.

Sin embargo, la puedo tratar con respeto y consideración, y puedo conseguir que sonría. Pero que sonría de verdad, no como sonríe a las cámaras.

Me aseguraré de que tenga todo el apoyo que necesite y, entre tanto, disfrutaremos de nuestra libertad unos cuantos días más, bien lejos de los focos y la prensa. Escocia es un lugar perfecto para eso. Y cuando volvamos a Nueva York, seré el flamante propietario de una red estadounidense de medios de comunicación.

Decidido, llamo a Barker y acepto su invitación.

–Me ha propuesto que juguemos al golf, pero yo soy más de *hockey* sobre hielo –informo a Hennessy cuando corto la comunicación–. ¿Quieres que te ponga más crema solar?

Hennessy está echada en una tumbona. Su piel ya tiene un suave y uniforme tono dorado, pero la crema no le vendrá mal y, además, ardo en deseos de acariciar su cuerpo.

–¿Juegas al *hockey*? –me pregunta–. Eres un hombre lleno de secretos. Empiezo a estar preocupada contigo, la verdad. No me sorprendería que uno de estos días me confieses que coleccionas platos conmemorativos o espadas de samurái.

–No, me temo que no.

–Pues es un alivio –dice, pasándome una mano por el pecho–. No sé mucho de *hockey* sobre hielo, pero me gustan los hombres sudorosos y con pieles sobre los hombros.

–No sé qué crees que pasa en un partido de *hockey*, pero te aseguro que los jugadores no llevan pieles.

–Pues es una pena.

Justo entonces, un teléfono empieza a sonar en el interior de la casa; y, apenas un minuto después, Paola sale del edificio y corre hacia nosotros.

–*Scusi*, *signor* Valetti…

Su actitud nos desconcierta, porque Paola es una mujer muy tranquila, que desde luego no se dedica a ir corriendo por ahí.

–¿Qué pasa? –digo yo, levantándome.

–Siento interrumpirlos, pero ha pasado algo importante. Las autoridades han encontrado al *signor* Wade y lo han arrestado.

Tras nuestro tenso silencio posterior, le doy las gracias por avisarnos. Paola se va y, entonces, yo me giro hacia Hennessy y la abrazo.

–No te preocupes. Todo está bien –digo.

–Supongo que debería alegrarme de que lo hayan encontrado, pero…

–Pero no sabes lo que va a pasar, claro.

En ese momento, suena mi teléfono. Es Gerry, así que respondo, escucho lo que tiene que decir y me despido de ella. Después, hago tres llamadas telefónicas seguidas y, cuando vuelvo al lado de Hennessy, veo que está sentada en la tumbona.

–Lo han detenido en Buenos Aires, y lo han llevado a la comisaría central –la informo–. He hablado con la agente Carson, y me ha dicho que irán a recogerlo cuando tengan todos los documentos necesarios. Por lo visto, puede que tarden un par de días.

–¿Qué tal está Charlie?

–Bien.

–¿Y Jade? ¿Sigue con él?

Yo sacudo la cabeza.

–Mira, sé que esto es difícil, pero intenta no asustarte demasiado. Carson me ha dicho que me llamará cuando tenga alguna noticia nueva. Entre tanto, podemos hablar con los abogados de tu padre.

Hennessy alcanza entonces sus zapatillas y se las pone.

–¿Qué estás haciendo?

–Me voy a vestir –responde ella–. ¿Podemos marcharnos antes de comer?

–¿A dónde?

–A Buenos Aires, por supuesto.

–No podemos ir a Buenos Aires. Sería un verdadero circo.

–Pero si acabas de decir que vamos a hablar con los abogados de mi padre…

–Sí, pero en Nueva York, no en Argentina.

Ella se me queda mirando como si yo fuera un desconocido y, a decir verdad, ni yo mismo me reconozco. Pero ese es el problema. Me he convertido en un hombre distinto, y ha sido por ella. He bajado la guardia. He permitido que Hennessy controle mi existencia.

Mi móvil vuelve a vibrar y, cuando lo miro, me encuentro con un vídeo de Charlie, que aparece esposado entre un montón de reporteros. Puedo sentir la tensión de Hennessy a mi lado, y me

gustaría animarla, consolarla; pero no puedo, porque ni yo soy así ni quiero ser así.

Desde que Hennessy entró aquel día en la sede de Wade and Walters, me he estado intentando convencer de que eso no importa, y he permitido que ella me importe más que nada. Pero la realidad es caos, confusión, consecuencias imposibles de controlar.

–Mira, sé que mi padre es un hombre egoísta e impulsivo que…

–Es un insensato –la interrumpo–. Y está a punto de convertirse en un delincuente.

–Creo recordar que la gente es inocente hasta que se demuestra lo contrario.

–Sabes que es culpable, Hennessy. Él sabe que lo es, y por eso se fugó. Pero nosotros no tenemos la culpa de nada. Y llevamos una semana intentando convencer al mundo de que puede confiar en nosotros. Lo último que necesitamos es que nos asocien a Charlie.

–Pero es mi padre.

–Eso no importa. Ese hombre es una desgracia.

–¿Y si fuera Antony? ¿Qué harías en ese caso?

A mí se me encoge el corazón. La simple idea de que arresten a mi hermano me estremece, pero también es un recordatorio de la diferencia que hay entre la vida de Hennessy y la mía.

–Antony no es Charlie. Yo no soy Charlie, y tampoco lo llegaré a ser. Sé lo que se siente al no tener voz ni dinero. Conozco la impotencia de no poder controlar nada. Yo adoraba a mis padres, y ellos nos adoraban a Antony y a mí; pero no le daban importancia a su salud, y nos quedamos solos porque él hizo caso omiso de los síntomas de un problema cardíaco y ella no se molestó en ir al médico cuando notó que tenía un bulto en el pecho.

Es la primera vez que le cuento eso a otra persona, y me duele mucho.

Súbitamente, me siento dominado por una intensa ira cuya víctima es Hennessy, porque le he dado poder sobre mí, un poder que nunca tendría que haberle dado. Me siento como si me hubiera secuestrado y me hubiera robado la disciplina que necesito para sobrevivir y proteger lo que es mío.

–Yo no me arriesgo nunca, Hennessy. Hago lo necesario por eliminar los riesgos de mi vida, y tu padre es un riesgo. Acepta mi consejo. Mantente alejada de él.

–No quiero tu consejo, sino tu apoyo. De hecho, pensaba que eso era lo que me estabas ofreciendo. Creía que éramos… en fin, que tú y yo…

Ella se gira de repente, pero no antes de que yo vea el dolor en sus ojos.

–Hennessy…

–Descuida, no es culpa tuya. No es como si hubiéramos hablado sobre nuestra relación, sobre lo que hay entre nosotros. No te preocupes por mí. Me vestiré y me marcharé. Y gracias por rescatarme en Milán… bueno, por rescatarme por completo.

–Usa mi avión privado –le digo yo–. Yo buscaré otra forma de viajar.

Ella no dice nada. Se aleja hacia la casa, sin más. Y yo sé que debería detenerla, que debería tomarla del brazo o llamarla a gritos. Sé que podría salir corriendo y alcanzarla enseguida. Pero no hago nada eso. Me quedo donde estoy, inmóvil.

De todas formas, lo nuestro no habría funcionado. No es real.

El tiempo pasa y yo sigo sin moverme, esperando. Hasta que Paola aparece y me informa de que Hennessy se ha ido.

Capítulo 10

Renzo

–¿Le apetece un café, señor Valetti?

Quien lo pregunta es Chrissie, la azafata, pero no me molesto ni en apartar la vista del periódico.

–Ahora no –respondo bruscamente.

La joven se va, y yo sé que ha ido a hablar con Caleb, el otro auxiliar de vuelo; lo sé porque, durante veinticuatro horas, mi personal no ha hecho otra cosa que hablar sobre mi mal humor. Y, cuando lo pienso, me acuerdo de lo que me dijo Hennessy en cierta ocasión:

–Eres un hipócrita, Renzo. ¿No dices que hay que tratar bien a la gente?

Su voz suena en mi mente con tanta claridad que echo un rápido vistazo a mi alrededor, creyendo por un momento que está allí, en el avión.

–¿Va todo bien, señor Valetti?

Chrissie parece nerviosa. Y no me extraña, porque me he portado tan mal con ella que es posible que piense que le voy a arrancar la cabeza.

–Sí, por supuesto. Siento haber sido tan brusco contigo.

–No se preocupe, señor Valetti. ¿Le apetece ese café ahora?

–Sí… bueno, no. ¿Hay té por ahí?

Ella parpadea sorprendida.

–Por supuesto. Iré a ver qué tipo de sabores tenemos.

–Elige el que prefieras. Sorpréndeme.

La azafata asiente con inseguridad y se vuelve a ir. Seguramente piensa que me estoy volviendo loco. Y me siento como si me

estuviera volviendo loco. Tengo todos los síntomas: cambios de comportamiento, súbitos cambios de humor, falta de apetito, insomnio e incapacidad para concentrarme. Y luego está el dolor, un dolor que siento todo el tiempo.

Sé que Hennessy no llegó a usar mi avión. Tomó un taxi y se fue al aeropuerto de Nápoles, lo cual es un alivio, porque no es una ciudad con demasiados famosos, que interese excesivamente a los *paparazzi*. Además, me he enterado de que llegó a Buenos Aires dieciocho horas después y que accedió a la comisaría donde está su padre sin que nadie se fijara en ella.

Por lo visto, los dioses están de su parte. Y también deben de estar de la mía, porque el negocio con Barker sigue adelante y Wade and Walters ha dejado de perder clientes.

Pero, si todo va tan bien, ¿por qué me siento como si me hubieran expulsado del paraíso?

Me recuesto en el sillón e intento terminar el crucigrama que estoy haciendo, pero no lo consigo porque no puedo dejar de pensar en Hennessy. Al final, dejo el periódico en el asiento de al lado y me dedico a mirar el pálido cielo azul.

Me siento como si hubiera tragado hielo. Tengo frío todo el tiempo. Ni el sol de Italia me puede calentar. Es como si tuviera la gripe, y me siento aún peor cuando recuerdo la expresión de Hennessy en la piscina de mi casa. Odio su cara de tristeza. Y, por encima de todo, odio que esté sola.

Porque lo está. Se ha quedado sola otra vez. Se suponía que yo iba a estar a su lado y, en lugar de eso, me he comportado como Charlie. Aparentemente, no somos tan distintos.

Me meto la mano en el bolsillo y saco las insignias de Hennessy, las que le dan en Alcohólicos Anónimos. Yo quería borrar su dolor, su soledad, su miedo, pero eso es lo único que veo cuando recuerdo su cara: dolor, soledad y miedo. Las cosas que yo he puesto ahí.

¿Dónde está ahora?

Saco mi teléfono y busco información por Internet. Por lo que veo, los *paparazzi* la han localizado, lo cual significa que ya no está en Buenos Aires. ¿Habrá llegado ya a Nueva York? No me parece posible que haya llegado tan pronto, pero eso no es lo que me

interesa de verdad. Lo que quiero saber es si se encuentra bien, si está durmiendo lo necesario, ese tipo de cosas.

Luego, aprieto los dientes, me aflojo la corbata y me la quito. Mi mente es un caos de imágenes distintas, y todas son de Hennessy: el día que se presentó ante mí con un vestido de noche, la forma de echarse el pelo hacia atrás mientras comprobaba la lista de invitados a la fiesta, el modo en que se arqueó bajo mi cuerpo la primera vez que hicimos el amor.

–Le he preparado un té de camomila, señor Valetti. Espero que le guste.

–Gracias, Chrissie –digo mirándola a los ojos esta vez.

–De nada. Ah, por cierto, estamos a tres horas del aeropuerto de Saint Andrews, así que aterrizaremos a la hora prevista.

Chrissie sonríe, porque todo mi personal sabe que me gusta cumplir las previsiones. Aprovechar el tiempo aumenta la productividad, y eso aumenta a su vez los beneficios. Pero cumplir las previsiones también demuestra que tengo el control de las cosas, que estoy al mando, porque yo soy el jefe y jamás cedería el mando a nadie.

Con excepción de Hennessy, claro está.

Cuando estábamos en Milán, dejé que la iniciativa fuera suya; y cuando estábamos en Praiano, que tomara el control en la cama. Me rendí a ella, fui su esclavo por voluntad propia, y ahora no puedo pensar, dormir ni comer. Estoy a punto de cerrar un trato que me convertirá en un hombre mucho más poderoso de lo que jamás habría imaginado, pero no me importa.

Lo único que me importa es una rubia con cerebro, de ojos de color violeta y una sonrisa capaz de derretir el hielo polar.

–Ahora que lo dices, ¿podrías hablar con John, Chrissie?

–Por supuesto, señor. ¿Qué quiere que le diga?

–Que hay un cambio de planes… que he cambiado de planes.

Ella me mira como si me hubiera puesto a saltar por todo el avión con una falda escocesa. Pero es completamente lógico, porque es la primera vez que yo cambio de planes, la primera vez que pronuncio esas palabras.

Hasta hace poco, era imposible que yo dijera algo así. Hasta que Hennessy entró en mi vida y en mi corazón.

¿En mi corazón?

No, no, eso no puede ser. Tengo que estar equivocado. Pero no parece que lo esté. Me siento como si me hubiera tocado la lotería, escalado hasta la cima de una montaña o compuesto una sinfonía. Me siento como supongo que se siente la gente cuando está enamorada. Y sé que me he enamorado de Hennessy Wade.

–¿Que ha cambiado de planes? –pregunta la azafata con estupor.

–En efecto. Quiero que cambiemos de rumbo.

–O sea, que ya no quiere ir a Escocia…

Yo sacudo la cabeza.

–No, quiero ir… Necesito volver a Nueva York.

–Como desee, señor. ¿Seguro que se encuentra bien?

Yo estoy a punto de decirle que me encuentro perfectamente; pero entonces me acuerdo de algo que dijo Hennessy una vez, refiriéndose a su época de alcohólica: que admitir las cosas en voz alta es el primer paso para cambiar de verdad.

–No, no lo estoy en absoluto –le confieso–. Pero lo estaré.

Hennessy

El cielo neoyorquino está como magullado, y no tiene el color de una herida reciente, sino esos tonos amarillos, azules y verdes que aparecen un par de días después de haber sufrido la herida. Se parece a mi corazón, que básicamente es una enorme y dolorosa herida.

Desde luego, sé que algún día me dejará de doler y que, si no me deja de doler, el dolor se volverá al menos más soportable. Además, solo han pasado siete días desde que me marché de Praiano.

No todos los aspectos de mi vida son negativos. La cotización de las acciones de Wade and Walters ha subido mucho, y ahora está más alta que antes de que Charlie se diera a la fuga. Y hablando de Charlie, estamos viviendo juntos; aunque no en mi piso, que está rodeado de *paparazzi*, sino en la casa de un conocido de Charlie, lo

cual me inquieta. Pero, si al FBI le parece bien, supongo que no será ilegal.

Las cosas han cambiado desde que viajé a Argentina. Todo salió sorprendentemente bien. Llegué a la comisaría sin que nadie me molestara, y Charlie se alegró mucho al verme, aunque al principio se quedó atónito. Jade ya no estaba con él, pero no me extrañó: la fantasía de vivir con mi padre siempre fue mejor que la realidad.

Tardamos cuarenta y ocho horas en presentar los documentos necesarios ante las autoridades argentinas y volar a Nueva York, a donde llegamos hace cinco, para poder asistir a la vista del tribunal que debía decidir si mi padre podía quedar libre bajo fianza.

Eso fue lo más difícil de todo. Había mucha gente delante del juzgado, y todos gritaban nuestros nombres. Fue como subir al escenario de una banda de *rock*. Sin embargo, los agentes Carson y Merrick se portaron realmente bien: nos abrieron camino para que pudiéramos pasar entre la legión de periodistas y permitieron que me quedara con Charlie hasta que se lo llevaron a la sala del tribunal.

Fue una vista a puerta cerrada; seguramente, porque el juez no quería verse involucrado en aquella locura mediática. Y, contra todo pronóstico, dejó libre a Charlie bajo fianza. A decir verdad, no sé quién la pagó, aunque supongo que sería David.

–*Essie*, ¿sabes dónde he dejado mis zapatillas, las que me dio Giorgio? No las puedo encontrar.

Al oír a mi padre, me giro hacia él. Mi padre, el fugitivo, el protagonista de tantos titulares de prensa. En cierto sentido, sigue siendo el Charlie de siempre, un hombre perezoso, desordenado y divertido; un superviviente que ha sobrevivido a muchas cosas. Pero ha envejecido durante su ausencia.

Es como si hubiera sentido miedo de verdad. Como si quisiera mirar atrás por primera vez en su vida.

Quizá sea esa la razón de que nuestra relación haya cambiado. Sigue sin ser perfecta, pero la hemos reiniciado, por así decirlo; o, más bien, he sido yo quien ha pulsado el botón de reinicio, pero él está encantado con ello. Resulta que me necesita tanto como yo a él, si no más. A fin de cuentas, yo ya no soy una niña. No dependo

de su buen humor ni de su dinero. De hecho, es él quien depende de mi dinero, porque le han congelado sus activos.

Pero eso no es lo único que ha cambiado. Ya no soy la de antes. Soy más fuerte, más segura. Me siento orgullosa de lo que soy. Me gusto a mí misma.

–Las dejaste en el pasillo –respondo–, así que seguirán ahí. Por cierto… si quieres café, la cafetera está llena. Y anoche preparé unas gachas de avena.

Charlie sacude la cabeza.

–Sabes que odio esas cosas. Pero daría lo que fuera por un Bloody Mary, aunque imagino que me quedaré con las ganas.

–Imaginas bien. No hay alcohol en la casa, y ya sabes que no puedes salir del edificio.

–Sí, lo sé, lo sé perfectamente. Pero ¿por qué estás tomando café de repente? Creía que no te gustaba.

Y es verdad. No me gusta. Si lo preparo, es porque el aroma me recuerda a Renzo. Pero, evidentemente, no se lo voy a decir a mi padre.

–Las cosas cambian, igual que la gente. ¿Qué te parece si te preparo un Virgin Mary?

–No, lo prepararé yo. Pero solo si tú también te tomas uno. Odio beber solo.

Charlie saca dos copas del armario y las llena de hielo picado.

–Debo admitir que este sitio está notablemente bien equipado –continúa él–. Aunque es un poco espartano para mi gusto. Valetti es un verdadero canalla.

Yo me quedo helada al oír el apellido de Renzo.

–¿Cómo has dicho? ¿Qué tiene que ver Renzo Valetti con este piso?

–Que es suyo.

–¿Y por qué no me lo habías dicho?

–Porque me pidió que no te lo dijera. E insistió mucho al respecto.

–¿Es que os habéis visto?

Mi padre se encoge de hombros.

–Estuvo en mi vista. Fue él quien pagó la fianza.

Yo no salgo de mi asombro. ¿Por qué demonios haría eso? Solo puede haber un motivo: el que me confesó en cierta ocasión, cuando dijo que yo trabajaba con él y que mi bienestar le interesaba sobremanera.

–¿Te dijo algo?

–Oh, sí. Me dijo que, si se me ocurría la idea de fugarme otra vez, debía recordarme a mí mismo que él es italiano, y que en Italia hay un sitio que se llama Sicilia, donde se toman la venganza muy en serio.

–¿Eso fue todo? ¿No dijo nada más?

Mi padre frunce el ceño.

–¿Qué tenía que decir?

–No, nada –miento yo–. Nada en absoluto.

Tras hablar con mi padre, me ducho y me pongo unos vaqueros, una camiseta, una chaqueta con capucha y un pañuelo alrededor del cuello, para poder ocultar la mitad inferior de mi cara. Cuando mi padre me ve, me pregunta:

–¿A dónde vas?

–A una reunión de Alcohólicos Anónimos.

–Podría ir contigo, de incógnito. –Charlie alcanza una gorra de béisbol y se la pone–. ¿Lo ves? No me reconocería nadie.

–Te recuerdo que no puedes salir de aquí. Además, no tardaré mucho. Quitaré el sonido del teléfono cuando esté en la reunión, pero me puedes enviar mensajes de todas formas.

Momentos después, salgo del edificio, pensando que Renzo prometió que me acompañaría a la reunión. Sin embargo, no espero que se presente. Si se sentía culpable de algo, su sentimiento de culpabilidad habrá desaparecido tras haber pagado la fianza de mi padre y habernos prestado ese piso.

Mi grupo se reúne en una iglesia que está junto a Central Park y, cuando llego allí, intento entrar. Pero no puedo, no soy capaz. Y, al cabo de unos minutos, mando un mensaje a Carrie, le digo lo que me pasa, le pido que recoja mi insignia y la informo de que me voy a tomar un café en el Bezzera.

Cuando entro en el local, descubro que no está tan abarrotado como de costumbre. Por una vez, me puedo sentar junto a la

ventana.

–¿Qué quiere tomar? –me pregunta el camarero.

–Un *espresso*, por favor –contesto dejando el bolso en la silla de al lado.

Por suerte, el hombre ni siquiera me ha mirado a la cara, así que no me habrá reconocido.

–Discúlpeme… ¿puedo sentarme en esa silla?

–Sí, por supuesto.

Yo retiro el bolso y alzo la vista, preguntándome qué tipo de payaso querrá sentarse a mi lado, cuando hay sitio de sobra en el local.

Y entonces lo reconozco. Es Renzo.

–¿Se puede saber qué haces aquí? ¿No tenías que estar en Escocia, con Noah Barker?

–Sí. Pero, cuando estaba en el avión, me di cuenta de que había cometido un error –responde él–. Tenía una reunión mucho más importante que esa. Una reunión contigo.

Yo me quedo perpleja. Al parecer, se ha acordado de la reunión de Alcohólicos Anónimos.

–Pues me temo que te la has perdido, aunque eso carece de importancia. Ya has hecho bastantes cosas por mí, Renzo. Sé que pagaste la fianza de mi padre, y que el piso donde estamos es tuyo. Te lo agradezco mucho, pero no necesito tu caridad.

–No es caridad.

–Está bien, he elegido mal la palabra… No necesito que te sientas responsable. ¿Te parece mejor así? No soy responsabilidad tuya, Renzo. Ni lo soy ni lo quiero ser. Y, ahora, ¿podrías hacerme el favor de marcharte?

–Me temo que no.

–No, claro que no. Típico de ti. Siempre quieres controlarlo todo.

–Ya no controlo nada, Hennessy. No he controlado nada desde que nos besamos en Las Vegas. Y, a decir verdad, tampoco me importa.

Yo me lo quedo mirando, sin saber qué decir. Sus palabras no tienen ni pies ni cabeza. Pero me recuerdo que da igual que tengan sentido o no. Renzo ya no es cosa mía.

Intento alcanzar mi bolso para levantarme, pero él se acerca un poco más y me lo impide. Y, justo entonces, noto dos cosas extrañas: que tiene unas tremendas ojeras y que lleva un ancho abrigo oscuro, aunque hace una tarde bastante buena.

–¿Por qué no dejas que me vaya? –le pregunto.

–Porque no te detuve cuando debería haberte detenido. Pero claro, hay muchas cosas que debería haber hecho y no hice. Tendría que haberte acompañado a Buenos Aires. Tendría que haber estado a tu lado para protegerte de los *paparazzi*. Y, sobre todo, tendría que haberte confesado que estoy fascinado contigo, hechizado. Que estoy enamorado de ti.

Yo sacudo la cabeza, incapaz de creer lo que acabo de oír.

–No, eso no es cierto. Tú no me amas, Renzo. Es imposible. Represento todo lo que odias. Soy caos y confusión.

–Eres un desafío.

–Uno con un pasado a cuestas. Con demasiado equipaje.

–Sí, eso es verdad, odio viajar con demasiado equipaje. Pero adoro el tuyo, porque es tuyo y porque adoro todo lo tuyo.

Renzo

–¿Por qué me mientes? –pregunta Hennessy.

De repente, me empieza a pegar golpes en el pecho, pero el dolor no es nada en comparación con lo que siento por dentro. Me arden los pulmones, y mi corazón late con fuerza, aleteando como un pájaro con un ala rota.

Yo miro su pequeño y tembloroso rostro. Ese día se ha recogido el pelo con una ancha goma y lleva una chaqueta con capucha que oculta sus curvas, pero me parece que nunca ha estado más bella. Ni más inalcanzable para mí, porque le hice daño, porque la aparté de mi vida y la dejé sola.

–No estoy mintiendo. Por lo menos, ahora. Pero mentí en Praiano –le digo–. Tenías razón… soy un hombre lleno de secretos. Y uno de esos secretos es que siempre he tenido miedo, desde muy joven. Había demasiadas cosas que escapaban a mi control y, para

empeorarlo todo, Antony dependía de mí. Pero eso no es nada en comparación con el miedo que sentí cuando te fuiste de mi casa y pensé que te había perdido.

Súbitamente, Hennessy me toma de la mano y mi corazón se detiene durante un segundo. Por primera vez en muchos días, estoy esperanzado; y eso me provoca un tipo nuevo de pánico, porque no sé si soportaría perderla otra vez.

–Tú no me perdiste.

–No, claro que no. Fui yo quien te abandonó. Y sé que cometí un error terrible. Y no he pensado en otra cosa que en volver a estar contigo, en abrazarte, besarte…

–Tú no me perdiste –repite ella–. Tú no me has perdido. No me puedes perder, ¿y sabes por qué? Porque te amo.

Entonces, Hennessy se aprieta contra mí y asalta mi boca.

Nos besamos apasionadamente. Nos acariciamos una y otra vez y nos volvemos a besar de nuevo.

–Lo siento tanto… –susurro contra su pelo–. Para ser un hombre supuestamente inteligente, puedo llegar a ser de lo más estúpido.

–¿Cómo has sabido que estaba aquí?

–Me lo ha dicho Carrie, en la reunión –respondo–. De hecho, me ha pedido que te dé esto y que te diga que está orgullosa de ti.

Yo me meto la mano en el bolsillo, saco su insignia y se la doy.

–¿Has estado en la reunión?

–Y he hablado de ti… he dicho que no solo has cambiado de vida, sino que también has cambiado la mía, y para mejor. Me has hecho ver que ni necesito controlarlo todo ni quiero controlarlo todo. Por eso he empezado a ir a un terapeuta, porque quiero cambiar, porque necesito ser el hombre que tú necesitas.

Hennessy me vuelve a besar, y nos seguimos besando un rato, hasta que me doy cuenta de que un joven nos está mirando furtivamente.

–¿Conoces a ese tipo? No te quita la vista de encima. Puede que sea un periodista. Puede que…

Hennessy se gira un momento y sacude la cabeza.

–No, solo es el camarero. Aunque, ahora que lo dices, parece deseoso de servirme algo. No me digas que también eres dueño de

este local.

Yo suelto una carcajada.

–No. Pero lo puedo comprar, si quieres.

–No, no quiero que me compres nada. Solo te quiero a ti.

–Te amo, Hennessy –digo yo, y lo digo porque es verdad.

–Y yo te amo ti, Renzo.

Luego, me besa de nuevo, y sus besos están llenos de pasión y de posibilidades que solo existen gracias a ella, gracias a nuestra relación.

Y eso es lo que más me gusta de todo.

Table of Contents

Portadilla
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Si te ha gustado este libro…